José Agustín

El rey se acerca a su templo

CONTEMPORÁNEA

DEBOLSILLO

José Agustín

El rey se acerca a su templo

DEBOLS!LLO

José Agustín nació en Acapulco en 1944. Poco menos de dos décadas más tarde comenzó a publicar, colocándose a la vanguardia de su generación. Fue miembro del taller literario de Juan José Arreola, quien le publicó su primera novela, *La tumba*, en 1964. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim. Ha escrito teatro y guión cinematográfico, ámbito en el que dirigió diversos proyectos. Entre sus obras destacan *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Se está haciendo tarde* (final en laguna) (1973, premio Dos Océanos del Festival de Biarritz, Francia), *El rey se acerca a su templo* (1975), *Cerca del fuego* (1986), *El rock de la cárcel* (1986), *No hay censura* (1988), *La miel derramada* (1992), *La panza del Tepozteco* (1993), *Dos horas de sol* (1994), *La contracultura en México* (1996), *Cuentos completos* (2001), *Los grandes discos del rock* (2001), *Vida con mi viuda* (2004, premio Mazatlán de Literatura) y *Armablanca* (2006). Ha publicado ensayo y crónica histórica, destacando los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990, 1992, 1998).

LUZ EXTERNA

Seis en el tercer lugar significa:
Un hombre tuerto puede ver.
Un hombre cojo puede caminar.
Camina en la cola del tigre.
El tigre muerde al hombre.
Infortunio.
Así actúa un guerrero en defensa de su príncipe.

I CHING O LIBRO DE CAMBIOS; hexagrama 10,
«Conducta (Caminar)»
Versión de Richard Wilhelm

The lock upon my garden gate is a snail
that's what it is.
First there is a mountain, then there is no mountain,
then there is.
The caterpillar sheds his skin to find
a butterfly within.
First there is a mountain, then there is no mountain,
then there is.

DONOVAN, «There is a Mountain»

Un hombre tuerto puede ver

Salvador se sobresaltó al advertir que el agua hervía. Recogió el balde con agua. Buscó dos tazas. A su nariz llegó un olor penetrante...; Salvador se asomó a través de la puerta entrecerrada ————————————Ernesto se hallaba recostado en el suelo, su mirada fija en la llama de una vela.

¿Qué pensará?, se dijo Salvador. Parece no estar aquí, parece que anduviera volando en algún extraño espacio interior más allá de todo mapa. Salvador encontró unas cucharas y preparó las bebidas. Sin embargo, de repente, olvidó las tazas y el café: el humo era más penetrante. Controló un aguijonazo de exasperación...

Tomó un trapo de la cocina, sucio y raído, y, sin ver a Ernesto, salió de la cocina, cruzó la sala y colocó el trapo en la rendija inferior de la puerta. Después se volvió hacia Ernesto, quien, qué casualidad, lo que son las cosas, se había acomodado al pie del cartel que anunciaba FELLINI'S THE CLOWNS y la sucesión decreciente de caras de payasos terminaba con la de Ernesto

---

pero Ernesto no se había dado cuenta; continuaba inmerso en sus pensamientos, la mirada fija en la llama de la vela.

—Ya están los cafés —anunció Salvador—, ahora los traigo.

Ernesto no respondió, continuó fumando, contemplando la pequeña llama. Eso terminó por fastidiar a Salvador: tenía mucho tiempo sin ver a Ernesto y de repente éste se aparecía, cargado de discos y de mariguana, con unos microgramos de dietamida de acido lisergico en el intenor de su organismo, oye maestro aliviáname por favor, ando viajando y pensé que no te azotarías demasiado si me descolgaba a tu depto. Salvador dijo pásale, pásale, qué milagrote, pero, a partir del momento en que vio a su amigo, se molestó: Ernesto sabía muy bien que a él no le gustaba nada relacionado con drogas, sicodélicas o no, mil veces lo habían discutido; y tengo cosas que hacer, ¿no?, cosas importantes que hacer... Ahora voy a tener que desvelarme acompañando a éste.

—No hay problema, deveras pásale...

Ernesto había puesto sus discos, buenos discos, eso sí, y después se tendió en el suelo e inició su contemplación de la llama de la

vela. ¿Y Salvador? Ya no podía leer (aunque antes no quería leer), ni podía dormir (aunque antes no tenía sueño), no podía ponerse a trabajar en la traducción del libro de matemáticas (aunque tampoco había decidido hacerlo)...

A ver, a ver, se dijo Salvador cuando iba a la cocinita para recoger las tazas. Hay que analizar las cosas... ¿Qué me molesta?

Antes de que Ernesto llegara yo estaba aburrido, sin ganas de salir; no tenía ganas de barrer el depto: el estancamiento absoluto ———————————— lo que le irritaba (pensó después) era que Ernesto no mostrase un mínimo de buenas maneras, que llegara a su casa tan campante y se instalara en ella sin mostrar, siquiera, un poco de cortesía...

que no dijese nada y que con su silencio ahondara el estancamiento de Salvador e hiciera patente la revuelta en su ámbito interno. Antes (al menos) él se hallaba solo para consecuentar (y aun disfrutar) su abulia. Pero en ese momento la sola presencia de Ernesto lo obligaba a no incurrir en los errores y las descortesías de él, a ofrecerle una taza de café, a tolerar el olor de la mariguana.

...Tener que sentarse y oír discos

...no los quería oír...

Ahora debía recibir bien a Ernesto, viejo amigo de la escuela, de la facultad, con quien perdió comunicación. Además, consideró Salvador, le debo cien pesos; al rato me los cobra y no voy a poder pagarle...

Salvador llevó los cafés a la sala, depositó una taza junto a Ernesto, quien casi terminaba de fumar su cigarro de mariguana y tenía los ojos enrojecidos, fijos en la llama de la vela, las facciones afiladas, consumidas, un brillo mate de sudor en su cara, y el aire de no hallarse allí, de estar en otra parte.

Salvador titubeó al pensar dónde sería conveniente acomodarse; casi no había lugar: la sala era un espacio muy reducido con libreros, reproducciones, una pequeña mesa redonda y dos taburetes de cuero ——————— Optó por recostarse en el suelo, con la taza de café al lado, sin ver a Ernesto, si él no me pela pues yo tampoco voy a buscarle la plática, voy a aprovechar su silencio para ponerme a meditar, pero meditar en qué, si nada tenía ni pies ni cabeza, no había en dónde fijar un punto de partida para

introvertirse. Sólo advertía que su pensamiento era libre, las ideas fluían sin orden y únicamente aparecía con claridad, ¡hasta ese momento!, la idea de que a Ernesto le ocurría algo que iba más allá de viajar con ácido lisérgico; sí, algo le ocurría, si no jamás habría venido a mi casa así como así; no me soporta, las últimas veces que nos encontramos me rehuyó por completo, ah bárbaro, supongo que para no caer en otra discusión rabiosa acerca de la Verdadera Realidad...

—Sabes qué hijo —fraseó Ernesto, y Salvador se sorprendió—, perdóname que caiga en tu casa así tan de repente a aventarte mi viaje, tú has de tener cosas que hacer. Un brillo de diversión en los ojos de Ernesto.

—No no —dijo Salvador con un tono cortés, pero sólo eso: cortés—, la verdad es que estaba de huevón —eso sí era cierto—, quién sabe qué me pasa que no puedo ponerme a trabajar, se me va la onda luego luego...

Salvador calló porque advirtió que había hablado sin darse cuenta, como si alguien forzara y abriera su boca para emitir las palabras. De pronto vio que Ernesto se hallaba diciendo algo y tuvo que concentrarse para saber a qué se refería:

—Por eso me metí el aceite, para poner en orden mi cabeza, para alejarme del lío y verlo con perspectiva, ¿no? —dijo Ernesto con un tono de extrema gravedad, mientras encendía otro cigarro de mariguana.

Salvador se hallaba pasmado.

—Oye Ernesto, cómo fumas... ¿No te pasas? —A huevo que no, soy Veterano del Rock...

Tú crees que no pero sí, sólo que el pasón ya no se manifiesta como antes, ahora te confunde en lo más profundo de tu interior, pensó Salvador, ahogando una sonrisa, seguro de que penetraba sin obstáculos en Ernesto. Y de nuevo se sorprendió al oírse decir:

—Si, uno debe abstraerse, ver el problema en toda su extensión, con toda su red evidente y oculta de significados.

—Habla bien, no seas payaso. Estás conmigo, no con tus cuates intelectuales...

—...Para eso sirven los viajes, Salvador, te sacan de la percepción de todos los días, ¿no?, y así te puedes dar color de lo que está pasando: globalmente, toda la onda y no cachitos nada

más. Por eso quiero aclarar qué me pasa con este acidito...

Salvador bebió un trago de café y sonrió, divertido, a la taza. Qué manera de simplificar, pensó.

—¿Sabes de qué me di cuenta hace un rato, hijo?

—No, de qué —inquirió Salvador, repentinamente interesado ———————— Ernesto lo miraba fijamente.

—Tú eres el único amigo que tengo.

—No te lo digo por darte por tu lado, después de todo la hemos rolado juntos desde chavitos, ¿no?, aunque después tú te hayas afresado —Salvador frunció el entrecejo, involuntariamente, y Ernesto rio al verlo—; no te lo digo para volver a empezar el pleito, deveras maestro, tú eres ahorita el único a quien puedo aventare mi rollo, de veras, el único, me cae, aunque no me agarres la onda —si sólo fuera verdad, pensó Salvador—; con que me escuches me alivianas, hijo, pero en realidad me alivianaste desde el momento en que me dejaste viajar aquí en tu casa, ¿no?, aunque no te agrade en lo más mínimo, ¿no? —Salvador se sobresaltó: ¿qué, qué dice? —... Ya sé que no te pasa que yo esté aquí, en tu casa, quemando esta mota malona; pero, carajo, déjame que te explique cómo está mi problema...

Salvador se hallaba muy interesado. Quizás a causa del café sus oídos se habían afinado, abierto, y su corazón latía con un ritmo más veloz que el normal.

—...Mira cabrón, no te rías, pero la bronca que traigo es que troné con mi chava.

—¿Con María? —exclamó Salvador, mientras pensaba, como en relámpagos: pues es normal, claro, tenía que suceder...

—Aunque no lo creas, ya me había acostumbrado a sus pendejadas; digo, la pinche María ya se me había metido muy adentro, ¿no?, después de todo vivimos juntos casi dos años, ¿no?, pero la onda es que ya tronamos, y gacho. Y me dijo tantas cosas la pinche enana que me puso a pensar... Aquí entre nos, yo creo que la culpa fue de ella, pero algo me saca de onda, la imbécil idea de que quizá yo la regué, y cámara, eso sí no me pasa, si la cagué quiero ver en qué, para tomar conciencia, ¿no? Tonces decidí que lo mejor era echarme un trip, ¿no?

—...Agarra la onda. Ya me eché el viaje y todo se me revuelve. Me llueve un bonche de ideas y de imágenes pero todas en

desorden, entonces acabo de darme cuenta de que *necesito empezar por el principio*, aunque ese principio no sea el verdadero principio, ¿verdad?, lo que hace falta es un pinche principio, ¿no?, de los muchos que hay —agregó Ernesto, concentrando su vista en Salvador; casi bizqueaba.

—Un examen de conciencia, ¿no?

—Déjame terminar, ¿no? Bueno, pues sí, ver todo desde un principio para saber cómo sucedieron las cosas. Digo, quiero ver si fui yo el que la regó. Pero cuando trato de pensar no puedo, tú sabes que soy del patín extravertido, necesito cotorrear las ondas, es como pensar en voz alta, y se me ocurrió platicarte todo a ti, ¿cómo la ves?

Ahora éste me va a taladrar los oídos hasta que amanezca..., pensó Salvador; pero supongo que tengo que ayudarlo.

—Bueno, pues arráncate. Nomás déjame traer unas almohadas para acomodarme bien, porque tanteo que vas a sacarle jugo a tu historia...

—Si, sí, tráete tus pinches almohadas y pásame otras a mí, ya deberías comprarte una alfombra, ¿no? Oye, ¿no quieres un toque? Para que te relajes.

—Tú eres el que necesita relajarse, yo no necesito mariguana para platicar.

—Yo tampoco la necesito, cuate, no mames.

Salvador procuró no pensar al ver la cama destendida, tomó sus almohadas, unos cojines, y en ese momento descubrió que aunque su rostro mostraba una expresión de severidad, por dentro se hallaba despejado, hasta contento. Pero desechó esas ideas, aventó los cojines a Ernesto, acomodó sus almohadas junto al librero, encendió un cigarro y se recostó lo más cómodo que le fue posible.

Un hombre cojo puede caminar

Todo iba bien con esta nena hasta un día, hace poco, que me quedé erizo, ves, por ningún lado había, qué mala onda————María y yo recorrimos kilómetros *y* no encontramos nada. Sólo así recordé que mis compadritos de Orizaba sí iban a tener, esos indios siempre estaban cargados, y de la buena. Entonces le dije a María ámonos a Orizaba Marta. Ella no se dio por aludida, ya ves que las viejas

como que pueden pasar el tiempo que quieran sin quemar y tan tranquilas, y me la hizo de pedo: no quería ir, que consultáramos el I Ching y todo ese rollo. Bueno, total, la convencí y jalamos en el ford 200 a Orizaba————En el camino la nave tronó varias veces, ya ves que está bien vieja esa nave, pero logramos llegar y
de volada nos metimos en el monte... Encontramos a
los indios, pero, ¿tú crees? No tenían, que había
habido un apañe y que guaguaguá. Entonces me salí
de onda porque María estaba insoportable, quién
sabe por qué. Mira nomás a dónde me traes a lo
pendejo, ora vamos a tener que dormir en el coche,
muertos de frío; porque era ya diciembre y hacía
frío, ¿ves? ¡Mucho! Y como llegamos a Orizaba
a las dos de la mañana estaba durísimo regresar luego
luego, ya eran como las tres y los indios nos la
mentaron gacho porque los despertamos. Bueno,
pues nos quedamos a dormir allí, todos azotados,
bien incómodos, y entonces tuve un sueño que me
sacó de onda gachísimo.
Este, fíjate, tú sabes que yo nunca sueño, ¿no?, con
la mota no se sueña nada, pa qué; ponerse hasta el
gorro es comunicarse con lo inconsciente de una
manera más precisa, ¿no? Pero como yo ya tenía
como una semana sin quemar, pácatelas el sueño.
...No, puta, qué sueño. Estuvo ojetísimo, este, mira,
entre otras cosas soñé
que iba a dar ala cárcel,
pero eso era lo de menos, ¡ir a la cárcel!, ¿tú crees?,
¡charros!, ¡toco madera!, en fin, al día siguiente
despertamos todos
molidos y nos regresamos a México. Y yo, ¡cámara!,
estaba bien acelerado con ese sueño, no aguantaba ni
que María hablara———El vagón volvió a tronar,
se poncharon dos llantas, se rompió la banda, un
pedísimo; y cuando llegamos al De Efe ella y yo
seguíamos pero bien azotados, casi ni nos hablábamos,
ella muy pensativa, nomás viéndome con unos ojos
destazadores, me cae que hasta impresionaba;

y yo pensaba: lo que ésta necesita es
echarse un buen viaje que la ponga hasta allá y que
la haga ver las cosas con perspectiva, ¿no?, sin
perderse en El Mundo De La Ilusión, ¿no?, pero ni un ácido teníamos...

Cuando llegamos a México, Maria no quería que
la tocara, y puta, qué peleadón estábamos agarrando
cuando llegó Ricardo el Flaco con Ricardo Caballero
y unos gringos bien simpáticos. Ellos traían, y nos
pasaron unas colas very effective y aceites buenísimos, unos blue lightnings———Yo ya los había probado
y cámara con esos chochuelos, ponían grave al
personal... Grave...

Ah, entonces dije: ora es cuando;
porque ya con la plática y la pachequez María y yo nos
calmamos;
y al día siguiente dije a María que viajáramos allá
en Acopilco en casa de Alejandro el Peyotero, pues ese
ciudadano tiene una casa de pocas, vive con un
sobrecargo de la Mexicana de Avioncitos que se trae
los puros discos nuevos *y* revistas *y* libros muy acá
y tiene un equipazo de sonido y postercísimos y
móviles y matabachas geniales y ondas así...

Pero la pinche María empezó a azotarse otra vez; no
quería viajar, había consultado el I Ching y le salió
Oscurecimiento de la luz y que no. Pero total,
la convencí, ya sabes que tengo un verbo florido y
de alcances legendarios. Nos fuimos a Acopilco el
Prestas, pero no encontramos a Alejandro ni a
Armando el Sobrecargo... Chin, dije, qué mal pedo,
pero no tanto, María, porque aquí cerquita hay una
barranca bien escondida, nadie va por allí y está que cámara, padrotísima. Entonces nos tomamos los ácidos y fuimos a viajar a la barranca.

Eran como las doce cuando el ácido nos prendió y el sol iluminaba de pocas un lado del río, porque del otro lado la vegetación era tanta y tan profunda, no en balde estábamos en una barranca, que parecía más

enmarañada a causa de la sombra que había allí; las raíces colgantes y las plantas hacían una red en la
oscuridad, de frescor también, y ahí fue a azotarse
la Buena María. Qué grueso le prendió el viaje...
Como a la media hora yo quería
cotorrear con ella ves, qué color
tan increíble tenían las plantas,
qué chingona la soledad de la
barranca... Pero ella no me escuchaba,
nomás se quedaba con la mirada fija
en el agua estancada...
¿Quieres un toque?
Andaba como pendeja, tambaleándose, sin saber ni qué onda ————Yo creo que se dejó ir gacho y quién sabe hasta dónde no iría a dar... Yo, cámara,
creo que eso no esta bien; no hay que dejarse ir, se va la onda, se empieza a alucinar
y se sienten cosas tan marcianas que uno ya no puede
hacer nada, más que darte cuenta de que estás loco,
y si estás loco, sí te quedas en el one-way-trip, de
qué chingaos sirve viajar, a ver, dime, y eso le
decía yo a Mary, con mi generosidad reconocida,
que no se dejara ir, que controlara su mente, para
eso le hablaba yo————No porque yo no pudiera
aguantar, el silencio me la pela, yo soy un buen
sicodélico y sé quedarme callado,
acompañado por mí mismo,
¿me lo crees? Créemelo.
Entonces yo le decía eso a María
para evitar que se azotara... Ya era tarde... La
maestra no regresaba, me cae que hasta miedo me
estaba dando... Se fue a meter en lo más oscuro, un
hueco donde la tierra húmeda estaba atravesada
por raíces muy finas, una verdadera boca del infierno;
pero qué, me dije, ¿te vas a espantar porque ella
se está azotando? ¡Nada de eso! Cada quien su viaje
————Además nadie se queda en los viajes,
el one-way-trip no existe. Al rato se le va a pasar

lo pachecota a esta chava y entonces platicaremos sabrosamente para que no vaya a quedarse confundida...

...Le aviento la neta condensada para que no se vaya a quedar con miedo y ondas así;

así es que me subí en
el tronco de un árbol y desde allí me clavé viendo
cómo fluía el arroyo de la barranca———Al
rato ya se estaba estabilizando el elevón, ¡señal de
encender otro toque!———De repente, ay buey,
toda la luz brillantísima del mediodía como que se
empezó a poner densa, como si hubiera bruma,
o gasas en el aire———y dentro de mí todo pesado, los
ruidos de la barranca, el agua que corría, el viento
en los árboles, los pájaros cantores y mi
respiración cada vez más aplastada, todo subió hasta
alcanzar un volumen pavoroso. Mis manos empezaron
a sudar y me dije nel nel, tú te pones así Ernesto porque
dejas que tu dama aguante sola el patinzazo, tienes que
ayudarla maestro. Entonces
caminé con mucho cuidado porque
yo pesaba como mil kilos, y llegué
hasta donde estaba María con el toque en la mano...
Digo, el toque lo tenía yo, ¿no?, pero qué crees,
la ruca ni me veía, quién sabe dónde andaba, me le puse
enfrentito y le ofrecí el toque. Ella ni me peló
————No me veía; estaba en posición fetal,
los brazos alrededor de las piernas, y
la mirada, que debería estar
viendo
el agua
del arroyo
no estaba ahí; nunca se
había puesto así la María, pero es que nunca
se había tomado un blue lightning de esos. Bueno,
como que me puse nervioso
Qué te traes María
no quieres darte un toque, dije, pero ella seguía
sin verme, sin ver nada, y entonces me espanté, sí,

¿no?, ¡pinche vieja, cómo se deja ir así! Y la agarré
de los hombros y entonces ella se volvió muy
despacio hacia mí, y me miró.
¿Qué te pasa?, le dije,
porque la veía muy extraña, con una mirada que sólo
muy en el fondo se sabía que ella estaba ahí: un
resplandorcito muy a lo lejos; todo lo demás, el
resto de sus ojos, era un líquido oscuro,
oscuro, oscuro...
qué mala onda... Ah, porque
después ella me dijo que había
estado quién sabe dónde, y que de
repente me vio, y vio que *en mi cara aparecía un
chorro de caras*:
la cara de su papá, de su mamá,
de sus hermanos, de todos sus familiares, de todos
nuestros cuates, de multitudes de gente que ella
ni siquiera conocía, y todas esas caras la veían
fijamente a los ojos, muy serias, muy serias, y las caras
seguían apareciendo en lugar de la mía,
sobreimpuestas en la mía, hasta que por último la que
apareció fue la cara del *Diablo*, hijo, la cara del
mismísimo maestro Satanás Perabeles que la miraba con
unos ojos azotadorcísimos... Ella pegó un grito
horrible que me enchinó toda la piel, y se paró,
rapidísima, y se echó a correr entre las piedras,
pegando de alaridos; y yo tras ella, bien pero bien
alarmado; carajo, alguien nos podía oír, ¿no?, y
chance creerían que yo le estaba haciendo algo, ¿no?, y
ahí iba, saltando piedras, mentando madres porque a
cada rato me caía, me daba unos madrazos y
mojadas que cámara;
total, la correteé un
ratísimo hata que la alcancé y la agarré de los
brazos y la sacudí. Ella gritaba; yo oía inmensos
gritos, más grandes y arcaicos que las paredes
de esa barranca, cálmate María, *cálmate*, serénate,
hija de la chingada... Ella grite *y* grite *y* yo zarandeándola, bien

espantado; no volvía en sí, entonces le
tuve que meter un santo cachetadón, y ella se echó
a llorar, todo su cuerpo se volvió gelatina, viscosidad,
y me abrazó, llorando, Ernesto Ernesto, me decía,
y yo cálmate mi amor, serena, yaya...
Bueno, se le pasó...
Y ya entonces me platicó lo que le había pasado,
que había visto las Mil Caras /
muchas caras sobre mi cara,
aunque no por fuerza tiene que
ser la cara del Diablo, ¿no? Eso fue lo que me sacó
de onda, porque cómo verme la cara del Diablo
a mí, está bien que todos tenemos uno o varios
demonios dentro, pero yo con la María siempre me
alivianė...
Claro que el diablo que vio en mí era
su propio diablo; pero no me gustó nada, ésas no
son cosas para decirle a uno en un viaje de neto
misticismo. Porque yo, chavo, tengo mis fallas, me
azoto como cualquiera y una de mis tendencias es a
apandallarme...
Si, ¿no?, pero te juro que en el fondo yo quiero
alivianarme, dar
amor, porque todo lo que se necesita es amor, me cae,
nadie se ama, ni siquiera se odian, nada más se tienen
miedo, ¿y por que se tienen miedo?
Sí, sí se tienen miedo, no digas que no...
Me cae que yo sí quería a María, aunque ella se
saliera de onda de vez en diario. Cada vez que decía
ayúdame Dios mío, yo la ayudaba...
No, noscierto, estoy cotorreando... Digo, sí la quería,
y le pasé lo mejor de mí mismo, le enseñé cómo
está la onda, cómo vibrarle a la gente——————
le hice ver que ella y yo teníamos defectos, ¿no?,
y que teníamos que respetar al prójimo, amarlo, darle
comprensión, guiarlo con el ejemplo de la amistad,
decirle que, como bien dijo don Benito Juárez,
cotorrearla es fácil si sabes cómo. En fin, maestro,

traté de introducirla en la Sicodelia, porque yo soy un
sicodélico, maestro; sí trabajo, pero no en las
ocupaciones enajenadas del sistema———mi mente
trabaja, y mis vibraciones te influyen sin que te des
cuenta... La influencia recorre kilómetros sin que
nadie se dé cuenta, y por eso la rolo por toda
la república, porque sí tengo un trabajo: y noble, vendo
mariguana y ácidos porque la mota te abre la
mente, te quita lo fresa...
Yo soy muertero, hijo, te vendo mota y
ácidos y con eso te mato,
sí, te mato, te doy en la madre, pero mato
tu hombre inferior para que pueda surgir en ti tu hombre
superior, el guerrero, para que resucites, hijo,
para que despiertes... ¡Despierta! ¡Despierta!
¡Eres feliz y no lo sabes!
Lo que se necesita es morir y resucitar,
maestro, deveras, deveras...
Hay que morir y resucitar, te digo,
como Cristo el Viejo
Maestro, que murió y
resucito, porque eso es
un símbolo, ¿no? Un símbolo
muy chingón que te dice
que hay que morir y resucitar para ser dioses, para
renacer en la Verdadera Realidad y no vivir en
Interpretaciones Chafas de la Realidad...
Bueno, pues por todo eso me sacó de onda
que María viera
en mí a su diablo, ves, pero dije bueno oquéi, ya
vas, te perdono y ya no te azotes. ¿Me lo crees?
Créemelo. Gracias por la cobija, maestro...
La pinche María sí se azotó;
a partir de allí se dedicó a andar
muy pensativa, se me quedaba
viendo largo rato de reojo,
sin querer mirarme
a los ojos, y yo le decía: qué jais, ábrete,

comunícate, soy tu chavo...
Pero ella no no, no me pasa nada,
ya no me quería hablar.
Entonces nos fuimos
de allí, de esa barranca, la Barranquita del Diablo,
y esa noche...

Esa noche, ya en el depto, quise hacerla entrar en razón; nos acabamos toda la mota que nos habían regalado y ella se cerró, se encerró, me cae. No quiso comunicarse... Me decía sí a todo lo que yo le decía, y yo hable y hable porque quería hacerle ver un poco de luz. Pero ella, nada. Incluso hasta le molestaba mi presencia, me vibraba mal... Deveras estaba azotándose gachísimo. Iba yo a poner un disco y me decía ay no pongas música, ¿no? Vamos a no oír discos hoy, ¿sí? ¡Carajo! ¡La música, maestro, la música! ¡Lo más sagrado que hay, lo único que te alivia las tensiones y deshace los sentimientos estrangulados!

Por cierto, voy a poner otro disco, ¿eh?

Fíjate, ella no quería oír música y yo le decía oquéi, no oímos discos, ya vas. Porque yo, como siempre, quería ser consecuente, firme, fuerte, como de jade: fuerte pero suavecito.

Pero ella me decía, de repente sin que viniera al caso, interrumpía las netas que yo le estaba aventando: no tenemos ni un quinto para cenar, Ernesto. ¿Tú crees? Me
estaba dando a entender que
yo saliera, *en ese momento,*
a buscar ¡dinero! ¡No sólo de
pan vive el naco, maestro! ¡El alimento espiritual pasa
frente a ti y no te das color! Como la pinche María
querία azotarse, pues azótate, pensé, y me fui a
refinar unas sardinas y un chocomilk... Sí había
refine, ves, y ella me dijo que no había *nada* para
comer...
Es que en esos días yo no conectaba, te
digo que el Fantasma de la Ericez rondaba México...
De dónde sacaba dinero... María no había recibido
todavía el cheque de su papá, porque, desde que se fue
de su casa, sus jefes, muy alivianados los rucos, le
regalaron un coche, el ford 200, y le pusieron el depto

y se lo amueblaron y pagaban la renta, y todos los
meses le mandaban tres mil pesos y ni siquiera
le pedían que los fuera a visitar…
Ah, pues no llegaba el cheque
famoso y no había ni un quinto. *Pero sí había que
comer*. Quince días antes habíamos comprado una
despensota y todavía quedaban algunas latas. Bueno:
la de sardinas. Pero la huevona no quería cocinar,
nada más quería echarme el rollo de que yo no
llevaba ni un quinto a la casa——————————
——————Me aticé el último toque que había
y me puse a rebotar. Me valió madres que ella me mirara
con ojotes de cañón. Y después de oír el Phosphorescent
Rat de Hot Tuna me fui a acostar. Ella cultivó sus
azotes en la sala.
Yo dormí como piedra.
Al día siguiente desperté a la una de la tarde————
María no estaba en casa. Regresó al poco rato con un
humor de perros. Había ido a ver si le prestaban
dinero ya que yo «me quedaba dormido hasta el
mediodía». No consiguió nada, por lo demás, pues
su amiga Raquelita, una vieja compañera de escuela
que de vez en cuando nos prestaba dinero y que
estaba cayéndose de buena, no estaba en la galería.
Así pues, no había que comer y etcétera etcétera. La
verdad, pero eso lo supe hasta después, es que
María sí vio a Raquelita…
A su amiga Raquelita,
ésa que te digo que está buenísima. Bueno. Raquelita
le prestó un quinientón, pero Maria me mintió, qué
ojeta, ¿no? En fin…
Bueno, eso yo no lo sabía
entonces y pues no hay que caer en las provocaciones,
pensé… María volvió a salir, quién sabe a dónde,
aceleradísima. Yo me puse a buscar en toda la casa
y recogí todos los quintos y veintes que luego se quedan
clavados en la ropa, ¿no? ¡Y mi búsqueda resultó
fructuosa! Junté tres pesos en puros quintos. Me

compré un par de huevos y unos bolillos y me hice
unos cojones a la mexicana con una salsita que me
quedó muy acá, porque, como buen tauro, cocino
como Dios hijo. Así es que cuando María regresó al
menos ya había empacado algo...
...María fue a buscar a su tía Sepaquién y comió con
ella en un restorán de la zonaja. Supongo que comer
en un restorán cariñoso le sacó lo fresa a María,
porque estaba hablando con su dejito de niña-buena-de-
Tecamachalco y hacía cara de fuchi porque:
a, toda la casa estaba revuelta,
b, ni siquiera tendiste la cama, cómo eres;
para entonces la enanachichuda me estaba cayendo
pésimo, le dije que había estado leyendo Vida
Impersonal, ¡aquiétate y sabe! ¡Si!
Pero, aun así, a ella yo estaba cayéndole muy mal...
Eso sí me preocupó, no porque siempre quiera quedar
bien, no soy monedita de orégano, sino porque, hasta
un día antes, a María me la traía aquí-compadre...
Claro que a veces ella se sublevaba. Pero yo le hacía
ver de qué tamaño era nuestra inexperiencia y que
nuestro deber era dejarnos guiar... Entonces
terminábamos cogiendo como desaforados,
y ella entraba en razón————————————————
——————Entonces pensé: lo que esta chava
necesita es ¡verga! Ella primero
como que no quería, pero después cómo no, te digo
que es calientísima...
...Pero cuando terminamos, María quedó como
zombi. No me dijo nada, pero vi que la cogida no
había aguantado... La había puesto muy rara, como
melancólica, como haciendo teatro. Se quedó muy
callada y se puso a oír unos discos de Chavela Vargas
grabados poco después de la muerte de Cuauhtémoc,
ahí por el 1968... Pensé: ¡no es posible, si ahí tenemos
a Procol Harum!
La verdad es que no quise pensar en trivialidades y
opté por concentrarme en Lo Fundamental: me estaba

muriendo de ganas de darme un toque de mariguana
y, aunque sabía que no había nada, volví a revisar toda
la casa, con la esperanza de encontrar algún charro
escondido, aunque resultara Fidel Velázquez... No
encontré nada, sólo un par de bachitas; con ellas forjé
una miniflauta y la quemé. Pero no me prendió ni
madres, porque soy un macizoviejo y un cigarro entero,
bien gordo o chancho, y de la roja sin semilla,
apenas me empieza a elevaaar...
...Esa poca mariguana que metime sólo me agitó por
dentro, como que me sacó de onda y no me supo ni a
melón————————————————————————
————————————————————————
————María con un aire lejanísimo, ausente, oía
rolas de Chavela Vergas. Cómo me enfureció verla:
echadota: inutilota, buenaparanadota... Entonces le
dije

vamos a conseguir un touch,
María, pero a dónde, me dijo,
si ya recorrimos medio
México y no encontramos
nada. Bueno, ps yhan pasado
varios días, ¿no? Chance algún cuate ya haya conectado,
¿no?

Ella accedió, de mala gana, pero lo hizo porque
en el fondo ya estaba hasta la madre de oír
a Chavela Borges y porque también quería atizarse,
aunque la payasa hacía como que no.
...Con mi tradicional paciencia y tolerancia hacia
mujeres, niños e inferiores, no causé más problemas
y salimos a La Búsqueda de la Mota Escasa.
Montamos en el ford 200 y primero fuimos a casa de
un mono que vive en la colonia del Valle.
En el camino el coche hacía mil ruidos
raros y María empezó con que la nave ya necesitaba
afinación y que el cloch hallábase a punto de tronar y
que las llantas bien lisas, y de dónde vamos a sacar
monedas...

En fin, llegamos a casa del Jícara, y el cabrón, nomás
me vio, se puso recontento y me dijo Ernesto
¿Tienes un toque?
Puta, casi lo madreo...
Vámonos de ahí. Ora a dónde. A chingar a tu madre,
pendeja. Noscierto: vamos a la Escuela de Teatro, ¿no?
Si encontramos al Hormiga él nos aliviana. Ora pues.
¿Ya sabías que ahora el Hormiga es inspector de
Industria y Comercio? Si te lo encuentras y le preguntas:
¿en qué trabajas, ñero? Te contesta:
yo no trabajo, yo atraco————————————————
——————Ibamos por Insurgentes, tristeando
porque el conecte había fallado, y cuas, que truena
la nave. Empezó a hacer unos ruidos ojetísimos y luego
luego aventó un chorro de humo y que se nos para
a media glorieta de Chilpancingo... Pa pronto que nos
empieza a mentar la madre a claxonazos toda la bola
de coches. María y yo tuvimos que bajarnos, empujar la
nave hasta la farmacia de enfrente, y dejarla ahí.
¡Ora sí ya la hicimos!, chilló
María después de insultar a la bola de curiosos que nos
veían. María se había puesto una túnica loquísima,
bien amarilla y con rayas tigrescas; y yo, con la greñota y
los huaraches y los liváis bien viejos... Éramos la pura
variedad de Insurgentes, y todos nos veían con cara
de ya-viste-esos-mugrosos-tú, ni-se-bañan, han-de-traer
hasta-chicles-en-el-greñero (y-en-el-cerebro). Ondas
désas———————¡Ya ni modo!,———————
¡María!, le dije a María, ¡ya tronó la nave y ya!
¡No nos vamos a poner a llorar!
Si, claro, como el coche no es tuyo te vale madres,
como tú no vas a ponerte con el dinero para arreglarlo
te vale madres. Y tú lo manejas más que yo.
Cómo te azotas, pinche María. Nada más te fijas en lo
material. Dios proveerá, ¿no?
El que va a proveer es *mi papá, y yo soy* la que va a ir
con la cara de pendeja a pedirle que preste.
...Si no me ha mandado el cheque es porque ha de

estar furioso. Quién sabe qué chisme le habrán contado.
...Íbamos peleándonos casi a gritos. Eran casi las siete
y el transito estaba grave... Todos se nos quedaban
viendo...
...tú deberías ponerte a trabajar,
mi papá una vez dijo que estaba dispuesto a darte
chamba...
Pero cómo trabajar chava yo soy un poeta
del rol un asceta un poetasceta mis vibraciones
sostienen el mundo, y qué tiene de malo trabajar, decía
ella, todo mundo trabaja, ¿no?,
pues sí pero con sus trabajos mamones sostienen la
corrupción del mundo sostienen este sistema donde
todos, toditos,
todo mundo vive para su diablo pensando que con
una lanita ya tiene seguridad en la vida nadie se
conoce todo mundo nomas está pensando cómo joder
al otro se despiertan pensando hoy a quién me chingo
y tú quieres que le entre a ese patín enajenado a la
carrera de las ratas cuando yo tengo una misión
importantísima cósmica porque con mi ejemplo con mis
vibraciones estoy haciendo la Verdadera Revolución
Efectiva la Verdadera Religión Precisa Concisa y
Maciza porque con mi actitud predico que todos los
valores existentes ya son chafas no sirven necesitamos
vivir más libremente sin hacerla tanto de pedo sin
onda reloj sin onda smog sin onda burocracia sin onda
refrigerador sin devorarnos los unos a los otros con
amor y colaboración sin egoísmos...
María no quería entrar en razón.
Tampoco encontraba cómo rebatirme,
porque nomas no había cómo. Le estaba aventando la
purititita Neta Condensada. Mejor se calló. No quería
verme, ni vibrarme.
Yo la quería, ves, estaba enamorado de ella. Y me
preocupaba. Aunque, para serte
sincero, también me preocupaba que ya habíamos
caminado el resto. Habíamos llegado a la esquina

de Sonora, frente a Sears o no Sears that is the
Woolworth. Las patas me ardían, los huaraches me
estaban lastimando, y la Escuela de los Teatros estaba
bien lejos... No traíamos ni para tomar un camión.
O eso pensaba yo, ignoraba gachamente que la Pinche
María traía un quinientón en su bolsita. La Muy
Mezquina no decía nada, prefería que se nos
hincharan las patrullas de tanto camellarla.
...Estaba pensando quién vivía cerca de ahí para
que nos pasara el tris, y pácatelas, que nos encontramos
al Viejo Viruta, un chavo flaco flaco, bien serio,
que hace artesanidas.
Viruta andaba con un gringo inmenso,
bien pero bien jipi, porque cámara con el
greñero alias mata alias cabellera que se cargaba.
Y la ropa. No era posible. Un chingo de colgandijos en el
cuello, una cruz *y* un collar de Huautla *y* un matabachas
de pincitas. Mis ojos humedeciéronse de volada
porque supe, con una intuición genial, que estos monos
nos iban a alivianar. ¡Maestro Viruta maestro Viruta!
¿Cómo anda tu bonito cafetal? ¡De la cachetada!, me
contestó el Viruta, ¡andamos supererizos, y ustedes!
Debo reconocer que me ponía muy paranoico tener
que gritar secretos esotéricos en pleno Insurgentes
pero contesté ¡no tenemos, fíjate que tronó mi nave!
Mi nave, aclaró María, con voz baja. Pinche María.
¡pues tronó la nave y andamos buscando a María
Conesa!
¡Nosotros tenemos mi camiona aquí ala
vuelta, si quieren los llevamos!
Contragritamos que nos parecía perfecto, y Viruta y
el gabacho; que por cierto era bien carita, cruzaron
la venida de los Insurgentes...
...Todos nos veían, pero encontrar a esos
pobres drogadictos me había
levantado la moral. Con ellos ya
no tendríamos que huarachar el pavimento, ¿no?————
Tarde o temprano encontraríamos el buen huataclán————

———Le di un abrazote al Viruta. Y la Pinche María le sonrió, muy monina, al gringolandés. Yo ya conocía esas sonrisas coquetonas. Coquetísimas, carajo.

María tiene venus en géminis y cámara con venus en géminis para la onda coquetería.

Ademas, así me sonrió a mí cuando la conocí.

En Huautla. ¿Nunca te platiqué?

Mira, cabrón, hace un temporal fui a Huautla de aventones con unos monos. En Puente de Fierro que nos detienen unas madrinas. Dizque nos iban a conectar, pero nos llevaron con unos agentes de la judicial y nos dieron baje a los pocos centavos que llevábamos. Así es que subimos a Huautla a pie. Casi llegando, mis cuates encontraron a unos cuates suyos que andaban en un cámper y que, de la manera más gacha, me mandaron a volar... Mis cuates se fueron con ellos. Esos maestros traían mucha droga, y dinero, pero a mí no me quisieron invitar... quesque ya me conocían y no me tenían confianza... Yo, Muy Digno, dije chinguen a su madre, subiré caminando y me integraré con la Madrenatura.

Cuando llegué a Huautla estaba reventándome de cansancio, pero que me encuentro a mi viejo amigo Sargento Pedraza. Este sargento andaba con una nena sensacional, de pocas, güerita, con una cara preciosa————enana, pero con un cuerpo para las grandes celebraciones, para los ritos solemnes;

puuuuuta, cómo le hizo este cabrón, pensé.

El Sargento Pedraza era un lento, lentísimo, tenía una famísima de pendejo, todo mundo lo barqueaba, era conecte de mota y de ácidos.

Y como era bien barco y petroleaba lo conocían como el Buque Petrolero, pero tochos preferían decirle Sargento Pedraza. Tenía una lesión de nacimiento no muy grave, tranquilona, en la cadera, y entonces caminaba revaciado, como en la prueba esa olímpica

que llenó de júbilo y honores patrios a México y al
Sargento Pedraza de a deveras.

Este Sargento Pedraza era lento, lento... Y ahora nos
salía con un cuerononón. Qué chava. Andaba sin
brasier, luciendo unos chicharrones increíbles, y con
un vestido blanco, acabado de comprar en el mercado
de Huau.

Toda ella apestaba a niña fresa, recién salida
de su casa fresa, donde la apapachaban sus papas fresas
y le daban su comidita fresa en la boca...

Ah, pues desde que vi a este monumento de fresez la
nena me empezó a aventar la pantaleta. El Pendejo
Sargento Pedraza,
que después de todo no era tan lentejo, se dio cuenta
y se quiso llevar a la sabrosura lejos de mí. Ah,
porque la chava, que por supuesto era María, y el
Sargento estaban discutiendo, se andaban peleando
———María me platicó después que discutían
porque el Sargento Pedraza le estaba quitando su
dinero de la forma más descarada, y ella, a los dos meses
de andar con él, apenas se estaba dando cuenta.

Dice María que primero se
emocionó mucho cuando conoció
al Sargento. María era
una chava de lo más ingenua.
Poco antes le había llegado a unos
hongos y eso La Prendió...
La hizo darse color
de que vivía muerta en vida y que tenía que irse
de su casa. Todo Muy Románticamente...

Cuando empezaba en el rol conoció al Sargento
Pedraza, y el Sargento le gustó por feo, por horrible
y qué; dizque por tierno, por distinto, porque
llevaba una vida aventurera y libre...

Era la antítesis
de los chavitos mamilones que había conocido hasta
entonces. Pero el Sargento era una piedra, me cae, y el
gusto le duró poco... María se dio cuenta de que era

lentejo y padrote.
Pero me conoció a mi, y en mí
conoció al verdadero sicodélico, al hombre superior
ante el cual el Sargent sólo era una sombra débil...
Entonces María me empezó a aventar la pantaleta.
Por supuesto, yo pegué mi chicle, y decidí bajarle la
torta al Sargento Pedraza. El se las olió pero no pudo
hacer nada. Yo me puse bien verija...
¿Eh? Estoy al tiro, maestro, al tiro...
Primero les pedí una luz, para comprar unos hongos, ya
ves que llegué sin dinero a
Huautla... Este...
El Sargento me dijo que no traían
pero la chava sacó su bolsita,
una bolsa chirrita como
la de la Pequeña Lulú. Pues
saco un cincuentón, imagínate,
cincuenta pesos para unos hongos...
Qué pendeja...
Me lo pasó... ¿Con eso te alcanza?, me dijo, muy
mona, toda sonrisas. ¡Cómo no!, le dije. Imagínate,
un toleco me dio.
Es que tú no sabes lo que es llegar a Huautla sin dinero, que
te den cincuenta pesos y
te pregunten ¿con eso te alcanza?, y te den a
entender que no sólo cincuenta pesos te
depara el futuro con esa chava...
Bueno. Me los volví a encontrar
ese mismo día, ya en la
tarde. Yo andaba hasta el culo
con unos hongos que me había refinado
nado, con la mente
llena de Luz Clara andaba yo. Los vi y les taloneé
un toque, ¿no?, pa fortalecer el
viajeciux...
No tenemos, me dijo el Sargento Pedraza, con su cara
de no-me-bajes-a-mi-vieja-no-seas-cabrón, pero la
chava dijo: Pedracita, ¡le decía Pedracita, imagínate,

porque no le gustaba decirle su verdadero nombre,
que era horrendo, se llamaba Juan José Belmonte!;
bueno, la cosa es que acababan
de comprar un kilo de mariguana, y el Sargento
me estaba negando un toquecito... Qué hombre más
feo, ¿no?

Bueno, la María entonces tronó el litigo, ¡ella tronaba el látigo, imagínate nomás!, tronó el látigo y dijo oye Pedracita, dale. ¿Quién compró la mota?
Yo la compré, ¿no? Entonces dale.

Chin. El Pinche Sargento Pedraza tuvo que ir a la nave, el mismo ford 200 que conociste. Estaba estacionado en la brecha... Y yo me puse a cotorrear con esta María, y ella tirándome los tigres...

Presta la lumbre, ¿no?

Yo aproveché para decirle si me podían dar un aventón a los Méxicos y uy cómo no, encantada.

Fíjate. Entonces me trajeron a México. Pedraza manejando furioso porque María y yo íbamos plátique y plátique... Qué risa me da...

Bueno. No paramos de cotorrear. Es que María es simpatiquísima cuando está de buen humor, es vaciada. Es cáncer con ascendiente libra.

...Al día siguiente me apunté y fui a su casa, el mismo depto donde yo la engordé después. Chin, un depto muy monín en la colonia Roma, muy bien amueblado y todo, con alfombra y todo. Y el Sargento, furioso. Es que me tenía miedo, ves. Ah, pues yo me quedaba cotorreando con la chavita hasta las cinco de la mañana. Me atizaba con la mota de ellos, que por cierto estaba noqueadora, y luego, al irme, todavía les pedía unos toques y me llevaba un chorro; los ya forjados, los de colas, y al Sargento Pudridazo se lo llevaba pifas...

Bueno. Total, otro día llegué a la casa María, y el Sargento no estaba. Chan chachachán chanchán... Se había ido a conectar al Izta...

Entonces... Digo, después de atizarnos, ¿no? Que le digo a la chava María, ¿sabes qué chava? Lo que tú

quieres, aunque chance no lo sepas, es mandar al carajo al Sargento y coger conmigo. Me cae que así, a lo pelón, se lo dije. Es que ya me había fijado que la chava tenía ojo braguetero. Siempre, cuando creía que yo no me fijaba, me veía elqueteplatiqué; ya ves que yo uso pantalones pegados y se me nota el largo alcance... Primero ella se quedó helada, muy ruborizada. Pero después dijo, muy valiente la chava, que ni qué, muy neta, dijo no pos sí. ¡Ah, maestro! En tres patadas ya se la había dejado ir. Dejamos toda la ropa en la sala, el disco repitiéndose. Nos piramos a la recámara al agasajo total... Me cae que fue la cogida más increíble de todas, qué agasajada te estás dando pinche Ernesto, me decía... Es que ya estaba hasta el gorro de muchas rucas del rol. Son re colgadas, apestan a todo, nomás quieren estar en la hueva, en la necia... En cambio, un pastelito como María es raro, porque todavía estaba fresquecita... Acaba de salir de su casafresa y todo se le hace chingón. Tonces hace todo lo que le dices, y cuando coges es lo más chinguetas del mundo.

Entonces me decía híjole, qué cogidón. Ya llevábamos como tres horas dándole al paliacate continuo, todos sudorosos, sin ver ni oír, todos hinchados y todos mojados, cuando, ¡cámara, camarísima! Llegó el Sargento.

Simón. Espérate, ¿no? No interrumpas. Que oímos que abren la puerta, y la voz del Sargento Pedraza, pobre chavo, que gritaba, re contento:

¡María, ya reboté, conecté diez kilos de la roja sin semilla!

Pero después no dijo nada porque, seguramente, se estaba dando cuenta de la onda... Nuestras ropas regadas en toda la sala...

Y yo, botado de la risa, con el fierro enterrado hasta dentro de la sabrosura juvenil.

Yo no salgo, dijo María, bien espantada. Yo voy, le dije. Me cae que me sentía feliz, me daba un chorro de risa. Entonces le saqué la verga, con todo dolor de mi corazón, me envolví en una sábana, me sentí romano

y toda la cosa, y entonces salí...

Entonces por eso como que no me gustó nadita cómo María sonrió y aventó la pantaleta al gringo, que resultó llamarse Robbie. Mira, yo tenía confianza en María... Digo, las circunstancias estaban cabronas, ya teníamos varios días discutiendo y peleándonos. María había empezado a azotarse y quería que trabajara... Nada más estaba aventándome toda la paranoia de que yo nomás estaba cabalgando su dinero y engordándola en su depto. *Como antes el Sargento Pedraza...*

...No, ni madres. No tenía razón. Yo también conseguía dinero. Hice muchos conectes que nos dejaron muy buena luz, y con ese dinero la rolamos por Isla Mujeres, por Vallarta, por Acapulco, la onda Cancún y Puerto Angel y Puerto Escondido. Yo sí compartía con ella lo que ganaba... Lo menos que podía esperarse es que ella también compartiese su Lana conmigo en
los momentos difíciles. En la crisis, ¿no? O sea, yo no
estaba avorazándome con su dinero. Solamente
compartíamos como una sola alma lo que era de cada
quien y que era de los dos, como debe de ser... No
como hacen los fresas que se casan con bienes separados
y cada quien busca, siempre, cómo caer sobre las
pertenencias del otro, ¿no? Pero, en fin. Eran cosas
que ya tenía aclaradas con Mary pero que ahora
debería reaclarar... Para que no se azotara...

Pero eso sería después, más tarde, solos
en el depto... Ya nos habíamos subido en la combi del
Viruta y enfilamos hacia la casa de un cuate mío————
————la pinche María se puso a platicar con Robbie
y nos ignoró a los demás. Los ojos le brillaban, se
había vuelto todasimpatía, milsonrisas...

En verdad, María contaba las cosas con gracia,
aunque a mí no me hacía ninguna, pues, poco antes, ella
se había azotado conmigo y ahora resultaba un amor,
una monería... La hija de la chingada estaba coqueteando,
descaradamente, con el gringo, ¡y en mi
nariz!———A su vez, el gringo era serio-serio.
Casi no hablaba, sólo escuchaba con mucha cortesía
lo que ella platicaba. Reía cuando había que hacerlo.

Viruta reía también, tan quitado de la pena;
cualquiera diría que no le faltaba la mariguana...
Ese Viruta es un cuate introvertidísimo, pero siempre
vibra bien; es un macizo como pocos, de buena ley:
cuando me ha pasado mota siempre pasa de la mejor,
me acuerdo, en especial, de una negra, de Michoacán...
Estaba que camarísima...
...yo soy gente libre libre libre, me gusta rolarla sin
apegarme a las cosas, ser libre libre libre..., decía
Maria.
¿Cómo libre? Digo, no
estaba esclavizada a mí pero andaba conmigo, ¿no?
...No quería oír lo que decía la María. Me daba un
coraje entripado... Ya habíamos llegado a la casa de mi
cuate, que, por cierto, se llama Fonseca. Pues este
Fonseca salió bien espantado. Andaba bien paranoico
porque habían apañado a su carnal, la noche anterior;
hasta tiró
su mota en el excusado... Qué pendejo, pensé, pero
ni modo, es gruesa la paranoia.
Chin, dije, pero Viruta dijo no hay tos, yo conozco otro
mono que vive en la Narvarte, chance nos pase el
tocadiscos. Regresamos a la camiona. Y..., ¿qué crees?
María seguía metidísima platicando con el gringo
Robbie. Me senté entre los dos, para ver si María se
calmaba, ¿verdad?
Hasta la abracé, pero le valió madres, estaba hablando
de mí, y siguió haciéndolo como si yo no estuviera allí. Me quitó
el brazo de encima como quien
no quiere la cosa.
Fíjate.
...sí es cierto, este Ernesto puede ser a toda madre; es
muy rápido e inteligente y todo. Pero cuando no tiene
mota se vuelve un ogro, se pone de un humor de
perros y ya no puedes acercarte a él... Como ahorita,
ve nomás...
No te rías, cabrón. Es horrible que tu
dama hable de ti como si tú no estuvieras ahí... Y

Robbie dijo desde que los vi simpaticé con los dos...
Este Robbie tenía un acento gabacho de lo más
grotesco..., y sí, me gustaría conocer mejor a Ernesto,
agregó, mirándome con una sonrisa. .. Muchas gracias
pinche gabacho chinga tu madre.
...vas a platicar muy a gusto con él si le invitas
***un** toque*,
María se soltó a reír————y yo, pasmado; no de que María
se sublevara así, sino porque yo no
protestaba... Por alguna razón incomprensible me
quedaba callado———Bueno, quería ver hasta dónde
llegaba María. La verdad es que, también como que
yo había entrado en una onda fuera de este espacio, una
onda dentro de la misma onda... Como que estaba
pagando un karma muy raro.
No me sentía a gusto, no tanto porque María le aventara
la pantaleta al gabacho Robbie, sino por algo distinto:
era esa sensación que empecé a experimentar desde que
tuve el sueño, el que te platiqué, ¿te acuerdas?, el de
Orizaba...Una actividad tremenda en los intestinos,
y un dolor en el corazón. Eso. Un dolor en el pecho...
Sí, porque lo sentí pesado y caliente. Como
que algo se me partía. No
podía respirar bien... Sí, como algo que explosiona
por dentro. La cabeza muy *muy* vacía, rarísima,
maestro, horrenda, sin poder ligar ni un solo pensamiento.
Todo lo que se me venía a la cabeza era
inconexo, fragmentos de la
plática de María y Robbie...
Ah, porque María ya le estaba
contando su vida a Robbie, y yo
pensaba ojalá
encontremos a Juan T. Botello —Juan T. Botello es
el que, supuestamente, nos iba a pasar la mota— y nos
damos un buen elevón...
Luego me acordaba del viaje en la barranca. María
había visto al Diablo en mi cara, ay buey, me había visto
Las Mil Caracas... Mejor me fijaba en qué rumbos

andábamos... No tenía ni la más remota idea de qué
calles eran esas.
Todo estaba muy oscuro, ¿no?
...En esta oscuridad me venían imágenes desligadas
del sueño aquel de Orizaba y volvía a llenarme de una
inquietud muy vaga, muy fuerte, intensa, una
irrealidad confusa, azotada.
Al fin llegamos a la casa de Juan T. Botello, el amigo
de Viruta. No lo encontramos y yo me azoté, la neta.
¡Puta madre, vamos a recorrer toda la ciudad
buscando mota!, dije, exasperado. Y Viruta calma
Ernesto, así es la onda, dijo. La drogadicción lo hace a
uno recorrer kilómetros, sentenció finalmente.
Y todavía no llevamos muchos, agregó después...
Buen cuate este Viruta, nomás reserio——————
——————Y dentro de la camiona, cuando íbamos
ya hacia la casa de otro cuate, María platicaba a Robbie
cómo conoció al Sargento Pedraza y cómo me la empecé
a coger yo. Me cae que la infeliz eso estaba contando,
que yo me la cogía muy sabroso por detrás; ondas
así...
Y el gabacho Robbie, erguido, correcto, seriezote.
Nomás asentía con la cabeza y con su eterna sonrisa.
¡Sí! ¡Sí! ¡Sííííí!
Y Viruta: ándele maestro Ernestower con que tiene
usted su belleza escondida,
y jia jia todo el mundo. Yo,
hundido en el asiento; y María se propasó: ay no te
azotes miamor, ya vamos a encontrar tu motita.
Chinga tu madre, le dije, de ladito, muy tenso. Ella fue
la única que me oyó, o los demás se hicieron pendejos
————pero ella sí me oyó. Alzó la cara con Gran
Altivez y me miró por encima del hombro como
diciendo ay qué corriente, qué vulgar.
...María se puso a hablar de astrología con Robbie y,
¡por supuesto!, Robbie resultó
Conocedor. Era piscis con ascendiente
escorpión; Viruta, capricornio con ascendiente

tauro.
También hablaron de vegetarianismo comida natural budismo tarot I Ching. En fin, repasaron Todo el Temario.
Y yo con un hambre espantosa.
Total, después de siglos llegamos a la casa del amigo de Viruta, quien, claro, tampoco tenía. Muchos amigos tiene este Viruta pero no sirven para nada. Fíjate. Ya habíamos ido, primero, a la colonia del Valle, luego por Insurgentes, después a la Anzures, luego a Narvarte y ahora andábamos por Tlalpan. Ya era muy noche, y hasta entonces el pendejo de Viruta se acordó que ese día había una función de superocho en casa de un escritor mamón pero que siempre estaba *cargado*...

Este escritor vivía en la del Valle, hacia donde enfilamos. María seguía hablando con el gringo Robbie, sin parar. Yo estaba asqueado, pues sólo había refinado un par de huevos a la mexicana... ¡Si señor, huevos a la mexicana! Cuando llegamos a la casa del escritor en la colonia del Valle nadie nos preguntó quién nos había invitado. Había mucha gente y música efectiva: en ese momento el On Tour de Delaney, Bonnie y Clapton. Había un horno espesísimo, qué quemazón. Desde afuera, en el pasillo, apestaba a petate; es decir: a campo.

Eso me hizo sentir un poco paranoico, en esos superreventones cae la tiranía más seguido; algún vecino se queja porque huele a mora o por el escándalo, o a algún madrina le pasan el pitazo, porque ya le tocaba a todo el perradón ir a dar a la cárcel...

¡Charros! ¡Toco madera! Pero, claro, dentro todos cotorreaban muy quitados de la pena. En la alfombra, varios galanes forjaban. Terminaban de hacer los cigarros, los prendían, los pasaban y ya no los veían jamás... Tenían un huatote inmenso... Eran como dos kilos...

Mis ojos se abrieron, mi corazón se endulzó y mis pulmones hiciéronse agua ante semejante agasajo. Viruta y yo casi corrimos y nos

dieron sendos chanchos y les llegamos con fervor patrio... Hasta allá... Qué gente tan rara había en esa fiesta, hasta unos chavitos que leían La Familia Burrón... Dos tres de gente grande, de traje, que discutía de política, sin atizarse... Mucha gente maciza. Y también había unos tipejos, uno de boinita, que andaban filmando; no eran tiras, eso se notaba a leguas... También había dos tres putos con aire de intelectualones, pero nadie con facha de escritor de la gruesaonda... Pero sí era casa de escritor. Había libros *y* cuadros *y* fotos de viejitos.

...Pero yo empecé a preocuparme. Entre todo ese perradón no veía ni a María ni a Robbie.

Hasta pensé que estarían cogiendo...

Ya sé que no podía ser, seguro andaban por otro lado. Pues a buscarlos, ¿no? No me iban a ver la cara de pendejo.

En eso apareció una chavita preciosa, con un cuerpito increíble y aire muy fresco, sin maquillarse, los ojos muy vivos...

Me dijo hola y me sonrió. Yo pensé qué pegue tengo, nomás llego aquí y me caen las nenas, y las más efectivas, además.

¿No te acuerdas de mí?, preguntó la torta. Hasta entonces la reconocí: era Raquelita, la gran cuaderna de María. Fueron amigas desde la escuela, un horroroso internado de monjas. Poco antes murió el papá de Raquelita y la mamá la puso a trabajar, deveras. Una vez María me platicó, muerta de risa, que la mamá de Raquelita *pagaba* para que la niña trabajara en una galería... También me dijo que Raquelita las daba con facilidad... No es que fuera muy putona, pero era tan pendeja que hasta el más lento Sargento Pedraza la envolvía con facilidad...

Bueno, que le digo a esta chava ¡tú eres Raquelita, chava!, le dije, ¿cómo tas Raquelita?, siéntate siéntate, date un toque.

Ay no, yo a esas cosas
nomás como que no, me dijo, además ya me voy. Ah,
pues fíjate de que hoy vi a María. Le presté quinientos
pesos, pero me los pagan cuando puedan, ¿eh?
Pues no me dijo que iban a venir. ¿Por
qué llegaron hasta ahorita? Uy, *ya*
terminaron las películas, unas películas bien padres,
deveras. Aquí las estuvimos viendo todos y a todos
les gustaron, qué fantástica gente, ¿no? ¿Tú crees?
Estaban filmando la proyección de las películas y
luego han seguido filmando este relajo, creo que
están haciendo una película, qué vaciados, ¿no?
Pero siéntate siéntate, insistí, con la mejor de mis
sonrisas. Se me iban los ojos al ver a esta Raquelita...
Aunque también verla tan bonita, tan limpia, tan fresca;
llena de, no sé, como de vida y brillantez, como que
todo eso me hacía sentir un velo de
vergüenza porque yo estaba muy pasado.
No podía ni hablar... Como que no
me veía muy galán...
Ay no, si ya me voy,
me están esperando allá en la puerta mi mamá y unos
amigos suyos, los que me invitaron a esta fiesta.
Ellos no fuman mariguana, ¿eh?Ah, ¿sabes quién
estuvo aquí pero ya se fue? ¡Tu amigo *Salvador!* Si
hasta le pregunté por ti. Fíjate. Quién se iba a
imaginar que ustedes iban a venir, ¿verdad? Bueno, ya
me voy, ya saludé a María y todo. Así es que ya me voy.
¿Dónde está María?, pregunté, repentinamente
repreocupado.
Está acá al lado, platicando con un gringo *divino*, qué
hombre. Ay, bueno, ay, este, bueno, pues nos vemos,
¿no? Chao chao bai bai.
Y se fue, contoneando sus nalguitas increíbles. Qué
niña, ¿no?
Sí mano, está buenísima/
Pero no pude seguir pensando en lo bien que
está Raquelita y cuan conveniente sería caerle uno de

esos días...

...Lo de María era inaguantable. La cabrona se aprovechaba de que yo estaba atizándome chabocho, porque
le tenía confianza, para seguir su ligue con el gringo,
¡pinche gringo! Tonces me paré, ¿no? Fui a la cocina,
y desde ahí la vi, en un cuartito lleno de pósters.
Estaba platicando, más acelerada que nunca, con Robbie.

Qué cinismo, pensé, dispuesto a no permitir que me bajaran ala tortuga.

Pero entonces llegó Viruta bien entusiasmado porque
ahí andaba un púsher que yo ya conocía, se llama Javier,
y que estaba dilereando ácidos a veinticinco locos.
Ya mucho personal había comprado —me dijo
Viruta—, estaban bien baras, ¿no?
Pues sí, pero yo ando sin centavos. Digo, María es la
que guardó la lana. Dije eso último porque me acordé,
con rabia, lo que me había dicho Raquelita: que le
había prestado una quiniela a María.

Entonces nos metimos en el cuartito, que era un cuarto de criados acondicionado para minirreventones.
Nos sentamos en un colchón que estaba en el suelo, junto
al gringo y a María. Los dos se estaban dando
unos toquezotes porque la mota ahí también rolaba
generosamente.

...María estaba pachequísima: se veía
fea. ¡Ah, pinche María, qué fea qué fea!
En cambio, Robbie
parecía no haber fumado nada. Despejado, el galán...

Oye María, dije, fíjate que están vendiendo sunshines a veinticinco bolillos, presta un cincuentón de los quinientos pesos que *te di a guardar* para comprar dos,
¿no? María palideció, pero después hizo como que no
me había oído, imagínate, me
tuve que controlar para no
agarrarla a patadas. Robbie, el gringo, se
dio cuenta de todo, te juro que sentí que sabía *todo;* y
saco un billete de a cien y dijo yo invito.
Me dio el dinero como para que yo fuera por los

ácidos. Ah chingá, pensé, mira qué gringo tan verga,
quiere mandarme como su criado, ¿no?, y mientras él
le llega a mi ruca, ¿no?
Entonces le di el dinero al criado Viruta, y él
fue a comprar la aceitiza, como buen amigo del hombre
que es.
Nosotros —María, Robbie y yo— nos
quedamos callados. María no quería hablar
conmigo. Ofendidísima, tú. Y el gringo seguía callado
cuando era el momento de que dijera algo, ¿no?
Que se explicase, ¿no? O de perdida que diese a entender
que no tenía intenciones malsanas. Pero no dijo
nada, sólo sonrió. Yo estaba tenso, viéndolos,
dispuesto a no despegarme de María, ya estuvo bueno
cabrones. Y ellos, sin pelarme.
María estaba furiosa, se notaba.
Y el gringo, tan tranquilo, seguía atizándose. Y
sonriendo. ¡Me estaba sonriendo a mí! ¡Qué huevos
de cabrón! En el centro de la alfombra continuaba
la Terrible Droga, y su exhibición vergonzosa
parecía decir:
...Vénganos tu reino y hágase tu voluntad.
Había varios tipejos allí, limpiando y
forjando la marigua-mota. Trabajen, jóvenes, sirvan a la
patria...
Bueno, maestro, como te decía,
ahí estaba yo viendo el escudo nacional mexicano, que
no es otro que la yesca, sin decidirme al atraco...
Total, me armé de valor, fui a la alfombra y sin
más agarré un montón de cigarros, los más grandes,
por supuesto. Eran como treinta, Salvador, casi se me
caían de las manos...
Simón. Uno de los chavos se me quedó viendo, sin
poder concebir tanta osadía, y me dijo quihubo
quihubo dónde vas tan bien servido. Y yo de pendejo
que les digo, fíjate nomás, que dice el dueño de la casa le
lleve unos chanchos, les dije, y que me voy de ahí sin
hacer caso al mismo buey que me decía ¿de veras?,

¿lo podrías jurar?
Pero cuando iba hacia el cuartito
encontré al Generalísimo Carrión...
Un cuate de pocas que tenía siglos
sin ver... ¡Jefe Carrión de la Basura!, exclamé, ¡qué
milagro! ¡Te voy a echar de menos! Ya enflacaste
maestro...
Oye cabrón qué gusto verte, porque deveras me daba gusto,
vente pacá.
...¿No te quieres echar un ácido en mi casa?
Fíjate, agregué, riendo, que no teníamos mota para
viajar, y que voy a donde tienen ese suculento huatote, y les
digo que dice el dueño de la casa que lleve
unos charros forjados... Y mira nomás todos los que
agarré, son como mil, no me medí, ¿no?, terminé,
riendo enseñándole los cigarros...
Ah pues cómo eres pendejo, me dijo Carriola, muy
serio, al cuate al que le dijiste que te mandó el
dueño de la casa *es el dueño de la casa*..., ¿qué
no lo conoces?————Sentí que se me iba el suelo
de los pies y casi corrí a la cocina para esconderme
de las miradas que me echaba el escritor-dueño-de-la
casa————pero todo se me hizo muy raro
porque creí ver que el escribano estaba cagado de
la risa...
No seas gandalla, me seguía diciendo Cabriolas, si le
hubieras pedido te la habría regalado, ya ni chingas.
Bueno bueno, pus ora ya, ¿no?
Tons qué mi querido Carrioncito, dije, ¿te jalas
a viajar a mi casa?
No maestro, yo a esas ondas ya no le hago.
¿Ah te cae?, ¿ya no viajas?, ¿ni en tranvía?
Si hace poco que tú todavía eras más Intrepid Tripper
que tu servilleta, muy inseguro por cierto.
Pues no, ya no viajo, hay que trascender esas fases,
¿no?, ahora nada más me atizo, porque con la mota no
hay problema, pero cámara con los ácidos, están
gruesos...

El Cabrión estaba muy seriezote. Nomás no me vibraba,
y como que eso me ponía medio nervioso.
Que sea menos que sea menos, le dije, claro que los
ácidos están gruesos, ése es el chiste... Lo que pasa es que te
azotaste en un viaje y por eso ora le quieres parar, ¿no?
Pero no hay pedo, ¿me lo
crees? Créemelo.
...Todos pasamos por eso: un
revolcón y uno dice no, ya no vuelvo a viajar por
nada del mundo. Así es que échate otro viaje para el
destraume.
No, ni madres. Ahora estoy metidísimo haciendo la revolución y
eso deberías hacer tú, para que dejes tu pinche
vida vacía de drogadicto, de traficante. Si ya estás
fuera de la ley ponte del lado de los trabajadores y no
de la colonización cultural.
...Ay buey, pensé, qué espeso se puso este cuate.
Palabra que me estaba hablando muy serio,
hasta enojado.
Pos qué crees que hago yo, pendejo, yo sí estoy
haciendo la Verdadera Revolución, porque la revolución
se hace con los viajes, maestro... El cambio de
gobierno es dentro de uno mismo... ¿O a poco crees
que tú te gobiernas a ti mismo? Claro que, aunque digas
que sí, hay fuerzas dentro de ti que te dominan y que
te hacen pensar que tú eres el que domina... Por eso
la revolución se hace con cambios gruesos de
conciencia y no con las armas, o en todo caso,
el arma es uno mismo...
No no, con el ácido no haces ninguna revolución. Es más,
si te apendejas te puedes quedar en la alucinación
eterna, viendo monitos de waltdisney toda tu vida,
y sino, nomás te haces pendejo. Dizque mucho amor-y-paz
y eres puro gandalla huevón.
¿Qué te parece? Todo eso me dijo el ojete de perro.
...El generalísimo Carrote me estaba
exasperando porque no entendía,
le habían lavado el coco, con odio

y con muertes no haces nada, nomás
volverte igual que a los que quitas el
poder: tú eres el que pone la nueva
dictadura... Mira, todos queremos cambiar el
mundo, ¿no? Pero el asuntacho es cómo... Pues yo
te digo que primero hay que cambiar
por dentro y si uno cambia
se va cambiando lo que te rodea,
porque lo que está dentro está afuera,
¿me lo crees? Créemelo.
Ésos son los puros lugares comunes de los pinches
jipis mamones. No se dan cuenta de que les están
haciendo el juego al sistema represivo/
El sistema represivo está dentro/
y por eso todo sigue como está.
...Los problemas del mundo no son mentales. Son
problemas de hambre, de miseria, de injusticia, de
corrupción, de explotación, de dominio de unos pocos
sobre las capas marginadas y explotadas. Son problemas
políticos, económicos y sociales. Y para
cambiar esas superestructuras hay que cambiar la
estructura: el sistema capitalista: por medio de una
revolución armada: con huevos. Puras papas que se
cambie por la vía pacífica y menos con *ácidos*. Mucho
jipi buey dice que si el presidente se echa un ácido
se va a alivianar y entonces todo cambiará...
Pero si el presidente y todos sus ministros se echan
sus viajes se van a volver más pendejos y más ojetes
de lo que ya son... La represión va a ser mayor ...
...Las condiciones actuales se tienen que cambiar
con movimientos de masas, huelgas, mítines, manifestaciones,
guerrilla urbana y rural y expropiaciones
revolucionarias.
...Para que la base proletaria tome conciencia de que
ella debe guiar el proceso revolucionario,
con el campesinado y los intelectuales progresistas
y las bases pequeñoburguesas explotadas. Todos
guiados por una vanguardia revolucionaria,

consciente, que nos llevará al levantamiento armado
que le dará en la madre al sistema represivo y que
establecerá la dictadura del proletariado,
así es la onda, lee a Marx y Lenin, compañerito.
¡No no! ¡Qué Marx ni qué Lenin ni qué la chingada!
Esas son las ondas de muerte y destrucción... De
odio. El verdadero patín no está allá, está
dentro de uno mismo, no afuera.
Si hay que hacer la revolufia pero dentro
de uno. Con claridad————————————
con huevos para entrarle al ácido——————a los
hongos—————para que te des cuenta de
que—————debes cambiar————————————
Si cambias: te vuelves loco—————
ése es el pinche cambio———————de la sicodelia—————
————————————————————————————————
oyes voces dentro de ti mismo...
Que no, carajo—————mírame a
mí, ya tengo———————diez
————————————————años——————desde que tomo
———mis aceites—————Y aquí estoy,
cada vez más a tus órdenes...
A tu disposición...
Porque con el ácido...
se aprende a domar lo inconsciente,
que es lo que uno no conoce... Unas fuerzas
terribles...
Sí, terribles, que uno tiene dentro
y que lo obligan a uno a ser egoísta———————
—————————un mezquino, un muerto-en-vida, un
pobre
ser sin amor...
...En cambio, desde que yo viajo me he vuelto más
claro; no me azoto, como tú, con un triste ácido... ¿Qué es un ácido? No hace nada, nada. Yo sé guiar mi viaje. Espérate, espérate, ¿no? Me interrumpes porque te estoy friquiando. Fíjate, generalísimo, estoy más seguro que nunca que tú te echaste un ácido y te azotaste y por eso ahora quieres huir de ti mismo con la

onda del cambio afuera. Pero tienes que aprender a no azotarte. Hay que perseverar en el cambio, así se desvanecen las voces, se van, se van. Yo me cae que *nunca* me azoto. Me tomo un ácido *y* lo controlo. Espérate espérate, déjame terminar, ahorita me dices lo que quieras... Nada más déjame decirte que con odios y muertes y resentimientos y espíritu de venganza no vas a hacerla. Hay que amar, yo te amo, me cae. Hay que amar y aprender a conocer lo que trae uno dentro, sólo eso te puede llevar a vivir en paz... A ser

íntegro..., honrado ———y a hablar con el

corazón, como estoy hablando ahora...

Sí, dijo el Carrión... Me estaba despreciando gacho...

Qué cuate más cerrado,

sí, eres tan íntegro que

te acabas de robar un chingo de

mariguana porque no tienes valor siquiera para

pedirla... Estás enviciado, cabrón, cada vez más

jodido... Dentro de poco vas a ir a dar a la cárcel

por andar en tus ondas mamodélicas...

Uta, maestro, dije, aguantando la risa, yo no me robé
esa mota, la *expropié*... Y mejor me voy, no sea que
vayas a ir a acusarme porque le llegué a unos

toquecitos ...

No Ernesto, me dijo el mamón, yo no
soy un delator. Si te agandallas es tu problema. Es más,
date una vuelta a mi casa y te regalo más, tengo mucha. Y
si vas también te paso unos calcetines y unas

camisetas...

No se azote, Cabriolas. Mejor chinga al gobierno y

no me chingues a mí. Bueno, piro. Paz y amor, chavo, le

dije, haciendo la V con los dedos—————sonriendo
pero bien acelerado por dentro. Con ganas de salir
corriendo de allí. La vibración como que no aguantaba.

¡Paz y amor mis huevos!, me dijo el cabrón Carrión.

Cámara. Qué sacada de onda se dio el Carrastlán, pensé, y a mí que deveras me había dado mucho gusto verlo... Qué agresividad, consideré, mientras salíamos del maldito depto ese y subíamos en la camiona.

La discusión con el Carrión Flecha Roja me había acelerado

tanto que hasta no me importó que María siguiera su jueguito con el gringo Robbie... Bueno, es que, creo, María ya se había cansado de hablar tanto. La voz se le oía más ronca y, para entonces, su estrategia consistía en miraditas de lado y sonrisitas de lado cuando creía que yo no la estaba viendo... Pero ni que estuviera ciego, maestro; era muy obvia además. Y Big Brother's watching, además. Pero esa onda, digo, la de María y Robbie, como que ya no me importaba tanto. Y después pensé que en realidad Robbie nunca correspondió a los coqueteos de mi coqueta vieja. Digo, hasta donde yo alcancé a ver. Digo, sí le sonreía y todo, pero en realidad Robbie nada más la oía, con atención, además. Pero el pinche mono nunca trató de ligársela. Bueno, creo. No sé, ¿no? Pero chance eso tenía más picada a María y por eso ella seguía, aunque más cansada y con la voz ronca, aventando sus sonrisas. Pero eso lo pensé hasta después, porque ah cómo pensé después en todo lo que sucedió ese día.

Y en ese momento, cuando el aceite nos empezó a prender, porque todavía dentro del depto del pinche escritor de cagada, donde todo el tiempo sentía que alguien me estaba filmando, pues ahí nos tomamos los ácidos para llegar prendidos a la casa. Pues como te decía, cuando el ácido nos empezó a prender, a María le empezó a entrar miedo. Apenas habían pasado dos días desde el viaje en la barranca, ves. Pero como se estaba haciendo pasar como la muy macha y la muy alivianada, quedando bien con el gringo, tú sabes, pues se tomó el ácido. Y por eso los aceites nos empezaron a prender, o al menos a mí, cuando íbamos en la combi rumbo al depto.

...Y yo seguía girando con la discusión con el Carrionejo. Me sacaba de onda que hubiera estado tan agresivo conmigo y que nomas no quiso escuchar nunca lo que yo le decía. Deveras, no me oía, nomas estaba esperando su chance para tomar el micrófono. Y, bueno, pues yo estaba diciéndole qué pensaba, ¿no? Era como para prestar un poco de atención, ¿no? O para prestar un poco de dinero, ¿no? Pero nadana... Je je... El cuate, o ex cuate, no quería oír. .. Nada más quería convencerme con sus arcaicos y obsoletos patines rojistas... Te digo, nada más esperaba en qué momento podía quitarme el micrófono para hablar como tarabilla. ¡Qué atrevimiento!

Bueno, pues lo que pensé es que después podía ir a la casa del Carruaje para seguir discutiendo con él. No aguantaba que se pusiera de antisicodélico, no era onda, ¿no? Y además me había dicho que tenía mucha mariguana en su casa, ¿no?, y si yo no conectaba pues al menos ya sabía quién sí tenía, ¿no?

Total, llegamos al depto, y para entonces ya todos estábamos prendidones. María se había vuelto a poner hasta la madre... Ahora sí ya no platicaba y ni siquiera le aventaba sus miradas cínico-ligadoras a Robbie————ya no miraba a nadie. Es más, como que le daba pena ver en los ojos de los demás... O, si no pena, como que no tenía la entereza interna, la seguridad en sí misma para ver en los ojos de los demás sin perderse, sin meterse en el viaje de los otros.

Bueno. Pues llegando puse unos discos, la serie completa de los cuatro Spirits: el Spirit, el The Family That Plays Together, el Clear, y el Twelve Dreams of Doctor Sardonicus... Muy sardónicus el dóctor...

y pa pronto saqué la moraleja que había
expropiado al escribano y dejé los toques en la
alfombra, aunque discretamente conservé cinco
cigarros panzones en mi bolsa para que no fuera a
caminar toda en el viaje y después me quedara sin
poder atizar al día siguiente...
Lo cual era muy probable conociendo cómo quemaba
el imperialismoquitaesposasyanqui...
Prendí unas velas y unos inciensos de coco y una lamparita
chingodélica de pocas que le regalaron a María
y que avienta unas luces giratorias muy
chiras...
María ya no se quiso atizar, porque llegando
prendimos otro leño... Pero Viruta y el gabacho
sí———y entonces me di cuenta de que el gringo
ese deveras era de la brigadapesada: ya se había
quemado una cigarriza loca y no se le notaba, ni
rojos tenía los oclayos...
Y para entonces, que ya estábamos viajando... Híjole,
hasta me pongo a sudar otra vez nomás de
acordarme...

...Robbie se fue a sentar junto a una
lámpara———me cae que se veía entero, como si
no hubiera fumado nada: qué horror: se veía
totalmente sobrio..., y te digo esto porque a mí hasta
me estaban dando ganas de cagar con el prendidón del
viaje, pero cómo cagar, qué falta de seriedad,
qué perdida de galanura...
Y María, cámara, ella nomás dijo
a mí ya me prendió, y gacho,
entonces se paró como pajarito herido, like an
injured little bird, je je————y se fue a tirar cuan
larga era, que no era mucho porque está enanísima,
bocabajo, en un rincón del depto, cerca de la puerta.
Viruta primero estuvo muy tranquilo, hasta que,
después del atice, o atizapán, empezó como a tener frío,
o calosfríos, y mejor llevó una silla junto a la
ventana y ahí se quedó viendo el cielo, dizque las
estrellas, qué mamón, ¿no?, porque corrió la cortina,
y el gabacho Robbie seguía como si nada junto
a la lámpara,

y yo como que me estaba poniendo muy hasta el culo, como muy pocas veces, bueno, como en los primeros viajes, que han sido los más ponedores que he tenido porque todavía no me acostumbraba a la percepción altísima, la expansión de la conciencia con las drogas
sicodélicas———Quería platicar, pero todos
estaban muy metidos en sus ondas y eso me
encabronó, uh qué aguados cuates... Ay sí, muy
místicos, ¿no?, mi misticismo es tan bueno como el suyo———¿dónde he oído eso?———Pero después
pensé no
maestro, te estás azotando, cada quien viaja como
puede, y si ellos ya no pueden ni hablar entonces
respétalos, relájate, acuéstate, y ponte a oír música,
fíjate en las lucecitas que avienta la lámpara...
Entonces reparé en la música: era una pieza
muy lenta, como muy profunda, que se oía fuerte
pero muy lejos, muy lejos,

como que me llevaba a lugares
desiertos, al espacio, porque oía unos violines
muy prolongados, que se iban, se iban,
y me quería acordar del nombre de la canción
y no podía; entonces quise levantarme para ver
la funda del disco, pero ya me había recostado en un
chorro de cojines y, cámara,
no me acordaba a qué horas me había acostado en los
cojines...
Me cae que ese ácido anaranjadito aplanadito
estaba que camarísima, estaba asesino,
si cerraba los ojos sentía unas sensaciones
bien fuertes, todo mi cuerpo vibrando,
como si tuviera luz por dentro y la luz fuera a explotar,
un chorro, una eyaculación de luz por todos mis
poros——— Todo oscuro, no veía nada,
porque hace siglos que yo no tengo visiones ni
imágenes con los ojos cerrados y mucho menos
alucinaciones con los ojos abiertos... Pero sí me daba
cuenta de que a mí el ácido lisérgico me pega en la
onda sensación, unas sensaciones gruesísimas, todo el
cuerpo erizado, qué hasta la madre me había puesto
ya, no me abandonaba la impresión de que mi corazón
iba a mil por hora, y de que mi sangre se deslizaba
muy despacio por las venas, como si fuera el flujo de un
aceite o de un líquido muy espeso, negro.
...Ay buey, qué pasadote me puse, a cada rato me
repetía a ver, a ver, quién eres, cómo te llamas,
y no, pues sí sabía quién era, sabía mi nombre y sabía
dónde estaba y con quiénes:
ahí estaba María tiradotazotándose y Viruta viendo el
cielo y el gabacho Robbie ahí está, ¿no?,
ese Robbie sigue como si nada, parece que no está viajando;
es más, ya había prendido otro cigarro de mota
sin decir nada...
Me dije no no, prendió un cigarro fresa, no puede
haber prendido uno de mota, pero al rato me llegó
el petatazo y sí era un cigarro de mota; éste sí aguanta,

pensé, acabamos de atizarnos y ya está atizando él
solito, y no invita, pero... ¿De veras nos
acabamos de atizar?,
a lo mejor ya había pasado mucho tiempo, ¿ves?,
y entonces quise ver la hora, pero estaba tan arranado
ahí en los cojines que la perspectiva de pararme
o de preguntar la hora me daba una hueva inmensa,
así es que seguí acostado,
diciéndome si sé quién soy,
sé dónde estoy,
con quiénes estoy,
nos tomamos un ácido lisérgico alias LSD spring
sunshine que está sensacional, qué viajazo,
pero después me preguntaba ¿pero por qué es tan
importante recordar cómo me llamo?,
¿de veras en mi nombre estoy yo?,
¿mi nombre soy yo?,
no, ni madres, yo no soy ni nombre, cómo voy
a ser, a huevo que soy algo más que eso, entonces,
¿qué soy?, ¿quién soy?
... ¡Cómo quien soy, carajo! ¡Soy Ernesto, soy
Ernesto!
Deveras me había puesto hasta las
almorranas y ya no quería pensar en lo de mi
nombre, qué pensamiento más pendejo,
qué idea mas absurda, de que se pone
uno a pensar pend/
También me daba cuenta de que cada vez
que yo pensaba era como si yo, mi yo de a deveras,
mi yo neto, mi selfcito querido, fuera una cositita
chirrita dentro de mí,
¿y qué había dentro de mí donde yo era tan pequeño?
...Un océano, olas que se suceden interminablemente,
una isla donde el mar explota,
una llama pequeña, la pequeñísima luz de una vela en la
oscuridad total, una luz enanísima que proyecta una
sombra gigantesca, una sombra gigantesca, qué oscuridad tan
hija de puta, a lo mejor eso era yo, una sombra que

perdió su llamarada, un hoyo oscuro en la oscuridad total,
carajo, pero eso no podía ser porque me estaba incendiando,
me estaba entrando un calor encabronado,
que me derretía por dentro...
...Ay buey, me estaba dejando ir, me estaba dejando ir y yo nunca me dejo ir; ponte buzo Ernestito, me decía,
ponte muy listo, despierta compadre, despierta,
maestrito, o te vas a dejar ir...
¿Y si me dejo ir, qué?
¡No regreso! ¡Me desquicio! ¡Me vuelvo crazy man crazy,
crazy news!, pensaba,
y, carajo, cómo me aceleraba la idea de volverme loco,
qué miedo tan ojete a volverme loco
y una vocecita distinta ala mía, dentro de mí,
decía, muy seductora, me decía
¡déjate ir, no te vuelves loco!,
pero de volada salté, o más bien: algo saltó
dentro de mí, y dijo no me dejo ir no me dejo ir
porque pierdo la conciencia...
Y entonces pensé ¿qué es mi conciencia?, ¿mi nombre
es mi conciencia?, ¿mi conciencia soy yo?
DÉJATE IR
No, ni madres: mi conciencia
no soy yo porque entonces no sería *mi* conciencia,
pero entonces, ¿qué soy yo?
¿seré la vocecita que me habló hace un rato y me dijo
déjate ir? ¡No, no, no me dejo ir,
no me dejo ir!
Pero John Lennon dice que hay que dejarse ir, que hay
que arreglar la mente, relajarse y dejarse ir... Pero
John Lennon es un pendejo; no sabe lo que está
diciendo, no tiene ni puta idea de lo que
dice——————No, ni madres,
el que está loco soy yo,
¡soy yo!, pensé,
y me espanté. Abrí los ojos bien espantado y, cámara, ya no
quería pensar, no quería pensar porque esos pensamientos
me estaban poniendo grave,

pero también pensé que estaba pensando que no debía
pensar, y que por tanto yo no era dueño de mis
pensamientos...

... Mis pensamientos no soy yo...

¡Ponte abusado, chavo, abusado! Oye la música,
maestro, agarra la onda de la música,

porque con tanto gire ni la música oía,

ya no sabía ni qué disco estábamos oyendo... Ah,

estamos oyendo Spirit... Pero cuál Spirit, cuál de

todos... Y en eso que de repente veo la figura de un
tipejo vestido de negro que se paró casi enfrente de mí,
casi encima de mí, y me iba a pegar,

y tuve que sacudir la cabeza, pero al
sacudir la cabeza oí algo dentro de mi cabeza que se
bamboleaba con cada sacudida, como agua en un tanque,
o en un barril, pero la cosa duró poquísimo, no duró
nada, después ya no vi al tipo de negro——————a

lo mejor no vi nada. Lo imagine. Lo aluciné.

Sólo veía lo que había: lámpara, paredes, pósters...

Pero de qué manera veía: una nitidez total: una claridad

espantosa: cada pelito de la alfombra era distinto

del otro: y la luz en la pared goteaba, como si se

fuera a derretir———Qué hasta la madre, carajo,

qué hasta la madre, y entonces que me llega un olor muy conocido.

A qué huele, pensé... ¡Pero cómo, huele *a mota!* Sí,

mi querido maestro, el gabacho Robbie seguía

sentado junto ala lámpara, toda la luz en él, un cono

luminoso él, con la espalda erguida, y un cigarro en

la mano... Huele a campo, pensé, ¡no pendejo,

huele a mota, ese gabacho ya prendió otro toque!,

y entonces pensé que el cigarro que tenía Robbie en

realidad era el mismo cigarro que lo había visto

encender antes... Pero no... No podía ser... No
podía ser porque el gabacho Robbie tenía un cigarro
entero, tan entero como él, y se lo estaba fumando con
unos toquezotes poderosos, sin fingir, sin querer impresionar a nadie—————

————y la mota estaba fuertísima, caray, qué moronga, nomás olerla hacía que la pared se derritiera,
y sí, sí, el toque que fumé cuando llegamos al depto
fue el que me puso así, pinche mota, chingue a su
madre la mota: Salvador nunca fumes mota, diles a
tus cuates que no le lleguen, pero si le llegan, que
inviten; y decía: a huevo que el gringo prendió otro
cigarro porque el cigarro que tenía Robbie estaba
entero, lo acababa de prender, está nuevecito, no es
una bacha, si fuera el mismo de antes ya sería una
bacha, porque no puede ser que nada más hayan
pasado unos segundos desde que lo vi encender el cigarro
anterior, no puede ser, y entonces me di cuenta de
que estaba temblando, me cae, estaba temblando
¡yo!, tenía siglos de no temblar ante nada y menos
ante un puto ácido lisergiquejo; pero sí estaba
temblando, y feo,
y decía estoy temblando porque hace un frío del carajo,
y en ese momento sentí un frío de su putísima madre,
cámara, qué frío...
Pero hasta entonces me daba
cuenta de que si hasta ese momento
sentía frío es que antes no tenía frío, y
entonces no estaba temblando porque
tuviera frío, sino, porque...
Sepa la chingada por qué...
Porque estoy tronando, pensé al jalar un
jorongo de lana que se
había quitado el gringo...
Entonces no hace frío...
¿Hace frío?
...Esa vez tampoco hacía frío, porque Viruta y
Robbie no parecían tener frío, ninguno de los dos
se había tapado...
Pero yo seguía tiemble y tiemble...
Y me tapé con el jorongo del gringo y entonces sentí
un poco de calor——Pero no paré de temblar————
ahora con calor————————————————

Bueno, estoy temblando, pensé, ¿y qué? Ni
modo———Y como
que tenía sueño———Pero me daba cuenta de que en
realidad no
era sueño. Lo que pasaba era que me estaba dejando ir,
y si sentía sueño era porque iba a cerrar los ojos
y a dejarme ir.
me iba a *morir*...
Sí, me iba a morir si me dejaba ir, ¡no me voy a dejar
ir!, pensé y traté de incorporarme, para no morir,
pero no tenía fuerza, no me podía levantar, me cae,
puta, aquí hace más frío que en el Polo Duarte,
pensé, y entonces, sin darme cuenta,
ya me había levantado un poco, y jalé la chamarra de
Viruta: más bien: el abrigo, un abrigo muy loco
que le llegaba hasta los pies, y me cubrí cual tamal
con el jorongo de Robbie y con el abrigo de Viruta
y todavía seguía temblando. Me voy a deshacer, pensé,
me voy a desarticular, pensé,
pero entonces ya estaba temblando menos,
qué frío, pensé,
pero, pensé, si ellos no tienen frío
es que no hace.
...O sea que estoy tronando,
ya no controlo nada, tengo frío por dentro,
¡no!, ¡qué chingaos tengo dentro, qué tengo dentro!
y entonces, hasta entonces,
ay Dios mío,
me di cuenta de que ya se habían acabado los discos,
solamente se oyó, muy fuerte, un coche que pasó por la
calle, y ya se habían acabado los cuatro discos que
puse y que ni oí y que ni cuenta me di
a qué horas acabaron...
Y Robbie el gabacho, tan tranquilo,
con sus movimientos sobrios, ¡qué horror!,
acababa de dar vuelta a los discos
y ahora regresaba junto a la lámpara,
un cono de luz el pinche gringo hijo de puta,

y ya estaba sonando otra vez el toca-toca,
y yo ni cuenta me di a qué horas empezó a sonar,
pero qué música tan hermosa,
esa música la hicieron los ángeles y las vegas...
¿Qué disco será?
¡Pues Spirit, pendejo, estás oyendo a Spirit, tú pusiste los discos!, y de nuevo el olor a campo...
Tuve la impresión, la impresión porque no la vi... Una barranca en un día muy soleado, pero si yo me asomaba en la barranca para ver el arroyo, abajo todo estaba
negrísimo y la barranca era la más profunda del
mundo, ¿qué cosas hay allá abajo?; ¿llamaraditas?,
¡y gente, muchísima gente, qué multitud!
...Entonces pensé ¡no huele a campo, cómo va a oler a campo,
pendejo, huele *a mota*!, porque el gabacho Robbie otra vez tenía en la mano un cigarro recién encendido y lo estaba fumando, no, puta madre, qué es esto, qué está sucediendo, alguien me embarcó con este ácido, le echaron moñasmalas a este ácido, las cosas están dando vueltas, simón, eso es, esto es un desmadre, todo da vueltas, lo estoy imaginando, nada de esto existe, fue antes cuando vi a Robbie con el cigarro recién encendido...
...Pero sólo hasta entonces, ¡fíjate, hasta entonces!,
me di cuenta de que el cabrón Robbie en realidad
había encendido *otro cigarro*... Puta, cómo aguanta
ese gringo, pensé, y entonces oí una voz muy fuerte,
enérgica, estentórea, que dijo
¡esepinchegabacho se va a acabarla mota!,
y salte, me cae que salté,
mandé a la chingada el jorongo y el abrigo y me levanté
buscando por todas partes quién había dicho eso...
Entonces vi al gabacho Robbie: me estaba mirando,
me estaba sonriendo, y sentí una ola inmensa de
emoción, un amor muy fuerte hacia ese gringo...
...La cara de Robbie se movía, como que se
oscurecía, se distorsionaba... Y entonces me di cuenta de
que sonreía porque
se estaba burlando de mí,

seguramente él había dicho ¡ese pinche gabacho se va
a acabar la mota!, qué ojete, qué poca madre,
y me di cuenta, porque pendejo-pendejo no soy...
Me di cuenta: ese Robbie ya me usurpó, él es ahora el
efectivo de esta casa, él prende los toques y voltea
los discos porque yo *no puedo hacerlo*.
...Ah cómo no voy a poder hacerlo, si yo estoy bien,
mírame, compadre, estoy bien, estoy al tiro,
me voy a levantar y voy a fumar mota para que vea
que él no es el único que aguanta aquí, yo estoy entero,
estoy bien, sé cómo me llamo, sé quién soy, sé dónde
estoy, y sé quién es él... Entonces traté de levantarme,
pero puta, no pude...
Bueno, sí podía, sí podía pero mejor me arrastré, sí,
me arrastré hacia el gringo,
y cuando iba arrastrándome el trecho se me hizo
eterno y pensé estoy en el desierto, muerto de sed,
no, cuál desierto, nomás estoy arrastrándome,
eso quiere decir algo; arrastrarme...
pero no sabía qué quería decir———Y ya
estaba allí, con Robbie, junto a la luz,
cámara, qué de luz se veía ahí,
tuve que cerrar los ojos
y qué oscuro era todo, como que la oscuridad hervía,
y pensé de este viaje no voy a regresar nunca,
éste es el último viaje que me echo,
ya no vuelvo a viajar nunca más,
pero entonces me dije no seas pendejo, abre los ojos y
fuma con este gabacho-pendejo-cara-de-nalga-de-niño-puto-pendejo-y-cogido,
y entonces abrí los ojos y le pedí el cigarro al gringo
y él me lo dio,
y entonces me di el touch y me cae que sentí que me
elevaba, como que todo se desvanecía, se deshacía,
se fundía...
y yo me elevaba,
...Me dio otro toque
————Todo se oscureció————lo que antes era luz

potentísima se volvió oscuridad,
y yo
cayendo,
dónde estoy, pensé por qué tanta oscuridad...
Entonces todo se rehizo———volví a ver a Robbie
y a la luz, y vi el cigarro de mariguana en mis
manos, y pensé no, cámara, para qué fumo más, con
estas cosas no se juega... Hace ratito me morí, sí, estuve
muerto, apaga ese cigarro, muchacho, apágalo,
y entonces apagué el cigarro, me fui yendo de ladito al apagar el cigarro———y sólo hasta después me di cuenta de que Robbie me había pasado el cigarro y que yo, se suponía, tenía que devolvérselo en vez de apagarlo, porque eso significaría que yo no quería que el fumara más... Pero lo apagué, ¿no?, que chingue a su madre el gabacho, está loco, es un insensato, un inconsciente, no sabe, no, no sabe, que cuando el viaje está así de gruesísimo no se debe quemar tanta mota porque uno se muere, one dies, gringuito, don't you know that, gringuiux?, y gacho se muere uno, grimbacho...
Pero en ese momento el pinche gringo...
estaba inclinándose
para recoger el cigarro que yo había apagado y que
en realidad no se había apagado, o que yo no había
apagado, para luego fumarlo...
¡Eso era un reto, me cae, con eso el pinche Robbie
me estaba diciendo que yo no aguantaba y él sí!,
y quién sabe qué cara me habrá visto que titubeó
(creo) y me dijo ¿puedo?
¿qué dice?, ¿puedo?, ¿que si puede?, ¿puede que?,
pensé... Ah, que si puede fumarse ese cigarro que yo
casiapagué... Si hombre, cómo no, que se lo fume,
a huevo, que se lo fume, pobre pendejo, no sabe lo que
hace, pero que aprenda, que se lo fume,
y yo estaba asintiendo con la
cabeza, y cada vez que lo hacía me costaba un trabajo endemoniado volver a alzar la cabeza,
y de repente vi *algo*:
un cuadradito blanco que brillaba de
tanta luz, qué es eso, pensé... ¡Puta madre!, ¡eran los

cigarros Delicados del gringo!, puta madre, qué grave me hallaba, entonces pude agarrar el cigarro Delicado pero cuando lo fumé me supo de lo más extraño, me supo rarísimo,
y mejor lo apagué...

Si, ¿no?

Y entonces vi que junto a la cajetilla de cigarros Delicatessen estaban los pitillos de mota, y dije no, si quemo orita qué bárbaro, y me acordé de ti...

Sí, aunque no lo creas... Me acordé de que tú nunca

querías quemar y como que te entendí…
pero luego vi que el gringo sí podía quemar tan tranquilo…
Entonces me dio mucho coraje…
Y le dije:
Qué, ¿aguantas mucho?
Robbie sonrió, me sonrió, y yo me quedé pensando
en esa sonrisa… El gringo sonreía, todo el tiempo
estaba sonriendo, ¿por qué? ¿por qué?,
pero no sabía por qué sonreía el gringo y otra vez
tenía la cabeza pesadísima, la cabeza me pesaba como
quinientos kilos, ah, es que tengo la cabeza agachada,
pensé, y entonces vi los cigarros de mota, y vi que el
gringo: más bien: la mano del gringo, entraba en mi
cuerpo de visión y tomaba otro cigarro y lo encendía…
Y hasta después de siglos pensé: no puede ser,
este hijo de la chingada está fumando mota otra vez, y
le pregunté:
Tons qué, pinche gringo, ¿aguantas mucho?
…Él palideció un poco, ¡me tiene miedo el
pendejo, ora sí se dio cuenta de que
yo sé que me tiene miedo!
Y entonces, psst, le arrebaté el cigarro, así: a lo
cabrón… Se lo quité de las manos, y pensé
tiene miedo porque le hablé
con mucha agresividad… Pero no… Yo se lo
pregunté muy suavecito… Con
mucha *gentileza*…, ¿o no?, pensé
¿qué tengo en las manos?… Ah, es un toque de mota…
Pos hay
que darle fuego, ¿no?,
y entonces fumé y sentí que en mí entraba una
columna de humo, una columna cilíndrica de humo
sólido que entraba en mí y me hacía ver todo muy
blanco, cegador, y me hacía sentir explosiones, muy
lejanas… muy blancas… ¡y la columna cilíndrica
esa era el humo del cigarro de mota! ¡Chale!——————
—————Y después todo era
negro muy negro, tan negro que yo

no sabía ni qué onda...
Era como si de repente yo caminara por un valle lleno
de luz rabiosa, fulgurante, cegadora, y caminase
feliz, y de repente supiera que me iba a morir en ese preciso instante. Saberlo era tan sorpresivo que me detuve y quedé inmóvil, sin idea de qué hacer... Sentí un vértigo extraordinario y la sensación de que el tiempo fluía, lleno de luz, a una velocidad desquiciante. Supe que mi muerte había comenzado y, después de unos momentos de desesperación, de confusión extrema, comprendí que debía encomendarme a Dios, y lo hice. En ese instante pareció que la luz blanca desaparecía en el exterior para penetrar hasta lo más profundo de mí mismo... Conforme la luz se desvanecía por fuera, en ese campo maravilloso de explosiones lejanas, la luz crecía en mi interior, y la sensación que experimentaba era tan violenta, tan rabiosa, tan rápida... Todo era tan sorpresivo que no me dio tiempo ni de aterrarme, y sólo pude preparar mi alma para lo que fuese a venir... Todo mi cuerpo se petrificó, se congeló, y se hizo cada vez más sólido y al mismo tiempo mi cuerpo se expandía, se desintegraba, se fragmentaba hacia afuera... La contracción y la expansión eran simultáneas, y las dos crecieron de intensi-
dad hasta hacerse insoportables,
hasta alcanzar un clímax
indescriptible... Después
todo decreció, al parecer todo era oscuridad y yo no
tenía cuerpo, ni podía pensar... Todo muy oscuro...
Pero de alguna manera incomprensible yo podía darme cuenta de
que había negrura y de
que había un vacío...
Poco a poco empecé a sentir que estaba
respirando
nuevamente, como si hubiera
renacido... Había pasado
no sé cuánto tiempo... Una
eternidad... Y volvía a ver unas explosiones muy
blancas, cegadoras, a lo lejos, muy a lo lejos... Y yo
pensaba estoy tronado... nunca me vuelvo a meter
otro ácido en mi vida... éste es el último... con estas
cosas no se juega... Y de repente abrí los ojos

La luz casi me cegó... Y entonces, pero después, después,
me di cuenta de que había abierto los ojos porque el
gringo Robbie, con mucha suavidad, eso sí, me había
quitado el cigarro de mota de las manos...
Fíjate nomás, a mí se me olvidó que tenía el cigarro
de mota en la mano, y quién sabe cuánto tiempo me
quedé como pendejo *con el cigarro de mota en la
mano*... sin saber que ahí lo tenía... Y el gringo me lo
quitó para Tie yo no me fuera a quemar...
No no, que gringo tan ojete... Me lo quitó para fumárselo,
tan tranquilazo de la Vega... Qué coraje me
dio, son chingaderas, pensé, eso no se hace, qué ira sentí,
me incendiaba el encabronamiento, me cae, y dije, o
grité, porque oí que mi voz salía fuertísima,
estruendosa... resonaba, rebotaba en las paredes...
¡Te caigo gordísimo!, ¿no, cabrón?
El gringo dejó el cigarro. Me vio. No sé cómo me vio
pero yo no pude mirarlo...
...Mi cabeza-quinientos kilos, y apenas me di cuenta
de que Robbie se paró de allí, caminaba, a dónde
va a dónde va dicen que el lenguaje es el olvido
a dónde va que no se vaya que no me deje que el odio
es cariño no te quepa duda...

...y escuché unos pasos, compadre, pasos por todas partes y unas voces muy lejanas perdiéndose mezclándose y ruidos como de cerraduras ruidos como de chorros sibilantes muy apagados muy cuidadosos ssssshhhhh ahí está no hagan ruido no le vayan a hacer daño——————voces muy calladas y sordas y opacas...

y de repente salté, salté otra vez, ¡es que Viruta me
estaba tocando la espalda!
Pues nosotros piramos hijo, ¿nos puedes regalar unos
toques? Si sí, dije, pero no lo dije,
ni siquiera asentí con mi
pobrecabecita pesaba mucho, mucho, quinientos
kilates, cómo pesaba mi choyita,

y yo nomás veía la alfombra con todos sus pelos muy nítidos, y oí un ruido... Shhhh... Qué pasó qué pasó...

Y pude alzar la cabeza y cuando alcela ya había

abierto la puerta, el gringo ya había surtido
y Viruta me hacía la V con los dedos
y decía feliz viaje, feliz viaje tenga usté
y cerró la puerta.
Y yo decía simón, feliz viaje, cómo no, qué viaje tan
increíble, qué viajezazazo, y entonces vi que la puerta
se movía, se estaba moviendo la pinche puertuca, cada
filamento maderado, cada hebra de la pintura vibraba,
y luego la pared se echó hacia delante y hacia atrás,
pero rapidísimo, y la perilla de la puerta se movía
de arribabajo con una velocidad vertiginosa,
y como que en la
puerta se hacían hoyos, negros, horribles, y se cerraban,
y yo pensé ahora si me puse grave hacía siglos que
no me ponía así...
y entonces me
levanté...
sin pensarlo...
algo en mí se levantó, me levantó...
Y me dio una gran felicidad ver que sí me podía
sostener en pie, y casi corriendo fui al baño y me bañé.
...Un baño larguísimo, de horas, delicioso, como que
me limpié, me purifiqué, porque no pensé nada,
nada...
¿Eh? Digo, descansé, sí, eso: mi coco descansó al
fin... Total, me aliviané...

Y cuando salí del baño, ya con ropa limpia y todo, ya todo tenía unos brillos increíbles pero yo ya era otra vez yo y me sentí aliviado...

Regresé a la sala y vi que María seguía tiradota en el
suelo, no se había movido de ahí; puta, pobre chava,
pensé, qué azotonazazo se ha de traer si no se ha
podido mover de ahí, ella que es la Aceleratealgo...
Y quise ir con ella, pero pensé no, capaz que me va
a ver ondas en la cara, como que no aguanta, ¿no?
además como que yo mismo necesitaba estar un rato
sin hablar...
Agarra la ola, lo que yo no quería era

meterme en otro rollo ———descansar,
y me senté en el sofá, terminaron los discos y puse otro bonche y me volví a sentar; me sentía bien, sin frío, sin calor, a gusto, fíjate, bueno, ya no me sentía tan grueso
como antes, y hasta me di un toque... Por cierto,
hay que prender otro, ¿no?
...Con las primeras fumadas sí sentí como un flash
del grosor de antes, pero duró muy poco... Después
la mota se asentó y nada más experimenté un
calorcito... algo como si la luz se velara, gasitas en los ojos, y una hueva deliciosa, me cae, ¡mátame hueva!,
y decía qué pendejo, hace rato pensé que ya nunca
iba a viajar más y cómo no, si es sensacional, qué
viajes, cómo-se-aprende, los-viajes-ilustran...
La onda, Ernestito, es no dejarse ir tan garzamente;
y escuchaba la música, qué padrísima la música, el rockcito: padrísimo, muy esperanzador, muy liberador, muy dionisiaco y apolíneo.
Eso eso, en ese momento estaba oyendo Tommy,
qué discazo, y luego oí el Beggar's Banquet, y
recámara, y luego oí el Traffic de la casita y puta, y
luego otros, ya ni me acuerdo, pura onda precisa-maciza-concisa.
...Ya comenzaba a clarear y María seguía
ahí tiradota, se ha de haber dormido, lástima, porque
aguantaría ir a los Viveros a ver el amanecer...
Decidí despertarla para que mejor se fuera a la cama
a dormir mejor, ¿no? Entonces fui a donde estaba ella y
ni me sintió; sí, ha de estar bien dormida,
y qué bonita se veía, como chavita, muy inocente,
hermosa, carajo, hasta los ojos se me humedecieron de
emoción, ésta es mi chava, pensé, la que me corresponde
para todos los días de mi vida...
qué chingón vivir con la chava que le corresponde a uno,
y ella dormidota———mejor que durmiera más
chabocho en la cama, ¿no?
Le toqué un hombro, pensando de repente, no sé por
qué, ay buey, esta chava si se deja ir, está bien que le
guste pero no debería, como dice el Marvilo Villegas,

entonces María alzó la cabeza y supe que no había
estado durmiendo, estaba hasta el culísimo,
y al verme, ¡puta madre, otra vez!
su rostro se congeló, se fue, ya no estaba ahí,
y yo me alarmé,
¿qué te pasa, María, qué te pasa?, contéstame, chava, no
chingues, no espantes;
ella estaba petrificada, los ojos como piedras duras,
relucientes, no había nada, brillos muertos, líneas en
la corteza...
Pero después, ¡oh, Dios mío!, la cara se le limpió, se
fue el terror———y como que sonrió, ¡qué aliviane!,
se veía como iluminada, simón, cuate, no te rías, iluminada
por dentro, los ojos abiertos, pasmados,
pasé mi mano frente a sus ojos y no reaction, no la vio,
no veía nada, nada, la nada vacía y
maravillosa ...
...Después de un rato volvió en yes, como si despertara
de un sueño profundo, y como que le dio miedo volver,
vio toda la casa y entonces le dije, para tranquilizarla,
¿no?, para sintonizarla en otra onda,
¿vamos a los Viveros, no?, a ver el amanecer, mi amor,
ya está amaneciendo de pocas...
y ella, después de un rato,
dijo sí vamos,
pero como que por su cabeza pasaban muchas ondas a
toda velocidad...
Nos pusimos unos jorongos, muy mexicanos los dos,
fíjate, jia jia, y es que entonces sí hacía frío, un frío
del carajo, además; un frío neto de invierno,
no un frío simbólico, o chicosomático,
y salimos a la calle.
... Ah, la calle estaba de pocas, olía rico, y como la
nave se quedó en la glorieta de Insurgentes tomamos
un proletario camión, un rojo Coyoacán;
a toda madre el camión, casi sin gente, puros obreros
recién bañaditos o con salivita en la cara,
pero despiertos, no desvelados, se veían de pocas...

iban a la chamba y como que aguantaba verlos ir a la
chamba———Y María sin hablar, pero no
había pedo, que no hablara, porque yo sentía sensacional
el frío de la mañana, de invierno, porque ya
estábamos en los últimos días de diciembre, ¿no?
Ya había mucha gente en la calle, muy animosa y todo,
y el cielo había amanecido despejado, bueno: cómo
puede amanecer despejado en un invierno en la ciudad
de Mexicalpán de las Tunas: pinches nubes color salmón,
puro esmog que apesadumbraba el horizonte,
y María sin hablar, pero no me importaba, porque sabía
que después iba a mediordenar su patín y entonces
sí ni quien la parara———ya la conocía, ¿ves?, extravertida
la chava, ¿ves?, pero entonces, ¿ves?, yo la
dejaba...
Y poco a poquito María fue saliendo, como que ya le
andaba por hablar, pero aún no era hora, y sólo
de vez en cuando alzaba la vista y veía por la ventana;
y como que yo mismo sentía cómo el ambiente de la
mañana iba entrando en María como algo extraño,
con atisbos de sentido, como que se le hacía muy raro
ver las calles transitadas a toda velocidad por
ese rojo Coyoacán que iba hecho el pedo, a mil por
hora, aprovechando el poco tránsito que había a esas
horas, y después como que María me quería ver...
pero no tenía fuerza suficiente, poder personal suficiente,
y nomás me echaba unas miraditas de reojo,
hasta que finalmente me vio
y a mí me dio mucho gusto de que ella me viera,
que otra vez estuviéramos allí los dos,
y le hice unos gestos payasones y ella sonrió, y entonces, durante
unos segundos los dos fuimos lo mismo, dos
libros que hacen uno, la misma sonrisa y los mismos
ojos que se reflejaban hasta el infinito,
a mí me entró un optimismo de pocas, y ella dejó de
verme, se volvió hacia la ventana: la luz cada vez más
clara, el sol ya estaba a puntacho de salir,
y sentí a María más calmada, más dueña de sí misma.

...Empecé a ver el sol, que ya había comenzado a salir,
ya se empezaban a iluminar las partes más altas
de los edificios más altos, chin, carajo, me lleva la
chingada, yo quería ver salir al sol chiramente allá en
los Viveros, pero ni pedo,
porque cuando llegamos a los Viveros el sol ya había
salido y los árboles tenían unas sombras huevonas, totalmente
acostadas.
...El sol no calentaba ni chicles, seguía haciendo un
frío carajiento, ¿no?
Ah, pues la rolamos por los caminitos de los Viveros,
en silencio, las plantas muy ordenaditas, iluminadas por el sol,
como muy contentas, las plantas,
muy moninas, con un color verde, vibrante, hormigueante, que
se me colaba en la piel y la hacía vibrar——————
———————Anduvimos entre los arbolotes y se
sentía de pocas,
olía rico, el aire muy fresco, casi no llegaban los ruidos de
los coches, ¿ves?, me cae que parecía como si estuviéramos en
un cacho de monte en plena city,
porque los Viveros tienen la buena onda de
que no hay nada arreglado,
como en un bosque nada más están
los puros arbolotes y las yerbas
todas desordenadas o con el orden oculto de
Madrenatura, y pa entonces María ya estaba
de este lado, sin azotes, muy segura, porque en realidad
ella siempre es muy segura, se pasa, y porque,
hombre, el amanecer aliviana a cualquiera,
¡hasta a un priísta!,
y empezó a platicar———ese viaje fue decisivo
para ella, esencial, porque nunca habíase puesto así,
ni siquiera en la barranca con el blue lightning————
————————primero fue a vagar por lugares
marcianísimos, todo muy oscuro, con sensaciones
pesadas-pesadas y ani-qui-la-do-ras, imágenes de lo más
vivo————de volada se despersonalizó, ya no supo
ni quién era ni qué ocurría, ni le importaba,

era como un sueño, terrible terrible, más bien:
peor que un sueño, o distinto a un sueño, ¡cámara!,
era como andar en el purgatorio, o conocer la esencia
del amor, o de la muerte, o de la locura...
Ese purgatorio era de lo más vasto: bosques muy
profundos, el fondo del mar, después como
calderas, mucho fuego, mucho calor, paisajes
prehistóricos, o desiertos, o pura oscuridad con algunas
lucecitas...
ondas así..., y voces como muy raras, voces
de quién sabe quién, que no la pelaban, hablaban en el
viaje como si ella no estuviera allí, ¿no?,
porque si hubiera estado allí *qué miedo*, ¿no?
Imagínate:
Cuánto dolor hay en estos
lares.
No es dolor, sólo es un
recuerdito
de que estamos
vivos...
Entonces le dije: salte de
allí,
pero no quiso hacerme
caso.
Nunca hace caso a nadie.
Pobre escuincla...
Pobre...
En todo caso María ni miedo tenía porque estaba
sumergidísima en su rollo, tan adentro-adentro
que no podía ni pensar, menos iba a pensar en azotarse
o en que se estaba azotando si toda ella era El Azote,
el Freak-out, ¿no?,
y entonces cómo le iba a dar miedo si no había nadie
en ella que pudiera decir ¡qué miedo!
¡qué horrible es esto!,
la despersonalizada total,
fíjome, y así se pasó toda la noche,
bueno, hubo muchísimas cosas más,

¿no?,
pero ella sólo recordaba su penar en el purgatorio
hasta que yo la toqué y entonces, ¡recamarísima!
me volvió a ver las Mil Caras,
en mi cara se sucedieron chorros de caras,
rostros de gente totalmente desconocida
y al mismo tiempo muy cercana a ella, como si fueran
caras que siempre estuvieron dentro de ella pero
que hasta entonces ella las podía reconocer; y las caras
cambiaban unas en otras
a velocidades encabronadas,
como en blanco y negro, pero lo blanco muy
blanco de tan blanco casi gris...
tú entiendes, ¿no?,
y lo negro muy negro,
los dos tonos muy bien delimitados,
y las caras
se me quedaban viendo con unos ojos
muy, cómo te diré, severos, casi duros
porque no eran azotados, no no, sino que eran ojos
que esperaban algo de mí, ¿ves, Ernesto?,
digo, este, como diciendo bueno chava,
llegó la hora de alivianarse,
ya estuvo bueno de andarla rolando a la pendejómetro;
bueno, claro que yo, digo, en ese momento,
cuando veía las caras, digo, yo no sabía que me
decían eso, Ernesto, de eso me doy cuenta
hasta ahorita, ¿no?, al platicártelo,
porque al platicártelo como que agarro mejor la
onda, ves, y ahorita sé que eso me querían decir las
caras; bueno, pues después de que aparecieron todas
esas caras en tu cara,
híjole, Ernesto, qué grueso/
Bueno, ya. ¿Volviste a ver al Devil otra vez?, pregunté,

con una sensación increíble de molestia, de irritación,
con ganas de darme de topes contra la pared
o de darle a ella una patada yucateca...
No no Ernesto, no, no fue la cara del Diablo, ves,
fue la cara de *Nuestro Señor Jesucristo*...
María se quedó callada, como para ver qué
efecto me hacía la Revelación...
Pero yo, de repente, ya no estaba encabronado,
sino que me valía madres, o, si no madres, sí me
parecía una soberana jaladez, digo, principalmente
el tono con que ella me lo decía...
¿Ah te cae?, pregunté.
... Sí, Ernesto, dijo ella, vi la cara de Nuestro Señor.
Primero estaba muy triste,
como lamentando que yo fuera tan pendeja, ¿no?
pero después ya no estaba triste,
ni contento, ni nada,
me cae que la expresión de su rostro
había trascendido cualquier sentimiento *humano*,
como que primero sí era el Cristo Humano,
pero después ya era el Cristo Dios,
y ese rostro de Jesucristo era lo máximo,
pura luz, pura serenidad, pura bondad,
era el cielo bien despejado,
era lo más maravilloso que podía haber/
Todo eso me suena a Robbie, no sé por qué, dije, más
bien para mí mismo, pero Maria ni oyó...
Yo sentía como que me elevaba en unas nubes gigantes,
y como que mi cuerpo así se llenaba de luz,
que su cara como que se fue haciendo luz,
se fue desintegrando en luz
hasta que después ya no había cara,
ya todo era luminosidad,
una luminosidad que abarcaba todo, ¿no?,
y después quién sabe a dónde fui,
todo era la nada,
porque yo no sentía ni como en un sueño muy profundo,
¿no?, porque como quiera que sea en un sueño

profundo como que no todo es oscuridad, ¿no?,
es otra forma de existencia, ¿no, Ernesto?
donde no hay nada
y al mismo tiempo está todo
porque estoy viva, ¿no?,
digo, o sea: como que había algo en esa nada, ¿no?,
yo, de perdida,
y por eso yo soy todo, ¿no?
¡Cámara! Yo había estado escuchando ala María con una
atención increíble, con comezón en todo el cuerpo,
aunque con una gran molestia también,
y recordé fugazmente que sí, cuando ella perdió la
conciencia se veía como iluminada,
una luz dentro de su rostro;
pero yo me olía algo raro, ¿no?, por eso la incomodidad...
Simplemente yo me había echado como chorromil viajes
y nunca me había pasado una cosa así...
Entonces dije bueno chava,
¿y qué te dijo el buen Cristín?,
pero se lo dije quién sabe cómo, ha de haber sido como
con sorna, porque ella me vio
con mucha tristeza, como diciendo
no agarras la onda,
no te agandalles orita, y dijo
no Ernesto, deveras, deveritas
se me apareció el Cristo, en serio...
¿En serio? Pues entonces platícame qué te dijo
el Cristo Enserio, chava, agregué,
con una picazón mayor en todo el cuerpo,
como si tuviera calor, pero no era calor porque
todavía hacía frío, el sol no calentaba ni
madres, unos momentos antes me
había estado cagando de
frío...
María se quedó muy pensativa, sus ojos se apagaron
y yo pensé cámara qué pregunta tan de a tiro pendeja
deja le hice, a huevo que su alucine cristiano no le
dijo nada, nomás la miró, y eso fue lo que le dijo:

nomás con mirarla le decía todo...
Pero María volvió a alzar los ojos y sus ojos eran como retadores, con una brillantez opaca,
if you know what I mean,
y me dijo sí me dijo muchas cosas Nuestro Señor
Jesucristo, pero yo las entendí hasta después, ves,
me dijo cosas... Y lo que me dijo fue que
yo tenía que seguir sus leyes, sus mandamientos,
tenía que respetar sus instituciones,
la Santa Madre Iglesia, ¿no?, este,
y tenía que alivianarme escuchando las palabras
de sus elegidos, y tenía que dejar mi vida de pecado,
tenía que purificarme, todo eso me dijo;
y cómo me purifico, pues yendo a misa, ¿no?,
confesándome, comulgando, rezando,
haciendo lo que hace la gente que deveras es devota.
¡No no!, exclamé muy molesto, molestísimo,
la mera verdad, ¡eso no te lo dijo Cristo, eso
lo pensaste tú después, no seas pendeja! Puras
pendejadas pensaste después, cuando íbamos en el
camión rojo hacia acá... Cómo ir a misa...
Es buena onda, ¿no, Ernesto? Vamos, ¿no? Hoy
es domingo, vamos, ¿no?
No, no vamos ni madres, agarra tu patín... La
gente
va a misa y reza y se azota porque quiere
sentir a Dios,
todos los ritos no son más que
un camino para poder experimentar a
Dios, porque Dios eres tú, y tú ya lo
experimentaste, ya lo supiste, al fin...
La onda no es ésa... Si ahora te va a entrar
la onda de ir a misa y rezar
y hacerte una beatamocha la
vas a regar, nena, porque sería como
irte para atrás, porque tú ya le viste la cara al Cristo,
carajo, ahora tienes que hacer otras cosas.
¿Pero qué cosas?, me preguntó María, sinceramente

preocupada.
¡Qué sé yo!, exclamé, ¡carajo!, cómo me encabronaba
todo eso... ¡no tengo ni la más remota idea!
pero la onda no es ir a misa,
la onda es que tú seas tu propio templo...
Si vas a misa, vas a ver, te vas a confundir,
te vas a hacer pelotas, vas a agarrar la onda
por donde nomás no es.
La onda misa ya pasó, hija,
haz tu misa con un buen viaje,
¿o no?, ¿o no?,
¿no viste a Cristo en este viaje?
Pregúntale a la gente
que va a misa cuántas veces
ha visto a Cristo en misa... Pregúntales...
Ay Ernesto, pero yo siento que eso es lo que debo
hacer..., me dijo María, inquieta, con mucha
sinceridad... mi corazón me dice que vaya a misa,
a la iglesia, porque así voy a volver a ver a Nuestro
Señor, y en viajes ya no, aunque tú digas que sí.
¡Carajo, María, no chingues, agarra tu patín! Tú
eres la iglesia, carajo, tú eres el templo, te digo,
y un templo muy chingón... ¿A poco has visto
a Cristo en la iglesia? No, ¿verdad? Lo viste
dentro de ti... Y ahí es donde lo vas a volver a ver,
porque chance todo fue un alucine,
te imaginaste todo eso...
Chance te lo imaginaste,
¿o no?, ¿o no?
¡No, claro que no!
Hombre, siquiera considéralo, ¿no? No te aferres...
¡Claro que no!, insistió María, exaltada,
ofendida, y es que no le debí haber dicho
que imaginó toda esa transa,
¡te juro que no fue una alucinación!,
¡fue una cosa real real real! Lo vi neto,
no era alucine, me cae... Vamos a misa, Ernesto, no
seas cabrón, ándale cinche Ernesto, acompáñame, ¿no?

Que no, carajo. Esas son mamadas. ¿Me lo crees?
Créemelo. Total, así seguimos un ratotote, discutiendo,
pero ya totalmente fuera de onda, emperrados,
molestos, enojados, y total, María me insistió tanto
que yo el Concesiones Apropiadas,
dije bueno pos vamos, y fuimos a la iglesia de
Coyoacán...
¡Puta madre! Todavía era tempras, creo que llegamos
a misa de ocho, y yo irritándome cada vez más
porque María había agarrado una onda
mamertísima, como que había entrado en *éxtasis*
al ver al pinche sacerdote...
Pero eran puros cuentos porque yo veía
clarísimo que ella se estaba sugestionando para
hacerme creer, a *mí*, que había entrado en éxtasis...
pero no estaba, cómo iba a estar,
buena actriz la chava, se lo tomaba muy
a pecho, ¿no? Pero, carajo, que no mamara,
ves porque, además, yo no podía dejar
de ver todas las caras pendejescas de la gente *devota*,
todos los que estaban en la iglesia
no sabían ni qué pedo, ni qué hacían ahí,
ni por qué estaban ahí,
ni qué significaba toda la faramalla del cura,
nomás estaban con los ojotes apagados, muertos,
maledicientes, fariseicos y prejuiciados
al vernos todos fachudos, desvelados, greñudientos...
Y cómo se atacaban de risa al ver la Cara de Arrobo
Total de María,
y a mí me daba vergüenza, qué humillación; porque no
temo las humillaciones pero como que tampoco hay que
buscarlas, ¿no?, entonces me dije yo piro,
y me salí... Pero para entonces ya estaba de lo más
fuera de onda, encabronadísimo,
ahora sí que ya no me calentaba ni el solapas,
porque el sol ya estaba calientón pero
no mucho, te digo que era invierno, y como que
el ambiente afuera de la iglesia estaba efectivo:

globos, vendedores de refines y de moñitas para los
niños, y árboles y el huato de luz, ¿no?
Pero yo nomás veía a la gente que entraba en la iglesia
con sus ondas domingueras, y los chavos fresas
y las chavas fresas que nomás iban a ligar, y esos
mismos hipócritas enajenados hijos de puta
eran los que me estaban viendo con cara de fuchi,
ay tú ya viste esa cosa qué feo hombre todo
mugroso
así son los jipis no se bañan no se peinan
no se ponen desodorante no usan reloj no usan zapatos
no hacen el servicio militar no trabajan no
estudian siquiera están mancillando
el recintodelseñor qué vida han de llevar un
infierno su vida vacía y hereje y comunista y
drogadicta pobre pobre ojalá los mataran a todos
ojalá los raparan de perdida ojalá los llevaran
a las escuelas pobre pobre o al manicomio tú
pobre pobre...
¡Pobre pero con unos huevotes!

Bueno, maestro, lo que pasó después era como para imaginarse, aunque yo nunca lo imaginé; voy a prender otro touch para quitarme el gacho sabor bocuno...

María se metió de plano en la onda mochilas,
fue un proceso gradual pero rapidón, porque en una
semana ella y el depto estaban irreconocibles...
Primero se fue quitando las minifaldas,
y la ropa huautlesca, las túnicas locas,
se dejó de pintar, se recogió el pelo
y se hizo chongo...
Dejó de usar medias y luego dejó de
rasurarse las piernas hasta que alcanzó consistencia
chayotesca... luego se puso vestidos oscuros, más abajo de
la rodilla, y empezó a usar escapulario, ¡escapulario,
imagínate nomás!, y luego vestidos negros de
monjas y medias de popotillo, y para
entonces ya había quitado todos los pósters del depto y en
su lugar colocó imágenes religiosas de esas

horribles y viejas, friquiantes, hechas por místicos
paranoicos y azotados, tales como Las Animas
del Purgatorio y el Santo Venidón del Espíritu Chancro,
y ya no quiso que quemáramos incienso de coco o de
jazmín sino de copal y mirra, y llenó toda la casa
con estatuitas de santos y de vírgenes y de
cristos, y empezó a decir que el
rockcito era cosa atea, masónica
y protestante, y que los discos
de los Rolling Stones eran
cosa del diablo, lo cual sabe
tochomundo, y que fumar mota
era cosa del Diablo también,
que yo ya... no debería
viajar... ni con hongos... ni con
peyote... ni con semillas de la virgen...\
ni con hojas de la pastora ni con LSD
ni con MDA ni con STP ni con DIT ni con
DMT y ni siquiera, jia jia, en ADO...
ni debía llegarle más a la
mescalina y silocibinas
ni al buen hash...
porque todo esto también era
cosa del Diablo,
y que había que tirar los libros esotéricos
y que me cortara el pelo de una manera decente
un buen casquete corto y que me pusiera traje y corbata
y me boleara los zapatos *diario* y que me pusiera a trabajar
para mantenerla y que nos casáramos por la iglesia
y que tuviéramos muchos hijos todos los que Él nos
mandara; y para entonces iba a misa todos
los días... y quería que yo,
¡ya!, rezara con ella, y con
devoción... ¿Eh? ¿En
qué estaba? ¡Ah! Según
ella andaba muy santificada, muy
purificada la Electropura le
decían, pero la verdad...

Sí, la verdad es que se puso
superneurótica, de todo se enojaba,
de todo se quejaba, y empezó a tomar pastas
para los nervios...
Y me echaba la culpa a mí...
Tú tú tú eres el que me pone nerviosa porque no cambias porque no quieres acogerte a la luz del Señor porque no dejas de fumar esa yerba horrible por tu culpa no puedo dormir porque quieres hacer el amor ni puedo rezar con devoción porque
estoy rezando y tú prendes tus horribles
cigarros de mota y me haces que me
muera de vergüenza ante Dios y ante los
hombres... ¡Drogadicto!
¡Tú eres la drogadicta!, grité, exasperado, ¡no sólo
te metes pastas chafas sino que agarraste
la mochería como droga,
y esas drogas son peores que la mota y los ácidos
porque mira nomás cómo te tienen!
¡Te tienen grave, gravísima!, ¡la onda
es para aprender a vivir,
para ser más consciente,
pero a ti la onda sólo te sirvió para
convertirte en una vieja hipócrita, beata, mocha,
chismosa y hazladepedo!
¡Puta madre, nunca le debía haber dicho eso, pero es
que ya me tenía hasta la madre con sus mamadas!
No quería ir al cine,
visitar cuates o llegarle
a los hoyos a oír rock, todo era
iglesia y rosarios... Sí... Bueno, pues se puso como
fiera y me aventó, ¡a mí!, todo su odio:
¡Eres un padrote, un buenoparanada, un mantenido,
un vago, un delincuente, te crees
lo máximo y eres un pecador,
no sabes nada de nada,
falso, hipócrita,
mentiroso, muertoenvida!
¡Desde mi viaje en la barranca

del cual ya me arrepentí
sinceramente vi clarito
que eras el Diablo!
¡Eres el Diablo!
Y cámara, yo también estaba aceleradísimo,
encabronado como nunca, es que jamás me habían
aventado tanta mala vibración, tanto odio, ves.
¡Tú eres la que no agarra la onda, pendeja!
¡El Diablo está en ti y no en mí,
es el Diablo el que se hace pasar por Cristo
y el que te lleva a tanta mochería!
Y entonces me di cuenta,
fulminantemente,
como si
me hubiera
caído
un rayo,
de que con esa chava ya no la iba a hacer,
de que habíamos llegado al extremo máximo, al borde
final, y entonces me vino La Dignidad y le dije:
¡Ya me voy, me largo de aquí!
¡Qué bueno, qué bueno que te vas, ojalá no vuelvas
nunca porque ni siquiera una vez papaste la renta!
Y yo seguía furioso pero también me puse triste,
¿qué pasó?, ¿cómo ocurrió esto?,
ella y yo nos queríamos, nos amábamos,
y ahora estábamos gruesísimos, dominados por
nuestras violencias más incontrolables, y pensé lo que
pasa es que esta chava no me quiere, nunca me quiso,
y tuve curiosidad por saber si alguna vez
me había, pues, este, amado, ¿no?, y le dije ya
no me quieres pinche María,
y me cae que se lo dije desde el fondo de mi alma
muy triste,
y ella lo sintió, porque vi
cómo palidecía, cómo su ira
se transformaba en algo agridulce,
una especie de derrota tremenda,

y bajó los ojos,
pero cuando los levantó una vez más
tenía el brillo opaco en la mirada,
una terquedad disfrazada de ternura, y me dijo no,
el que no me quiere eres tú, si me quisieras cambiarías...
Entonces me di cuenta de cuánta insolencia, cuánta
temeridad, cuánta arrogancia había en lo que me
había dicho, porque *me quería guiar y* fingía no saber
que ella era la que debía dejarse guiar, ella quería
poner las condiciones y yo de pendejo borrego
a obedecerlas, ¿no?, y entonces me llenó una
cólera helada, y ya no dije más...
Me metí en la recámara y me puse a juntar mis
trapiches, iba a tomar una maleta pero no: la maleta
era della, chin, entonces tomé una sábana vieja y
con ella envolví mi ropa, ahí metí la mota que me
quedaba, la que me pasó el generalísimo Carroñas,
porque antes fui a ver al Carretón, el Gran Mariscal,
y él me dio un huatote y discutimos, pero luego te
platico deso, y después agarré mis books y la disquiza,
y un ratote anduve por todo el depto, viendo que
olvidaba, porque no quería dejar nada ahí,
nada mío ahí, y recogí un incensario, hasta recogí
unos trocitos viejos de incienso, me cae, ¡qué gacho
estaba petardeando, pero es que deveras no quería
dejar nada nada nada!, y entonces me empezó a
entrar miedo...
Sí. Un chirris de temor porque no tenía ni quinto,
ni a dónde ir... Bueno, no: eso no importaba:
ya me había acostumbrado a María,
siempre creí que ella era mi dama, mi ruca, mi torta,
mi chava, mi nalga, mi novilla, mi ñora, mi ñorsa,
mi chamaca, mi mujer, mi espositasanta,
la que me correspondía, la buena, la única
y no otra..., y pos no, no aguantaba...
Y seguí piense y piense, ya muy frío, o al menos
por fuera, y buscaba cosas: un matabachas,
un cenicero, una taza, una macetita, todo lo guarde...

——————Y Maria estaba *rezando,*
¿tú crees?, como muy metida, con mucha devoción,
no me pelaba la hija de la chingada, y yo
como que tenía la esperanza de que al verme rondando
por toda la casa ella iba a comprender lo naco de su
acelere y que me iba a decir Ernesto quédate,
perdóname, soy una pendeja, te quiero, perdóname,
pero ella nunca dijo nada...
...Nomás dizque rezaba frente
a unas veladoras y su altarcito
de la Guadalupana,
porque se volvió fan de la Guadalupana, y la
cabrona no se apiadaba... Ella, la Muy Cristiana,
ni me volteaba a ver, ni siquiera para ver si
me robaba algo o para checar cómo estaba yo,
si sufría o estaba encabronado o qué,
digo: un mínimo interés, ¿no?, pero nel,
ni madres, ella seguía rece y rece sin mirarme...
Qué odio, pensaba... Cuánto odio anida esta mujer,
y tan chavita que está, le voy a tener que caer
al Viruta en su pinche ratonera a ver si me da chance
de quedarme con él, a ver silo encuentro...
Es que no tenía ni para el camión y Viruta vive en
Tlalpan, imagínate nomás... Me la iba a tener que
echar de aventones de la colonia Roma hasta Tlalpan,
imagínate y pues como que la onda aventón se me
había olvidado porque más de un año anduve en
el ford 200 de María...
Pinche María, seguía rece y rece sin pelarme a pesar
de que yo iba de un lado a otro ya con ferocidad, ya
sin buscar nada, lleno de un encabronamiento increíble,
con ganas de madrearla porque qué injusticia, ¿no?,
qué ojeterías de la pinchenana que se hacía pasar
como la Muy Devota, la Muy Religiosa...
Entonces ya no pude más, como que mi cuerpo se expandía ya no cabía en mi piel, mi sangre hervía
le voy a dar una oportunidad más, para ver si se aliviana
y siquiera despedirnos como cuates———no como gente

que nunca se ha visto en la vida,
entonces fui a la puerta, con mi tambache, la abrí,
para ver si ella volteaba o dejaba de rezar o
siquiera me decía adiós, ¿no?,
pero abrí la puerta y ella lo oyó claramente y ni
se movió, siguió dizque rezando. Entonces
le dije oye. Y entonces sí volteó——————————
—————Estaba llorando, me cae, toda la cara
mojada, pero no le creí: puro teatro, pensé,
está haciéndose la Víctima...
Le dije oye, préstame de perdida quinientos varos,
¿no?, porque ya había llegado el cheque de su papá,
luego te los pago, ¿no?,
y ella, con toda la cara enlagrimada, se puso en pie
y en un segundo creí que me iba a abrazar
y yo a consolarla, pero qué va,
pinche vieja...
Nomas caminó hasta colocarse enfrente
de mí, su carita llena de lágrimas
a centímetros de la mía, y me gritó:
sí, me gritó: ¡trabaja!
Y entonces no vi nada, exploté del corajote, y cuando
menos lo pensaba ya le había dado un
descontón horrible y ella estaba en el suelo...
...y me fui sobre ella y no sé
por qué le di una madriza que
cámara y ella llore y llore,
la Mártir Cristiana Echada a las Fieras,
y la madreé gacho, y entonces
ya me fui, y salí dando
un portazo...

El hombre camina en la cola del tigre

Salvador apenas podía soportar un dolor punzante en la frente, arriba de los ojos. Había escuchado a Ernesto con atención creciente, cada vez más integrado en lo que Ernesto refería, sin pensar, sin juzgar, oyendo simplemente, fluyendo en las palabras, y

sólo hasta que el dolor se hendió sobre sus ojos Salvador supo que Ernesto había callado. ¡Qué vaciedad en la cabeza!

Ernesto respiraba agitadamente, sin ver a Salvador, no parecía ver nada; estaba sudando, sus ojos se habían vuelto hacia adentro ———sus párpados hinchados, entrecerrados, como rendijas, y en ellos la conjuntiva enrojecida y un brillo vivo, mortecino, opaco, en los iris.

Salvador no dejaba de verlos con el alma silenciosa, y casi se sobresaltó al advertir que, de repente, Ernesto alzó la cara con una sonrisa endeble, mal dibujada... Ernesto cogió otro cigarro de mariguana, el último, qué bárbaro, cómo ha fumado, finalmente pudo pensar Salvador; y Ernesto encendió, dio una fumada profunda y, con el humo dentro, el tórax expandido y una sonrisa que desvanecía un poco la palidez de su rostro, dijo:

—Pues así estuvo esa transa, maestro. Ah, pos después me fui a pie hasta la casa del Viruta... Tardé siglos, llegué con las patas hinchadas... Pero es que no quería pedir aventón, ves... Como que no me latió madrear a la pobre María, pero ya ni pedo, ¿no?

—Y el Viruta me dio champú de quedarme en su casa, por cierto un depto bien horrible, ni luz tiene, eso fue hace dos días, ves, y desde entonces no he podido dejar de pensar en ese rollo, bueno, no de pensar, porque te digo que se me desbaratan los pensamientos ¿no?

—Y yo decía carajo, aparte de que fui un conchudo y de que estuvo *muy mal* madrearla, ¿tuve yo la culpa de lo que pasó? Porque eso era lo principal, ¿no?, porque si yo había tenido la culpa pues como que debía buscar a la chava María nada mas para decirle perdóname... Digo, no para seguir con ella, sino para pedirle perdón... Después de la putiza que le di como que no va a querer vivir conmigo otra vez, ¿no?, pero sí pedirle perdón, ¿no? Nada más... Porque si uno la riega hay que pedir perdón...

—Pues sí —concedió Salvador, muy atento, sin poder mirar otra cosa más que la cara de Ernesto—, ¿y luego?

—Luego pos como que no podía decidir qué hacer, digo, qué hacer con la María... Y fue entonces cuando pensé no, cámara, yo necesito echarme un viaje para ver las cosas con perspectiva, para repasar todo *y* sopesar las cosas *y* decidir qué hacer con esta María.

«Y el Viruta me pasó un ácido y también me dio un huatito de

mota bien pinche, un polvorón... Pero como que no me latía viajar en su depto; digo, él es un cuate a todo dar, ves, pero es otra onda... Yo necesitaba unas vibraciones precisas, propicias, para saber, para decidir qué responsabilidad era mía en todo ese rollo... Entonces dije me voy a echar el viaje en el parque y a rolarla, y me lo eché, pero allá en el parque, quién sabe por qué, tampoco estaba a gusto, ves, y entonces me acordé de ti... Cámara, si ahistá Salvador... Ese cuate... aunque ya ni nos vemos y aunque siempre nos ponemos a discutir, ese cuate si es mi cuate, nos conocemos desde chavos, la rolamos juntos, fuimos juntos a la universidad... y luego él agarró su onda y yo agarré la mía, pero él sí me conoce y no me va a vibrar mal, porque en el fondo me quiere, porque estoy bien solo... Si tengo un amigo neto, el único, el único, un amigo de toda la vida... Es ese Salvador. Tonces me vine pacá y yate saqué de onda aventándome mis versos, ¿no?

—No no —replicó Salvador ——————————————Ahora se hallaba muy emocionado, con un sentimiento cálido, con la imagen de un cristal muy fino, muy blanco y muy delgado, tan ardiente que cualquier vibración sonora podía astillarlo, hacerlo estallar... Fuertes marejadas de emoción rasguñaban su garganta, humedecían sus ojos, y Salvador lo sabía y se preguntaba, nebulosamente, por qué le ocurría todo eso...

—Ah qué bueno —musitó Ernesto, con un suspiro de alivio, y pareció descansar sonrió, en silencio, fumando su cigarro de mariguana, con los ojos entrecerrados y la expressión en calma...

Pero el alivio de Ernesto sobresaltó a Salvador. Se incorporó, muy nervioso ya... Algo hacía falta en todo eso, algo muy importante... Pero qué, qué se preguntó Salvador... Y de pronto supo qué.

—Y ¿qué decidiste hacer? —preguntó.

—Con qué.

—Con María.

—¿Con María? —dijo Ernesto, reabriendo los ojos: seguramente ese tema se había ausentado de su mente pues su rostro mostraba extrañeza.

—Si, con María.

—Que se vaya ala chingada...

El tigre muerde al hombre

...Quién sabe por qué de pronto mejor me paré y me
largué de la casa de Salvatore Giuliano;
nos habíamos quedado en silencio un buen rato, pero
quién sabe qué sentí, ese monito como que no me pasaba,
era de lo más azotado, dizque muy buena onda
y en realidad era un mamón,
no se bajaba de su puta nube, que chingue a su madre
por culero; yo voy a verlo, me sincero con él,
le aviento toda mi neta (lo cual no es algo que haga con todo mundo), y a él, carajo,
le vale, y chance hasta en el fondo le den gusto
todos mis pinches pedos.
El caso es que de pronto ahí estaba yo paradote en la
calle, en plena madrugada,
todavía rezumbando (leve) del viaje, y nomás
no sabía bien ni qué onda, no se me ocurría
para dónde jalar, a quién caerle a esas horas,
y ya estaba pensando retacharme con el buen Salvador
y decirle: je je, ya reboté manís,
cuando me acordé de que Armando, el gordito
sobrecargo que vivía con Alejandro el Peyotero,
se había cambiado de Acopilco y ora tenía un depto
de lo más chido atrás del cine Diana. Ese cuate
me iba a alivianar porque él sí era buena onda
y además siempre estaba cargado, así es que
chance hasta un toquecín me iba a pasar para dormir
a toda madre.
Por ahí no pasaba ni un taxi, y tuve que
caminar un rato para encontrar uno, pero, chíngatelas,
de buenas a primeras me entró un paranoión
de su puta madre: me empezaron a sudar las manoplas
y el corazón me latía gachísimo:
es que, después de todo, yo andaba todavía prendido
(un poco) del ácido, traía un huatito de
mostaza (muy pinche) en la bolsa, y los apañones
estaban canijos; a cada rato alguien te contaba

que otro cuate había caído en el bote porque la tira cómica ya lo había pepenado; a veces esos maestros ni siquiera traían mota (nada de nada), pero eso era lo de menos: los agentes los levantaban por la greña, por la ropa, les ponían unas madrizas gruesísimas, nada más por sus huevos, y vas pa dentro chavo.

No no, ni madres, toco madera, ay buey, se me enchinaba la piel y se me fruncía el anís nomas de pensar que pudieran arrestarme.

Pero no hubo pedo, encontré un libre y llegué a la nueva casa del gordito Armando. Este legendario maestro no sólo estaba ahí sino que además tenía pachanga: bueno, más bien una reunioncita, porque él y otros gandallones habían estado en una fiesta y, cuando acabó, decidieron seguir reventándose en la casa del gordito. Parecían puros rocanroleros.

¡Maestro! Tengo un olfatazo para localizar las buenas ondas, le presumí al gordito Armando tan pronto como estuve dentro de la casa.

Pásale, amigo, pásale. Échate un chupe, mi buen, tengo un efectivísimo roncito Appleton que me traje de Jamaica, ¿le quieres llegar? También hay whisky, vino y brandy. Y cheves.

Pero claro, claro que sí, pero también estaría muy bien darnos un toque, ¿No tienes mota, Armando?

En ese momento exacto uno de los cuates que estaban ahí pasó junto a nosotros y nos dejó un churro que olía muy bien.

Pues ya la hiciste, amigo, me dijo el Armando, mientras con una inclinación de cabeza daba las gracias al mono que nos pasó el touch, quien, por cierto, era un gigantón prietísimo, de barba rala, cochinona, y como de dos metros de altura. Usaba lentes oscuros; apenas tuve tiempo de verlo, pero sentí un estremecimiento de lo más gacho.

No le di mucha importancia porque me fijé que traía un sombrero de lo más maricón, con un moño color de rosa y lacitos colgantes que a él se le veía grotesco;

bueno, pues este cuate se fue al fondo de la sala,
con otros tres chavos bien locochones; abrazó a dos de ellos
y fue como si se los tragara la ballena——————Después
tuve la impresión de que me miraba
con una sonrisa medio rara, pero nada de eso importaba,
ante el hecho contundente de que yo me estaba
atizando muy muy bien.

Cámara, le dije al Armando, esta manteca está precisa.
¿No se puede conectar?

Depende. ¿Cuánto quieres?

No, pus poco, un huatito nomás; ando bien pobretón.

Uh, pos te la vas a pelar, amigo, este Miguel Carlos
nomás te vende de varios kilos para arriba; si la transa es
de más de veinte kilates entonces te trata muy bien,
pero, si es de menos, no te baja de pinche móndrigo. A
mí no, porque soy su amigo de años, además de que le
traigo un buti de cosas de los Esteits, es más, por lo
general ni siquiera me la vende y nomas me regala un
ladrillo bien prensadito de vez en cuando, y siempre es
de la mera buena: sin sema y de pelito rojo, la pura
efectividad. Me dura siglos y además pone bizcos a las
visitas. Los deja...

Los dos nos soltamos a reír.

Bueno, amigo, pues ya sabes: si te consigues una buena lana, ya sabes con quién agenciarte un buen huataclán.

Mira, es ese cuate. Te lo voy a presentar. Oye, amigo, exclamó, ven, plis.

¡El gordito Armando estaba llamando al gigante prieto!

Este cabrón nos volteó a ver, pero no nos hizo caso: seguía abrazando a los dos mugrosos de antes y hable y hable.
Los tres, y el otro rocanrolero, se estaban metiendo un tremendo leño.

Mejor que no nos oyó, dijo el gordito Armando, se
llama Miguel Carlos y es un culero. Neta. Es tira de la
Perjudicial, así es que tiene permiso para matar y
atracar, para conectar en grande y sin pedo. Ya sabes,
amigo.

¿Es judas?, no la chingues..., comenté, con desazón.

Ey maguey. Y ponte abusado, amigo, porque tiene que mandar al bote cuando menos a un machín a la semana, y no vayas a ser tú,

agregó Armando con una risita. No te quiero friquiar pero hoy anda de un humor de lo más escalofriante. Ahi tú sabes si te quedas.

Charros, buey, no mames, respondí al instante, me ha ido de la patada y lo único que me falta es ir al tanque grande...

No, no, maestro, al contrario, ya que estamos en esto.

Fíjate que me pelié con mi chava y no tengo dónde caerle, ¿me puedo quedar aquí? Digo, por esta noche, ¿no?

Sí sí, hombre, puedes quedarte unos días, de hecho te puedes quedar hasta el jueves, que me voy a El Ei y entonces sí se cierra el changarro/

Perfecto, maestro, como tú digas/

...Mientras consigues otro lugar donde caerle, ¿ya vas?

Sí, claro, Armando, claro, neta que yo namás quería engordarla aquí esta noche, pero si tú me das chance hasta el jueves, no hombre, pues mucho mejor, gracias hijo, te la sacaste, ¿me lo crees?, créemelo.

Órale pues, dijo el gordinflas, y se fue a poner otro disco

————Me cae que cuando supe que tenía dónde dormir esa noche como que me relajé. Y qué lugar, además. El deptín del Armando estaba enano, pero superefectivo. El putarraco lo tenía cuquísimo, con sus gruesas alfombras peludas, chingos de cojinzotes de tela hindú, móviles por tochos lados, lámparas sicodélicas, pósters art nouveau y de gruesos rockers, un sofá de puros peluches, un equipo de sonido Roberts muy acá, en fin, la pura buena onda para tirar la hueva, en lo cual, como se sabe, soy campeón mundial, sólo me aventajan maestros consumados como el Sun y Güicho Carrión.

Me soplé otro fajazo del roncino jamaicano y me metí otro toque. La neta, ya estaba sintiendo ganas de irme a jetear a la recámara libre (debía de estar de pocas). Pero antes decidí ir a mear. Fue lo más estúpido que se me

pudo ocurrir, y lo que acabó por joder todo.

Bueno. Fui al baño; y ahí estaba meando de lo más rico, pues además de hacerlo me rascaba dulcemente los tenates, con un delicado airecillo de languidez, y me sacudía la verdura de lo más tranquilo, cuando Miguel Carlos, el tira-pusher, entró en el baño y se fue derecho al excusado; sin dejar de verme la verga (la guardé al instante), rapidísimo, se bajó los pantalones, se medio acomodo en la taza y expulsó, con varias explosiones que me sobresaltaron, un fuerte chorro de líquidos que llenaron el baño de una hiriente pestilencia.

¡Puta madre, llegué seif!, comentó el hombrón, aún con su sombrero de tiritas y los lentes oscuros. Ando bien jodido de la panza, explicó.

Simón, contesté, ahí nos vemos, agregué, y ya me iba, porque Miguel Carlos no dejaba de expulsar tremendos chorros de cagada que le hacían exclamar perdóname Dios mío.

Espérate, no te vayas, me dijo, de repente.

¿Tas loco?, exclamé, si hasta me tiemblan las patitas de la peste.

Te digo que te esperes, insistió con un tono rarísimo en la voz, algo burlón pero también de lo más friquiante.

Una punzada de alerta me dolió en el estómago; abusado Ernesto, ponte muy verga, oí clarito que me indicaba una voz, y tuve que aguantar la urgencia de salir al aire puro.

Qué hongo, le dije, tratando de aguantar la respiración.

Traigo yerba santa pa la garganta, se puso a cantar el mamón. Estaba limpiándose la cola con varios metros de papel.

¿Cuánto quieres, chavo? Tú nomás di. ¿Cincuenta kilos? ¿Cien? Ya me dijo el Armando que tú mueves mucha mota para Estados Unidos, ¿o no?

Cuááál...

...Pues aquí yo te la puedo poner, mhijo,

toda la que quieras, como quieras y en donde quieras, tú nomás pide, porque mientras yo te viva no te faltará nada.

Agarra la onda de que yo con la placa soy indetenible, toda la

ciudad me pertenece.

Bueno, este, dije yo, o sea, claro que me gustaría hacer una transa así, pero tendrá que ser luego porque ando sin lana.

¿Sin lana? ¿Andas sin luz? ¡No la chingues!, decía el gorila; acababa de ajustarse el cinturón y no dejaba de sobarse la barriga. Seguía apestando a madres y el pinche tira ni siquiera le jalaba la cadena para que se fuera ese aceite repugnante que había salpicado toda la taza. No puede ser, no puedes andar sin dinero. ¿Cómo es eso, carnal?

Qué tipo más raro, pensaba yo. Me miraba con una sonrisita de lo más siniestra y el cabrón no paraba de cotorrearme.

Nel, pos así nomás, ya sabes, le dije, orita no tengo ni dónde caerle, y el Armando me acaba de dar chance de aterrizar unos días aquí en su casa. Somos muy cuates el gordito y yo, y otras veces a mí me ha tocado alivianarlo, digo: en dos tres ondas leves, no vayas a creer que algo importante.

Es más, agregué, sintiéndome un poco más seguro (aunque el cuate este me veía con una cara burlona que no podía con ella), dentro de poco está a punto de caerme una buena lana y entonces sí le entro ala yerba santa pa la garganta.

Ah bueno, bueno, condescendió Miguel Carlos, entonces no hay más pedos que los que te has echado, carajo, no sabes cómo jiede aquí, agregó, sonriendo.

Si hombre, qué peste, deslicé (con ganas de salir corriendo); oye, ¿de veras Armando te dijo que yo llevo mota a Estados Unidos? Porque no es cierto, ¿eh? Qué mas quisiera...

Claro que no, chavo, respondió de lo más tranquilo, ¿no te quieres dar un pase?

¿Un pase...?, repetí, y lo pensé; por un lado se me antojaba, y duro, porque luego un pericazo al final de un viaje se pone de pocas, pero, por otro lado, ya llevaba muchas horas de vuelo y más se

me antojaba dormirme.

¿Sabes qué?, dije finalmente, gracias, mano...

Me llamo Miguel Carlos, hijo; ¿y tú?

Ernesto.

Bueno, Ernesto, vamos a festejar habernos conocido con un señor pericazo; ésta es de la superbuena, de la mejor, de la que se ataca mi comandante Durazo.

Ya había sacado un cuadrito de papel y procedía a desdoblarlo. Yo no sabía que hacer. Me caga cuando digo una cosa *y* no me pelan. Carajo, respeto y comprensión, ¿no?

Mínimo.

De veras, gracias, dije, pero prefiero irme a dormir, Miguel.

No mames. Y me llamo Miguel Carlos.

Neta, estoy madreadísimo de tantas broncas y tantos revientes, Miguel Carlos, no sabes qué chinga de perro bailarín me he llevado, no, puta, está cabrón... Es más, ya vámonos de aquí, si quieres seguimos cotorreando allá afuera.

Ya me volteaba otra vez para abrir la puerta y salir de la cámara de gases, pero sentí su mano en mi brazo con una presión leve que me paralizó al instante.

Espérate, dijo, no alcanza para los demás. Esto es nomás para tú y yo.

Ah sí, claro, dije, paralizado.

El ya había desdoblado el papelito, en el que había como un gramo de coca. Saca una cucharita que traigo en la bolsa, me indicó, porque había sujetado el papel con las dos manos.

De la bolsa del pantalón, ésta, carajo, no te quedes como pendejo, sácala, insistió.

El Miguel Carlos traía unos pantalones de mezclilla de lo más ajustados, y cuando metí la mano en la bolsa sentí una carne durísima, y hasta creí que le rozaba algo que podía ser la verdolaga, ¡ay buey! ¡Charros! ¡Toco madera!, pensé, tratando de sacarla mano con la cucharita lo mas rápido qué se podía.

Muy bien, dijo cuando le mostré la cucharita, que,

por cierto, parecía de oro. Lléguele, cabrón, añadió.

Chin, como que no podía escaparme, ¿no? Bueno, qué chingaos, me dije; ya que Dios nos puso en este camino y el diablo sacó el pase... Sin pensarlo más levanté un poco del polvo y lo aspiré duro, primero por un lado y después por el otro.

Se me humedecieron los ojos y sentí una viva irritación en la nariz, con ganas de estornudar que controlé.

Lléguele, lléguele, decía Miguel Carlos, ora que hay.

La mera verdad, ya no quería más; era obvio que esa cocoa estaba sensacional, como él decía, pero yo ya quería pararle; además, aunque ya me había acostumbrado, la peste seguía insoportable, y el pinche tira me imponía; era un saque de onda pero el teco me intimidaba, me sacaba completamente de mi patín, y como eso nunca me ocurre *con nadie*, mejor me di otros dos pericazos.

Con todo y lo madreado, al ratito ya estaba de lo más prendido; no sólo se me recargó la pila sino que el viaje se me levantó a un punto muy cachetón, suavecito. Puta madre, en un ratito todo había cambiado, y para entonces se me estaba antojando duro darme un toque de esa sinsemilla increíble que traían. La nariz me moqueaba a madres, y cuando me agaché para cortar un poco de papel del cutre y sonarme, pude ver que Miguel Carlos me miraba con lo que, a pesar de los lentes oscuros, parecía una ironía de lo más culera.

Casi me voy al suelo al sentir que Miguel Carlos se me repegaba cuando yo cortaba el papel y me hacía sentir una dura vergota en las petacas. Salté al instante, pero casi no había espacio.

¡Charros! ¡Tate quieto cabrón! ¡No juegues!; casi chillé.

Lo empuje con todas mis fuerzas y quien sabe cómo me di la vuelta, pero Miguel Carlos era un ropero y no lo podía mover. Tragué saliva. Hazte a un lado, cuate, le dije de lo más serio, a mi estas ondas no me pasan.

Miguel Carlos sonreía con aire ladino, como si estuviera

un poco borracho, pero no se movió y para entonces lo tenía casi enfrente de mí; el culero presionó hacia adelante para hacerme sentir la verga en el estómago, porque deveras era un gigantón; ¡hijo de su puta madre, qué coraje me dio! Me puse muy muy fuera de onda, aunque Miguel Carlos, con una sonrisita, casi al instante se echó (un poco) para atrás. Recogió el papel con coca que había dejado en el lavabo y, sin más, de un lengüetazo, se tragó todo lo que quedaba y que era un resto. Después se me quedó mirando mientras se pasaba la lengua por las encías.

El elevón del viaje para esas alturas no tenía nada de agradable. Me hallaba de lo más agitado, y no sabía que hacer.

Vamos a darnos un toque, ¿no?, dije, finalmente.

Muy buena idea.

Salimos al fin de allí, y yo respiré profundamente varias veces (Miguel Carlos me miraba sardónicamente). Hasta lagrimitas me habían salido de los ojos. Fuimos a la sala, donde Armando y los rocanroleros chupaban, atizaban y oían a Led Zeppelin. Nos sirvieron a nosotros también, y nos pasaron el churrumáis. Pero yo pensaba que este Miguel Carlos en realidad no podía ser puto; no sé, estaba demasiado grandote y truculento para ser pújaro. Más bien me latía que, como decía el gordito Armando, era un culero, un perfecto hijo de puta que se entretenía llevando al límite a la gente. Era su manera de jugar. No me hubiera extrañado que acabáramos dándole a la ruleta rusa, o algo así. Ay buey. Era de los que se divertían sacando de onda a la gente con las ojeteces más inconcebibles.

La manteca era colosal, pero a mí me estaba dando por la pensadera, y no, eso sí que no, eso es algo que se debe evitar a toda costa. Como que me daban ganas de pirar de allí, salir *corriendo*, qué chingaos, y no ver más a ese pinche gorila con placa, a ése yo no lo podía controlar, como a casi todos; él si estaba *muy grueso*. Yo

siempre, como los Rolling, había dicho que era libre hasta de desafinar mi rola, era mi vida y yo hacía lo que quería, como también dice Eric Burdon. Y por lo general así era siempre, hasta que aparecían los Migueles Carlos, esos canijos con los que no sabes ni qué onda y que gozan agarrándote de su pendejo.

Qué coraje me daba todo eso.

...Estaban hablando de coches, que cuál jala más: el Super Bee, el Charger o el Barracruda o Barraculo. Yo estaba tan pacheco que apenas entendía lo que hablaban y pensaba que era urgente huir de allí hecho la madre, cuando de pronto sentí la mirada de Miguel Carlos: era algo duro, acerado, penetrante. Me volteé y ahí estaba, viéndome a través de los lentes oscuros. Creí que me llamaba, y fui hacia él. El monote me abrazó y me dijo casi al oído que en su casa tenía los kilos de grifa. Yo me sentía sofocar porque el pinche gorila me tenía casi arropado con sus brazotes. Traté de zafarme, pero Miguel Carlos me apretó; todos los huesos me crujieron, vi miles de lucecitas y sentí que el aire se me iba, por lo que el tira aflojó el abrazo y me pasó una botella de etiqueta negra.

Chúpele, Ernesto, póngase hasta la madre, mi carnaval, póngase bien chido. Le di un llegue al whisquito, y sí, que ni qué, estaba bien rico, y como que me cayó bien. Pensé que no valía la pena estar azotándome. Era pura paranoia. Ese cuate estaba cabroncísimo, pero tampoco era la gran cagada como él creía, ya lo veía yo dándole la suave, si no es que lamiéndole los huevos, a sus superiores. Claro que a mí me podía dar en toda mi madre, pero la onda no iba por ahí; ni siquiera quería pasarme por las armas, nada más le gustaba friquiar al prójimo. Por si fuera poco, estaba en casa de mi cuate y tenía ante mí materiales inmejorables, la pura champaña de la droga: el perico y la moraleja en su mas chingona expresión, ¡hágase tu voluntad y no la mía!, me dije, y le di otro trago a la botella.

Ora métete estas pastas, me ordenó Miguel Carlos.
¿Qué son?, pregunté, por decir algo, porque no quería
ceder si me era posible; ni se me antojaban las putas
pastas ni quería que el gorila me estuviera diciendo
chíngale-aquí-chíngale-allá.

Mététela y ya.

Pero dime qué son, hombre, ¿metedrinas, barbitúricos,
anticonceptivos o qué?

Oh que la chingada, dijo Miguel Carlos, y de nuevo
apretó el abrazo tan fuerte que en un relámpago creí
que iba a perder el conocimiento.

Muy buenas razones, alcancé a gemir cuando él aflojó
la presión. Me tomé las pastillas con tragos de whisky.

Vi que el gordito Armando me miraba con una sonrisa
cansada, un tanto alarmada.———

Yo ya me voy a acostar, dijo el gordito. Ahi cierran
cuando se vayan. Y tú Ernesto, ya sábanas, hasta el
jueves no hay problema.

Sí, gracias Armando, respondí, y agregué: es más,
yo también ya le voy a caer.

No hombre, cómo crees, intervino Miguel Carlos, que
no me soltaba con su abrazo, ¿tú crees que te vas a
poder dormir con todo lo que llevas adentro? Tú te
vienes a mi casa a seguir el patín, órale.

¿Yo? Nel nel, ni madres.

Bueno, ahí ustedes saben, yo ya me voy, deslizó
Armando y,

en efecto,

se fue.

Yo sentía el cuerpo de lo más caliente, ofuscante.

Mira Miguel/

Miguel Carlos.

Deveras, mano, yo también me tengo que acostar, pero
otro día te paso a visitar, palabra, dame tu dirección y
yo llego, pero hoy ya no, deveras, estoy hecho cagada.

Ya no la hago.

Si la haces, cómo no, y si no con otro perico te pongo
bien chido. Vamos a mi casa, muchacho, porque ahí te voy

a dar pa dentro... No, cabrón, te voy a pasar varios kilos de grifa a *consignación*, agarra la onda, me pagas al venderla, o sea: te la doy fiada, ¿cómo la ves?

Carajo, cómo la iba a ver. Vendiendo esa yesca podría salir de pobretón, era exactamente lo que necesitaba para levantar una feria, pagar lo que debía y después rentar una casita por ahí por el rumbo de Acopilco, con el bosque, muy chingón, ¡ah!, nada como despertar y sentir a la madre natura, a los pájaros y las abejas, y darse un toque...

No, pos vamos, dije——————————————

——————————————————————

——————————————————————

———Afuera, Miguel Carlos, los tres rocanroleros (que en realidad no eran rockers, sino guaruras del guarura, o sea: aspirantes a madrinas y orejas de la tiranía) y yo nos subimos en un Dodge Mónaco gigantesco y nuevecito. Ya había amanecido y el cielo estaba bien nublado, casi negro, cochambroso. ¡Qué horror!

Se me hizo un pésimo augurio. Casi no había transito a esas horas y llegamos en tres patadas.

Este Miguel Carlos vivía en un penthouse de lujo en la Nueva Anzures, muy cerca de Marrano Escobeta. Nomás llegamos, los achichincles sirvieron afanosamente los chupes y Miguel Carlos abrió el cajón de una consola y sacó un madrazote de coca. Seguro había ahí más de medio kilo.

Mira buey, me dijo, aquí es donde está la lana. La mota deja, pero no se compara con la coca, hijo. Mucho escuincle rico ya le está llegando, y dentro de poco, vas a ver, la mariguana va a ir de salida...

Me di otro pase (leve), nomás para que Miguel Carlos no me estuviera jodiendo. Ya con el pericazo dentro me volvieron a sudar las manos y el corazón me latía a mil por hora, pero me hice el que andaba muy derechito, y seguí al gigantón cuando me dijo que me iba a enseñar la mariguana que tenía.

Estaba en una recámara con

cama de agua, luces giratorias, tele gigante, pósters y un estéreo portátil. En un rincón del cuartote había chingos de ladrillos de mota prensada y me cae que casi formaban una pared junto ala pared. Puta madre, allí había fácil como trescientos kilowatts y me cae que se me cayeron los chones, mi cuate

Miguel Carlos sí las movía en grande. Sólo siendo teco se podía.

Miguel Carlos no sólo me presumió su pared de mota sino también las pinches fotos que tenía en todas partes, y en las que aparecía con puros cacasgrandes de la polaca; en una estaba con el mero preciso de la repúblic, en otras aparecía con ministros y gente del gobierno. Miguel Carlos también se había retratado con los jefazos de la tiranía nacional. El hombrón me explicó que, ahí nomás pal gasto, estaba muy bien parado, era sobrino del mero mero de la Suprema Corte de Justicia, ese tío Culetre lo había metido en la Judicial. Pero ya casi estaba listo su paso a la Federal de Seguridad, a Narcóticos, que era donde estaba el gran bisnes. Yo lo observaba, y no daba crédito.

Seguramente se había metido cuando menos un tonel de whisky, además de pastas, fuetazos y pericazos; seguía entero, aunque a veces, su inmensa corpulencia lo hacía menearse levemente, de lo más vaciado, como si en cualquier momento pudiera dar el rinocerontazo. Estaba muy orgulloso de sus conexiones en la polaca nacional, y, además, su tío Cúler le había prometido hacerlo diputado (ni que fuera tan difícil), por Campeche...

...Es que el góber de allá es cuatísimo de mi tío. Yo en mi puta vida he estado en Campeche, pero por ser diputado, soy de donde quieran. No te digo que mañana pero sí la semana que entra, ¿cómo la ves?, orita lo que hay que hacer es capitalizarse, para eso estoy donde estoy, y hacer relaciones...

A esas alturas Miguel Carlos,debió notar que yo no estaba muy impresionado. En realidad el cuate

a fin de cuentas me parecía como cualquiera, un pobre pendejo-mamón convencional-arribista-clase-media-culero, y mayate además. Carajo, qué gordo me caía al verlo oscilante frente a su hit parade de celebridades. De pronto me di cuenta de que el cabrón estaba furioso.

...Pero esto a ti no te interesa mucho, ¿verdad, muchacho? Eres un pendejo, cuate, deberías oír bien lo que te estoy diciendo para que salgas de pinche jodido que no tiene ni en qué caerse. A ver, ¿cuál es tu pretexto? ¿Eres comunista?

No, ni madres, dije, a mí esas cosas no me interesan...

¿No serás de los pinches terroristas guerrilleros que ahora hay por todos lados? A esos culeros hay que partirles la madre despacito pa que les duela, y luego echarlos a un hoyo...

No no, respondí, tenso, ¿qué te pasa? Yo creo que el cambio tiene que ser por dentro, que/

¡Ah! ¡Eres *jipi*!, casi gritó mientras yo me maldecía por abrir la bocota. Eres un pobre jipi jodido y transa, ve nomás: das lástima, pendejo, das vergüenza, si no fuera porque me caíste bien y porque quiero probar tu culito en buen estado, yate hubiera mandado a dar una putiza, me encabronan los pendejos, fíjate nada más, pinche puto, te estoy abriendo las puertas de la lana y no agarras la onda, lo que debes hacer es tenerme contento, tener bien limpia la casa y bien hecha la cama para que tengas mucha lana y conozcas pípol, para que ya no seas jipi, salte de jipi, hijo, pero ya, los jipis nomás sirven para putearlos y para mandarlos al bote. Ya ni siquiera están de moda.

Me cae que me quedé congelado. Había tal ferocidad estratégicamente contenida en el tono de su voz que me aterré. Ese hombre no estaba jugando. Tan pronto como borré la palidez de mi rostro, armé una expresión de maestro-*gracias*-ésa-es-exactamente-la-onda, que borró la furia del pinche policía porque se me acercó y nuevamente me abrazó (y me dio una apretadita

cariñosa de huesos para que no olvidara quién era el jefe). Me dijo en el oído:

Mira muchachito, yo te voy a alivianar, entiendes, te voy a poner en el techo del mundo, pero nomás no me hagas enojar, ¿entiendes?, pórtate bien, haz lo que se te dice y no la hagas de pedo...

Yo luchaba porque mi pinche sonrisa pareciera natural.

...Mira, aquí está la mariguana, y esto es poco, chavito, cuando se necesita puedo tener las toneladas que sean, así es que llévate unos kilates, llévate unos diez o doce, los colocas al precio que se te dé la gana pero a mí me das doscientos cincuenta por cada kilo, ¿estamos?, me vienes a ver mínimo tres veces a la semana y me reportas como está la onda. Y te portas derechito, porque a mí me caerás bien pero bisnes son bisnes y te chingo si te quieres pasar de verga: te pongo una calentada *al rojo vivo y* después te mando al tanque grande *y* además me encargo de que ahí te quedes un buen...

Me puso los lentes oscuros a milímetros de mis ojos, y me dijo muy despacito: *prepárate muchacho porque te voy a dar pa dentro*...

Sentí que me helaba porque el culero me abrazaba de una manera que no me dejaba mover, era una forma de hacerme ver, como si hiciera falta, que en ese momento me tenía completamente en su poder. Lo odiaba con todas las fuerzas y me entraban delirios en los que le partía toda su pinche madre a él y a sus madrinas.

A ver, ¿cuántos ladrillos vas a querétaro? Escoge, escoge, decía, pero no me soltaba, en vez de eso me volvió a apretar y yo sentí que me moría, me iba a deshacer todo el cuerpo si me seguía apretando así. Aflojó el abrazo y yo no tenía aire ya, todavía estaba viendo lucecitas por todas partes.

Orale puto, no tengas miedo, agarra, agarra, insistía, ¡y él fue el que me agarro las nalgas!, qué coraje me dio,
me sentí arder, y sin pensarlo le solté un codazo en el estómago, pero Miguel Carlos se rio, soltó una carcajada

y conservó firme el abrazo. Se estaba divirtiendo como loco, o eso parecía, y yo, en mi desesperación, me lamentaba por haberme ido con ese tipo y por salirme de casa de Salvador, si yo estaba muy bien allí, el pinche Salvador no me vibraba pero tampoco se metía conmigo, me respetaba, me había oído pero no me había dado por mi lado, y yo qué: me sentí muy digno o muy no sé qué, y me paré, agarré mis discos y me fui sin decir adiós, ¡era el colmo que a esas alturas estuviera pensando en Salvador! Pero era mejor a la realidad...

Miguel Carlos había dejado de reír———se quitó los lentes oscuros y pude ver que tenía los párpados abotagados, hinchados, los ojos enrojecidos y minúsculos me miraban de una forma llameante.

Tons qué,

dijo, y en ese momento me pellizcó las nalgas con tal fuerza que solté un aullido y me retorcí con un dolor insoportable, ¡suéltame, suéltame, hijo de la chingada!, grité, desesperado de dolor, pero Miguel Carlos no me dejaba, ¡que me sueltes, con un carajo!, seguí gritando y comencé a tirar golpes con toda la fuerza que me quedaba.

Pero él ni los sentía; en cambio con una rapidez fulminante, llevó su mano a mis huevos, y los apretó, el dolor me nubló la vista, pensaba que me iba a morir, al fin me había tocado, cuando menos lo esperaba, y esta idea me llenó de tal pavor que en segundos no sentí el dolor.

La puerta se abrió en ese momento y uno de los dizque rocanroleros se asomó. ¿Qué hay, Miguel Carlos?

¿Quieres una manita?

No hombre, no pasa nada, nada más me voy a coger a este putito y lo estoy aflojando porque está muy tenso.

¡Ni madres!, grité yo, poseído de furia y de dolor, porque el giganton me volvió a apretar durísimo y todo se me borraba, se barrian las imágenes, brotaban círculos de luz incandescente que se hacían concéntricos y me deslumbraban... ¡Suéltame pinche puto, chinga tu madre, vete a la chingada tira de mierda, ratero,

asesino, hijo de puta!, alcancé a decir.

Cámara, es bien machito, comentó el dizque rocker.

Son los que me gustan más, dijo Miguel Carlos, mientras más machitos parecen más gozan cuando te los coges, y después ellos mismos te vienen a pedir más y más, se enculan, dicen que no pero les fascina la verga.

¡Chinga tu madre, tira pendejo, suéltame o te mato!, chillaba yo, tratando de zafarme del abrazo, pero era imposible, Miguel Carlos me tenía bien sujeto y sin qué hiciera un gran esfuerzo, además. Alcancé a ver que el seudo rocanrolero se iba, entre risitas; la música (Black Sabbath, carajo) se oyó mucho más fuerte y advertí que el hombrón me miraba con un rictus ebrio de lo mas culero. Como que se estaba cansando, y eso lo disgustaba.

Bueno, putito, dijo, a lo que te truje, masculló, y me soltó un momento.

Yo tomé aire a todo pulmón, con los ojos humedecidos de ira, impotencia y desesperación. Pero volví a aterrarme al ver borrosamente que Miguel Carlos se abría la bragueta y sacaba una tripa tan descomunal como él.

Algo hizo un corto circuito total en mí, y me quedé paralizado, en medio del dolor.

¿Ves cómo si te gusta, putito? A ver tú, qué armas portas, dijo, y con un movimiento rapidísimo me agarró la pinche verga y me la apretó, poquito, pero me hizo aullar de dolor.

Oye, no estás tan mal, dijo, pero yo de nuevo estaba cegado por la furia, ¡chinga tu madre; tira ratero, puto, culero!, le grité entre lágrimas, rabioso por lo que me ocurría pero especialmente porque yo no podía hacer nada más que revolcarme del dolor tan vivo que sentía; de cualquier manera, entre las franjas incandescentes de sufrimiento, alcancé a ver que Miguel Carlos me veía muy serio, y comprendí que se avecinaba lo peor, por eso hice un último esfuerzo y no sé cómo logré

disparar una patada terrible que no le pegó en los huevos, como yo quería, sino en la panza.

¿Ah? ¿Te me pones pesado?, dijo él, y se acercó.

¡Te odio, pinche tira puto, maricón, ratero! ¡Ojalá te mueras, púdrete, ahógate en tu pinche mierda, puto! ¡Puto!

No, tú eres el puto, me dijo con gran calma.

El gigante me tomó del cuello y me alzó un poco, mientras los tirones de dolor me cegaban, apenas vi que con la mano libre tomaba mi verga que seguía afuera y entonces sí la apretó tan fuerte que por segundos se me fue todo el aire, no vi nada y casi me desvanecí. Ya no podía ni hablar por el dolor, fragmentariamente vi que Miguel Carlos me pelaba la ropa con grandes tirones. Después me tiró al suelo, donde apenas podía retorcerme, y darme cuenta de que el monote llegaba hasta mí y se me echaba encima, me cubría con su cuerpo y decía con un grotesco remedo de ternura:

Ora sí vas a tener lo que más te gusta, a ver, mi vida, dame un besito...

¡Chinga tu madre! ¡Chinga tu madre!, alcancé a gritar.

¿Pa qué?, si te puedo chingar a ti, me pareció que decía.

Entre las rayas de luz y el dolor encendido sentí una boca abultada sobre la mía, y una lengua pesada, rasposa, seca; se la mordí con las fuerzas que me quedaban , porque ya nada me importaba en medio de mis estertores. Él volvió a apretarme el cuello y tuve que dejar de morderlo, vi que sacaba la lengua ensangrentada, así me gustan, creo que oí, y también me pareció que los madrinas estaban allí, riéndose, carcajeándose, también me pareció ver que Miguel Carlos aprovechaba la sangre de su lengua para lubricarse la verga, apenas me di cuenta de que me volteaba con una facilidad increíble y que otra vez el se me echaba encima, algo muy duro se hallaba entre mis piernas, quise hacer un último esfuerzo por librarme, pero eso sólo ubicó la verga mejor, ¡goooool!, oí que decían

cuando mi cuerpo fue desgarrado por una descarga de
dolor insoportable, solté un aullido que no mitigó para
nada la sensación de tortura viva, a duras penas me daba
cuenta de que el hijo de su rechingada madre me estaba
cogiendo con cierta lentitud, sabrosamente,
produciéndome dolores que apagaban las últimas brasas
de mi conciencia———————————————————
———————————————————————————

———Al día siguiente, en la Procuraduría de Justicia, me hallaba casi paralizado por el dolor, especialmente entre las piernas. A duras penas me podía mover cuando me llevaron a declarar, y ahí me enteré de que estaba acusado de delitos contra la salud en su modalidad de posesión, consumo, tráfico, inducción y suministro de cincuenta kilos de mariguana prensada para su distribución.

1974/1990

LUZ INTERNA

Durante horas y horas permanecí allí, inmóvil en mi rincón; un esqueleto rígido por el finó, vestido con un traje ajeno, enmohecido. Yen frente: yo mismo. Mudo e inmóvil. Así nos miramos en los ojos, fijamente: el uno la espantosa imagen refleja del otro.

GUSTAV MEYRINK: *El Gólem*

Raquelita me platicó que Ernesto parece estar bien... Bueno, si es que se puede estar bien *allí*, y sí, se le ve un poco raro pero es normal, ¿no?, se te queda viendo con unos ojos extrañísimos, como de loco, hasta da un poco de miedo; pero, pues, al menos se ve limpio, ¿no? Digo, todos los días se baña con vapor ¿qué te parece?, y Ernesto tiene una comisión, que es algo así como un trabajo, y parece que hasta saca dinero, y mucho, además, porque anda con camisas nuevas, caras, y se le ve biencomido... En la Efe sólo los lentos no engordan, dice.

...Yo escuchaba a Raquelita con mucho gusto, divertido, con atención; me agradaba observar cómo desenvolvía sus frases y cómo ese proceso se sincronizaba con muchos gestos expresivos, todo su rostro se iluminaba en torno a la luz circulante de sus ojos. A través de sus gestos, verdaderos signos que iban más allá de las palabras, tuve la imagen nítida de Ernesto caminando muy despacio, erguido, camisa nueva, la piel reluciente, el pecho de fuera y el vientre cuidadosamente contraído, mirando a todos por encima, ah qué chistosa es la vida, ¿verdad, Salvador?

Chistosa me parece un pobre adjetivo, Raquelita, pero a ver: qué más. ¿Cómo qué más? ¿Te parece poco? Afuera, digo, en la calle, antes, pues, Ernesto andaba de vago, ¿no?, y para sacar dinero tenía que vérselas muy difíciles... Pues sí, aduje, y recité: para vivir fuera de la ley hay que ser honesto...

La frase resonó en mi interior agradablemente y me hizo sonreír por dentro, ausente por completo de ese restorán lleno de gente amorfa —para mí—, sin más luz que la que rebotaba de afuera. Oye Salvador, qué te pasa, te vas, ¿eh? *Regresa*... Ante eso, claro, sonreía, fijos mis ojos y los canales de mi mente en el rostro de matices inagotables que se hallaba frente a mí. Dice Ernesto que en estos seis meses María no lo ha ido a ver ni una sola vez. Lo cual es muy comprensible, Raquelita, dije, advirtiendo cómo no podía evitar que fluyera de mí un aire paternalista. ¿Ah sí?, pues él está furioso, dice que cómo, que no que tan cristiana y tan devota. De botas, corregí: y pantalón de mezclilla. *¿Otra vez*?, ¿me lo juras?, preguntó Raquelita, muy interesada, sus ojos chisporroteando; ¿ya

se soltó el chongo? Claro que sí, no iba a pasarse toda la vida de fanática, ¿no crees?

Raquelita, más que divertida, continuaba mirándome con los ojos sonrientes. Ernesto se va a quedar *pasmado*, dijo, finalmente. Yo creo, y perdóname que lo diga, que en el fondo a Ernesto no le importa, doctoré, muy enfático, y solté a reír, pero Raquelita me vio desaprobatoriamente, porque cómo me atrevo a reír así frente a Raquelita, niña-que-los-acompaño-pero-yo-no-¿eh?————Su mamá tiene que pagar para que la nena trabaje, deveras, y cuando la juvenil beldad se encuentra con quienes ella considera Gente Trascendente se ruboriza cada cinco minutos, su rostro es una pantalla en la que los colores suben y bajan de intensidad, un verdadero planetario... A Raquelita le encanta oír Cosas Tremendas, pues está ávida-de-aprender-y-de-verla-vida, y en todo el cuerpo de Raquelita —digo esto porque se le nota— ocurre un hormigueo de excitación, como en el niñito que encuentra ¡un boleto de trolebús!; a mí todo eso me parece *fenomenal* —obsérvese el uso de tal adjetivo— y no me digas que no, digo, es gruesa, terrible, la cárcel, ¿no? Digo, es una tragedia pero es fascinante, se aprenden cosas... Cada quien habla de la feria como le va en ella, Raquelita.

¿ Ah sí? Pues a mi me va *bien*, dijo, casi retadora. Pero quién sabe cómo le vaya a Ernesto, aduje. Pues yo creo que a Ernesto sí le importa lo que hace María, porque la quiere, y yo sé que ella también lo quiere a él... Digo, no es que él me lo haya dicho, pero se nota, ¿no?, desde que llegué a visitarlo... Ah, porque iba con mi mamá, ves, pero mi mamá, bueno, pues como que no agarra la onda y estaba en la cárcel y parecía que estaba en una sesión de canasta *uruguaya*... No paraba de hablar, que la injusticia y que esto y aquello, bueno, pues no dejaba hablar al pobre Ernesto... ¿De qué te ríes? De nada, perdón. Bueno, pues lo primero que Ernesto me preguntó, digo, cuando pudo, fue: *¿y María*?, y estaba muy sentido pero se hacía como que no le importaba, qué tierno... También me preguntó por ti... Raquelita me miró unos segundos, esperando una reacción, pero yo, Salvador el Hierático, permanecí impasible, aunque satisfecho, y ella continuó: Ernesto se sorprendió mucho porque fui a visitarlo, es que nunca fuimos muy amigos, pero él siempre me cayó bien... Yo, la verdad, hubiera ido antes pero apenas hace poco me dijiste que estaba preso y por eso fui hasta

ahora, y se lo dije, digo, cuando nos dejaba mi mamá…

Raquelita, repentinamente, cesó de sonreír, toda su carita amortiguó su luz; guardó silencio. Después se puso en pie, mirándome de reojo, insegura. ¿Qué le pasa?, pensé, pero después adiviné que me quería decir algo pero que no se atrevía o ignoraba cómo formular sus pensamientos, así es que agucé la mirada y los oídos —el viejo zorro alerta al cruzar el río— y evité pensar por qué me agitaba al esperar lo que Raquelita me diría: tendría que ser algo importante, al menos para ella.

Dijo: ¿tú no piensas ir a visitar a Ernesto? Me quedé perplejo, sin saber qué responder, eso era algo que nunca había considerado; con razón advertí cierta turbación y un énfasis especial cuando dijo «yo, la verdad, hubiera ido antes»… Ella agregó, con rapidez, excesiva rapidez si se me permite la precisión: pero yo quedé en volver a visitarlo otro día de éstos… Pobrecito, y le voy a llevar un regalo, no sé, un buen pastel, un agasajo, como dicen los presos… Algo así… Está tan solo pobrecito, nadie lo visita… Fíjate que voy a ir mañana.

No pude evitar advertir que todo eso turbaba notablemente a la buena Raquelita; repentinamente se había agitado, se había ruborizado con una inyección de sangre caliente, intranquila… Y al mismo tiempo eso me entristeció y descubrí que una ligera envidia me había penetrado y que yo hubiera querido ser el «pobrecito», el «tan solo».

Raquelita, en pie, me miró, esperando algo. Supongo que tenía curiosidad por ver qué decía yo, pero para entonces *ya* me había abstraído en pensamientos vagos, imágenes nubladas, y como no dije nada, Raquelita aspiró aire con vigor, ¿para darse fuerza?, quizá para que su sonrisa final fuese más radiante y creíble, y se despidió bai bai luego nos vemos bai bai chao chao.

…Se fue y yo permanecí en esa mesa insulsa con el entrecejo fruncido y la mente cada vez más llena de confusión, apreciando objetivamente —para mi sorpresa, pues ésas no eran mis intenciones, lo juro— las piernas y el contoneo de Raquelita: nada mal, ¡incluso muy bien!, ¡excesivamente bien! ¡Qué melancolía al ver ese contoneo nalguense alejándose de mí!

…Después consideré que Raquelita no se había marchado tan contenta como quiso aparentar. Y hasta entonces supe lo que ya

intuía, de repente estuve seguro de que ella quería que yo dijera ¡mañana mismo voy a ver a Ernesto! O que, vamos vamos, me acercara a ella y la tomara del brazo suave pero firmemente para sentir su calor, su aire fragante, sin turbiedad (¡nada de turbiedades conmigo, esas cosas yo no!) y sugiriera, con Mi Voz Más Tersa: ¿por qué no vamos *tú y yo juntos* a ver a Ernesto?

Mas, por supuesto, no dije nada y como buen imbecilento, perdí esa oportunidad, una verdadera oportunidad, quién sabe cuándo la volvería a ver pues ella de plano se fue bai bai chao chao tut tut. Entonces suspiré, como ameritaba la situación, y di un largo sorbo a mi café al preguntarme: ¿acaso es mi obligación visitar a Ernesto en la cárcel? Si fuese prácticamente religioso aun la congregación me habría absuelto pues ésta ordena visitar enfermos mas nada dice acerca de visitar presos. ¿Serán los presos enfermos del alma? Seguramente, seguramente…

Era obvio que Ernesto fue grande amigo mío, durante años fuimos camaradas, pero después yo seguí mi camino y él se quedó estancado; eso, aunque parezca expresar un juicio adverso a un amigo, tiene que reconocerse: en realidad Ernesto se dedicaba a traficar y a extorsionar —me temo que ésa es la palabra— a jovencitas adineradas, como María, para poder vivir sin trabajar… Y cuando él y yo nos veíamos, ocasionalmente desde luego, Ernesto parecía obsesionado en que yo fumara mariguana, pero sinceramente yo no percibía en él nada de afecto, de calor, de comunicación, parecía momia juvenil disfrazada de gran sacerdote, con «good vibes» sólo asociaba «Milt Jackson».

Es más, tres días antes de que lo arrestaran me pidió permiso de viajar en mi casa y me contó su fracaso con María, y hubo instantes en los que creí que él parecía darse cuenta y que cambiaría, pero al final se había aposentado en su terquedad disfrazada de seguridad en sí mismo, se había hundido en sus reflexiones circulares, textuales círculos viciosos, y terminó mirándome con desconfianza, más bien con repulsión, pues para entonces yo era un enemigo por el sólo y simple hecho de que escuché sus confidencias… Al final quería *huir* de mi presencia, y eso que yo nunca dije nada, lo escuché solamente, sin juzgarlo… Aun después no lo juzgué, sólo traté de analizar objetivamente su situación puesto que, en cierto sentido, me había hecho parte de ella al referirme sus andanzas por

los Hades… Entonces no pude dejar de considerar que él había optado abiertamente por la supuesta-vida-fácil y que yo, en cambio, había elegido la vía longissima, el camino árido y la velocidad natural; me había resignado a no tener dinero en abundancia —las más de las veces ni siquiera el suficiente— y a malvivir con las traducciones y las correcciones a cambio de poder entregarme a «mi vocación artística»…

Ernesto juraba que yo vivía en la enajenación, que mi camino árido era el verdadero círculo vicioso, argüía que yo creía tener un fin y que la verdad era que me hallaba más confundido que nadie, que no había advertido que toda mi vida era una ilusión —maya, le dicen los hindúes— y que él, en cambio, era humilde pues reconoció su destino y se había conformado a él, a la «armonía con las fuerzas cósmicas». Todo eso me hizo reflexionar mucho e incluso me hizo leer temas que normalmente no habría conocido… Bien, eso se lo agradecía, pero por último me aseveré que él mentía al proclamar que conocía la Verdadera Realidad, eso era una mentira, cómo iba a saber él cuál era la verdadera realidad —para él o para mí— si sus valores éticos habrían naufragado, si de entrada no quería comunicarse de igual a igual sino que buscaba catequizarme, hablar, hablar, masturbarse mentalmente, consentirse, consecuentarse…

Por eso, después, cuando supe que finalmente había caído en la cárcel —¡Dios mío, era de esperarse!— opté por no ir a verlo… Más bien nunca lo decidí… Simplemente deseché la idea de visitarlo porque estaba seguro de que él iba a infligirme toda su Gran Cauda de Resentimiento, porque no creí que pudiera cambiar, tan sólo íbamos a quedar más distanciados… Por eso nunca consideré si debía de visitarlo o no, mi intuición —y yo creo en la objetividad de la intuición, mis queridos conductólogos— me decía que no fuera… Entonces sentí cómo palidecía. Mis manos empezaron a sudar y mi corazón se desquició. Hasta entonces comprendí que Raquelita, la pobre Raquelita, quería que *la acompañara a la cárcel porque para ella era decisivo que yo fueese con ella*. Iba a meterse en la boca del peligro, por las razones incomprensibles que fuesen, y requería un apoyo… ¡Cómo lamenté no haber comprendido todo a tiempo! ¡Qué tristeza tan grande, qué agitación insensata me devastó! Pero ya no tenía remedio: ni sabía cómo localizar a Raquelita y ni siquiera

disponía de tiempo... Ni modo, no había duda de que así debían de ser las cosas, pues no pierdo la convicción —es lo único que me preserva la salud mental, además— de que las cosas ocurren como ocurren porque exactamente así es como deben de ocurrir... No hay más remedio que ceder a los pasos incomprensibles del destino.

El lugar no es apropiado

—¡Ese Ernesto! ¡Ahi te buscan!

—Qué, quién.

—Aligérate, Ernesto, ahistá otra vez esa chavita increíble que te vino a ver el otro día.

—¿Quién? ¿Raquelita? ¿Vino sola?

—Is, ahí está en la banca.

—Cámara, esta vez sí me la echo: dicen que las da fácil... A ver, Profesor, me barres bien el cuarto y lo trapeas mientras yo verbeo a la nalguita allá en el patio. Cuando regrese todo tiene que estar reluciente, ¿entendiste, cabrón?

—Uta, pinche Ernesto, luego luego agarras viaje.

—Usté obedezca, o empiezan las patadas en el paladar.

Ernesto ya se había levantado del camastro, con gran velocidad. Se echó encima su chamarra nueva, ajustó el brazalete COMANDO F, se pasó el cepillo enérgicamente por el cabello y hasta tuvo tiempo de empaparse en loción antes de abrir la puerta y salir al patio, donde entrecerró los ojos cuando fue fulminado por la luz violentísima del sol que delataba aún más el verdor resquebrajado en la pared opuesta.

Afuera, el patio —como desde que llegó— seguía semejando el de una vecindad. Algunos presos platicaban con sus visitas y en lo más alto de la puerta enrejada se hallaban encaramados los presos más miserables, monos a la espera de la comida, un cualquier cacahuate...

¿Dónde está Raquelita? Qué chava más suculenta, es el Gran Agasajo, me cae..., ¿dónde está? Si ese pinche Profesor Galindo nomas me vaciló se va a arrepentir...

Pero Ernesto finalmente vio —con los ojos entrecerrados a causa de la brillantez del sol— a Raquel, quien se hallaba muy quieta en una banca viendo su derredor con ojos pasmados, pálida, las manos

adheridas a la tela minúscula de la faldita, con sonrisas torpes, nerviosas que ocasionalmente dedicaba a los dos presos jóvenes que la galanteaban y que, cuando vieron acercarse a Ernesto, huyeron hacia la escalera que conducía al piso superior. Van a ver cabrones, pensó Ernesto, con que queriendo darme baje con la nena, ¿eh? Ernesto aminoró la marcha e irguió la cabeza como si de pronto caminara al compás del blues que se arrastraba desde los altavoces.

...Rebasó la fuente, pintada en todo su contorno con hongos y signos de la paz. Ernesto ya sonreía amplia, elegantemente...

Raquelita se iluminó al verlo acercarse, pero al ver la mirada de Ernesto volvió a turbarse un poco.

—¡Raquelita, nena, qué bueno que regresaste!

—Ay cómo no iba a volver, Ernesto, si te lo prometí. Este... Mira, te traigo un regalito —Raquelita tendió a Ernesto una caja en la que se vislumbraban trozos de pan con crema a través de los agujeros que los celadores practicaron en el envoltorio para revisar su contenido—. Es un pastel de avellanas riquísimo, lo compré en El Globo, tiene crema chantillí, a ver si te gusta.

—Hombre ps cómo no —concedió Ernesto mientras deshacía el envoltorio para enfrentarse con el pastel ultrajado en todas sus partes; incluso faltaba una gran porción—... Pinches monos —comentó Ernesto—, ya le metieron sus dedotes.

—Ay sí Ernesto, yo les dije y les dije que no traía ninguna cosa, digo, nada malo, pero no me quisieron creer, y luego todavía se quedaron con un pedazo.

—Cómo estuvo la entrada —preguntó Ernesto mientras mordiscaba unos trozos sueltos de pastel sin dejar de revisar los muslos, el vientre y los senos de Raquel; qué pastelito, qué pastelito, se repetía. Sus ojos se hallaban entrecerrados. Pinche vieja, cómo se vino a sentar al sol, y yo que olvidé los lentes oscuros...

—Pues como la otra vez, Ernesto, esas celadoras son de lo peor... —Raquelita enrojeció notablemente a causa de las miradas de Ernesto, del recuerdo de la revisión y de los rayos del sol, pero su atención se desvió al oír los gritos de Ernesto:

—¡Oye tú! ¡Ese! ¡Ese! —un preso muy joven, un adolescente de pelo largo, con un uniforme que le nadaba, se volvió hacia Ernesto, con el rostro blanco, aterrado—. Tú, bueycito, vete al restorán y me traes dos platitos y dos cucharas, le dices a Mayén que te manda

Ernesto, pero muévete.

—Oye, Ernesto, la verdad yo no quiero. Desayuné antes de venir. Además, el pastel es para ti, para que lo compartas con tus amigos, ¿no?

—Bueno, bueno —dijo Ernesto, con una sonrisa en los ojos—, de cualquier manera ese lentejo ya fue... ¿Te fijas? Me los traigo aquí-compadre —Ernesto echó una mirada rápida a su rededor y volvió a sonreír al observar a Raquelita—. Oye, vamos a mi cuarto, ¿no? Aquí toda la bola de gandallas nomás se te queda viendo, se les hace agua la boca... Digo, no te vayan a faltar al respeto...

—Ay pero si aquí está rico el sol. Y además a mí no me molesta que me vean esos señores; digo, los comprendo, ¿no?

Un clarín desafinado tocó el llamado a comer y los presos de la reja se reunieron con otros que surgieron de todas partes; un ejército de hombrecitos morenos, paupérrimos, con las miradas ausentes, los uniformes desteñidos y las gorras cuarteleras con los picos apuntando al cielo; todos formaron una fila a partir de dos peroles inmensos y humeantes soportados por un par de carritos. La fila empezó a crecer hasta la banca donde se hallaban Ernesto y Raquelita, y él se puso en pie, con firmeza.

—No, carajo. Ya va a empezar el rancho y esto se vuelve un chiquero. Ven.

Tomó de la mano a Raquelita y la hizo levantarse. Ella se desprendió de Ernesto con un movimiento instintivo, titubeante, sin perder de vista a los presos enlineados junto a los peroles, quienes a su vez no cesaban de mirar la figura esbelta, bien vestida de la joven.

Al paso de Ernesto los presos que deambulaban en el patio se hacían a un lado, con miradas de codicia y de resentimiento. Pero Ernesto abría ya la puerta y, al hacerlo, palideció, estupefacto, cuando la luz penetró e iluminó al Profesor Galindo quien, tendido en el camastro, devoraba con fruición las revistas de Ernesto.

—¡Lárgate de aquí, pinche Galindo! —rugió Ernesto. Velozmente corrió hasta él, le arrebató las revistas, le dio de golpes con ellas en la cabeza y aún alcanzó a esconderlas en fracciones de segundos bajo una pila de periódicos. Estos hacían las veces de mantel para el buró acondicionado con dos huacales de madera. El Profesor Galindo salió de la celda, con una sonrisa cínica y divertida y sin

dejar de ver ávidamente a Raquel, quien, cuando la puerta se hubo cerrado, tuvo un calosfrío al ver que la luz disminuía hasta convertirse en la grotesca luminosidad del foco que pendía sobre el camastro.

Raquel, inquieta, revisó el cielorraso de un dudoso color de rosa chillante; ese mismo tono cubría las paredes, o las partes de ellas que dejaban al descubierto los pósters sicodélicos y las fotografías de rocanroleros y de mujeres desnudas. Había también, en una mesa, una parrilla eléctrica con un pocillo de agua hirviente junto a dos barquitos tallados en hueso con velámenes de tela roja. En la misma mesa, que no ocultaba el irónico nombre: Carta Blanca, había un televisor y un tocadiscos portátil. Y más allá del par de sillas plegables Raquel vio las cobijas grises que hacían de alfombra y el camastro, ridículamente estrecho y abombado por varios colchones. Ernesto extendía las cobijas con movimientos nerviosos y de pronto soltó a reír, para sí mismo.

—Pinche Profesor Galindo, ni siquiera barrió… — después se volvió hacia Raquel, con una sonrisa cortés de anfitrión—, siéntate, siéntate Raquelita…

—Esta, este, este, ¿ésta es tu celda? —preguntó Raquel insegura, y tomó asiento cuidadosamente en una silla, estirando la falda sobre sus muslos.

—Está de pocas si tomas en cuenta las demás, digo: si las conocieras, ¿no?, ahí viven apilados tres cabrones. Y no se diga el cuartelón… Oye, ¿no te quieres sentar aquí? —invitó Ernesto palmeando la cama—, ayer conecté un colchón de hule muy efectivo, se lo bajé a un pendejo que andaba bien necesitado de tecata —agregó, con una sonrisita.

—Ay cómo eres Ernesto —Raquel no se movió de la silla—. ¡Ah! Te tengo una sorpresa. ¿Qué crees? Ayer vi a Salvador.

El rostro de Ernesto se ensombreció; el cigarro que pendía en su boca se redujo notablemente al ser aspirado con intensidad.

—Te va a venir a ver… —agregó Raquel.

—Ah. ¿Y qué dice?

—No, pues está bien, ¿no? Tan simpático como siempre, diciendo cosas incomprensibles… Bueno, ¿no?, digo, pues yo le dije que te viniera a ver, le dije que aunque aquí estabas bien, digo, ¿no?, pues que como que te debía venir a visitar, ¿no?, que a ti te

daría mucho gusto... Y él entendió luego luego, es muy lindo, muy bueno, y ya ves que te quiere mucho, ¿no?

—¿Sí? Cuánto a que ese monito ni se aparece por aquí. Ya lo conozco, trae otros rollos, se siente muy chingón como para venir a verme... No todos son como tú, Raquelita... No le gusta contaminarse, me cae, hasta le ha de dar gusto de que yo esté aquí entancado... Antes, afuera, digo, siempre me estaba chingue y chingue con que yo me atizaba demasiado y quesque porque yo no agarraba la onda con María... A mí se me hace que al cabrón le gustaba María y me la quería bajar...

Raquelita sonrió, un poco nerviosa.

—Ah, pues ayer mismo también vi a María y dijo que, este, bueno, está bien, ¿no? y te manda saludos. Ah, pues fíjate que está trabajando en una revista y la pasa a todo dar; bueno, no tanto, pero, digo, no está mal, ¿no?, trabaja, ¿no?

Raquel fijó su mirada en los barquitos de hueso al advertir que Ernesto se hallaba más sombrío que nunca.

—¿Ah sí? ¿Que ya no anda de mocha?

—Ya no, Ernesto, *ya evolucionó*... Bueno, pues me contó tantísimas cosas que... —Raquel guardó silencio al advertir que Ernesto no la escuchaba. Había encendido otro cigarro con la colilla del anterior y sus facciones se habían endurecido.

—Pinche María, me cae que ella me trajo la salazón, nomás troné con ella y pácatelas, que me pepena la tiranía con los kilos de grifa. Hasta a veces pienso que ella fue la del chivatazo...

—Ay no Ernesto, cómo eres, si ella ya ni te veía, ¿no?, cómo iba a saber...

—Bueno, sí, pero a ver: por qué no ha venido a visitarme/

—Sí va a venir/

—Tan tranquila y yo aquí pudriéndome, ¿no? ¡Qué a toda madre! Bueno, pero ésa es otra canción, me cae que de cualquier manera ojalá le vaya bien, aunque lo veo durón: está muy chava y no sabe ni qué onda. Yo le quise enseñar algunos rollos, ves, pero ella nunca quiso agarrar la ola y pos no puedes echarle netas a los marranitos, ¿no? En cambio, ¿ya te fijaste cómo aquí todo mundo me trata con respeto? Porque me he hecho valer, ves, la cárcel me la pela. Aquí todo el personal truena y yo, en cambio, ni madres. Se aprenden muchas cosas, Raquelita, se aprende a ver la verdadera

realidad…

Ernesto se puso en pie, casi con un salto.

—¿No quieres un cafecito? Digo, para llegarle al pastel que trajiste. Cámara hija, me cae que se ve de pocas. Muchas gracias. Te la sacaste, maestra.

Raquel sonrió ampliamente, satisfecha.

—Ah pues esos pasteles yo los conozco desde que estaba bien chiquita. Mi mamá siempre iba a El Globo a comprarlos, cuando todavía vivía mi papá. Es que vivíamos a la vuelta, en la colonia Roma.

Ernesto avanzó a grandes pasos y abrió la puerta de la celda. Un golpe de luz penetró en ese instante, venció al foco enroscado encima de la cama y abarató las paredes de color de rosa.

—Quién sabe qué le pasó al buey que le pedí los platos, va a ver ese hijo de la chingada —terminó Ernesto, casi murmurando, y volvió a cerrar la puerta—. Pero no hay tos —agregó, viendo con fijeza a Raquel, quien, muy quieta en su silla, se hizo a un lado lo más que pudo cuando Ernesto se acercó y conectó la parrilla eléctrica. La luz de la resistencia al rojo vivo demarcó sombras contrastantes en la cuenca de los ojos y en la frente de Ernesto, y Raquel sintió otro calosfrío al advertir la mirada penetrante, fija en todo su cuerpo.

…Ernesto removió el pocillo con agua y extrajo, de la parte inferior de la mesa, dos platos grandes, tenedores de plástico y un par de tazas asirrotas; sopló en los platos para quitar el polvo y, después, no satisfecho, recogió una camisa del suelo y con ella los limpió.

—A ver, yo sirvo —dijo a Raquel. Ella, muy consciente de su cercanía, un poco pálida, asintió. Ernesto cortó un par de trozos de pastel y los puso sobre los platos—. Ora, llégale —dijo.

—No gracias, deveras, ya desayuné, pero come tú —reiteró Raquel con la vista fija en los barcos de hueso amarillento. El agua hervía.

—Y qué, ¿un cafecito no?

Raquel solo pudo mirarlo a los ojos durante fracciones de segundo.

—Bueno —accedió.

Ernesto regresó, pausadamente, a la cama. Dejó el pastel sobre

la pila de periódicos. Se volvió, titubeante, hacia Raquel y luego ensayó una sonrisa.

—Este pastelito se ve tan de pocas que hay que agasajarse debidamente... ¿no te quieres dar un fuetazo? —agregó, con tono de complicidad.

—Ay no, Ernesto, tú sabes que yo a eso nomás no. —Cámara. ¿Todavía no te atizas?

—No yo no —reiteró Raquel, muy seria, respirando profundamente; se hallaba muy pálida—. Ay Ernesto —añadió—, deveras, no sé qué siento al ver que sigues fumando mariguana en la cárcel. Por fumar te trajeron aquí, ¿no?

—Pues sí, pero aquí hay más mota que afuera y además aquí en la Efe sí se puede, hay permiso de Salubridad para el atacón... Desde que llegas los comandos te dicen con quién la debes conectar y con quién no.

Ernesto sacó, de bajo de la cama, una caja de zapatos. Abrió la caja y mostró, con orgullo, todo el interior lleno de mariguana desramada y unos cigarros liados con papel de estraza.

—Mira nomás qué huatote hija, ¿te cae que no vas a querer?

—Deveras no, Ernesto, yo a esas cosas nomás no; es más, deveras me pone muy muy nerviosa, no fumes, por favor, ¿no?

—No te pongas paranoica, chava, me cae que aquí no hay pedo, aquí todo mundo se ataca, de pendejo yo no. —¿Y tienes mucha, Ernesto?, ¿no?

—Es que aquí soy de los influyentes, Raquelita, tengo toda la que quiero... El mayor y el primer oficial son mis valedores y pa pronto me dijeron cómo está el rollo y me dieron una bola de achichincles para que yo los pusiera a venderla. Jia jia, cada noche vienen mis esclavos y yo los pongo a hacer los papeles de grifa y ellos al día siguiente se los dejan ir al personal.

Ernesto ya había encendido un cigarro maltrecho y lo fumaba con intensidad, conteniendo el humo.

Raquel lo observaba con atención, preocupada: su corazón latía sin control, tenía el impulso de correr y, en vez de eso, su cuerpo se arraigaba más en la silla.

—Fíjate, Ernesto, qué tal si te vuelven a agarrar, entonces sí ya no sales.

—Oh cómo chingas, no eches la salazón... Te digo que no hay

tos, estoy protegido por los efectivos de la crujía y ellos están protegidos por los meros cabezones del tanque; todos están en la onda, ¿no ves que es un negociazo? Sacan los puros billetes... Ora pues, llégale pinche Raquelita, atízate para que te alivianes, esta manteca está precisa, me cae...

—*No*, deveras, si no fumo afuera cómo voy a fumar *aquí*, le prometí a mi mamá que *nunca* iba a fumar mariguana. Además, desde que me consiguió el trabajo en la galería y vio que iban muchos greñudos me empezó a decir que yo no me fuera a meter en eso... ¿De qué te ríes?

—No me río, es que soy dientón... Chale, a poco a tu edad le haces caso a tu mamá, ella ni sabe cómo está la ola.

—Bueno, no es por eso; aunque sí, es que a mí esas cosas nomas no.

—Carajo, ya estás como el mamón de Salvador... Ese mono tampoco quiso atizarse nunca, él nomás atizándose con sus libros mamertones, diciéndome que no fumara la yesca porque guaguaguá y escubidubi... ¿Me lo crees? Créemelo.

—Bueno —aventuró Raquelita—, yo no le digo a la gente que no fume, ¿no? Y así como no les digo que no, pues no me gusta que me digan que sí, ¡y menos aquí!

Ernesto había consumido casi todo el cigarro. Se puso unos lentes oscuros con un movimiento reflejo y se acostó en la cama, con las piernas entrecruzadas, después de apagar la colilla. Su expresión se había vuelto ausente, aunque también parecía que se hallaba sonriendo con malicia contenida.

...Parece mosca, alcanzó a pensar Raquel.

...Pinche Raquelita, me cae que tú no agarras la onda —dijo Ernesto con un tono que pretendía ser grave; la voz ronca y cargada de intensidad, un poco quebrada—... No te quieres solidarizar con los jodidos.

—¿Yo? —exclamó Raquel con una sonrisa nerviosa y tragos brevísimos a su café, repentinamente llena de aprensión, con una incomodidad ominosa—, ¡cómo no! Estoy aquí, ¿no?

—No, me cae que no —insistió Ernesto casi arrastrando las palabras—; tú te sientes muy arriba, tienes a tu jefa cargada de pesos y aquí nomás me ves como animal raro.

—¿Yo? ¡Al contrario!

—Si sí, como que tú no me quieres ayudar, como que no te bajas de tu nube, ¿no?, tú como la canción de los Rolling: ¡pírate de mi nube porque dos ya es mucho personal en mi nube, chavo! —agregó Ernesto, sonriendo.

—Pero no Ernesto, ay Ernesto ¿cómo crees?, ¿entonces por qué te vine a visitar?

—Pus no sé, como que nomas viniste a divertirte, a agarrar tu cotorreo viendo al changuito en su jaula.

—No no Ernesto —intervino Raquel con mucha seriedad—, deveras vengo porque te estimo, ves, me caes bien, ¿no?, este, porque, porque, bueno, porque creo que es buena onda visitarte, sino ni vendría, *palabra*.

Ernesto se incorporó. Tomó asiento en la cama, viendo fijamente a Raquel.

—Si no vienes a divertirte, chava, a gozar con mis azotes, a qué vienes... Dime la verdad, pero la mera verdad.

Raquel palideció como nunca, presa repentinamente de un gran terror. Instintivamente miró hacia la puerta.

—Ay pues yate dije...

—¡No, ni madres! —gritó Ernesto, de pronto—, ¡no me has dicho nada! ¿Sabes a qué vienes? ¿Sabes a qué vienes?

—Pus ya te dije, Ernesto, ¿no?

—¡No! —volvió a gritar Ernesto, con furia, ya en pie—, ¡pero yo sí sé a qué vienes! ¡Vienes a agasajarte conmigo! ¡Vienes a coger con un preso! ¡Sabes que estás bien buena y vienes a ver cómo me pone tu bizcochito! ¿No? ¿No? ¡Dime la verdad, pero no te hagas!

Raquelita finalmente pudo moverse, pero Ernesto se hallaba enfrente, inmenso, enorme, muy fuerte, y ella sólo alcanzó a echarse atrás, casi se cayó de la silla. Ernesto se inclinó ante ella, viéndola con sus lentes oscuros en la oscuridad de la celda. Raquel no pudo hablar, tenía las manos adheridas a su pecho, aferradas a su blusa, sin sangre casi en el rostro, creyendo que los latidos de su corazón resonaban en toda la celda.

—No Ernesto, yo no, yo no, ¡eso no! ¡Eso no!

—¡Carajo! ¡No te hagas! ¡Vienes a ver qué se siente coger con un preso!

Ernesto la tomó de los brazos, la alzó sin dificultad y buscó los labios. Raquel quiso echarse hacia atrás, huir, huir, pero no pudo,

pues Ernesto, casi tropezando, la aprisionaba con violencia y trataba de abrirle la boca con su lengua, mientras sus manos le apretaban las nalgas con una presión dolorosa. Raquel forcejeó unos instantes pero sus piernas flaqueaban, no podía desprenderse de él, y él la estrujaba y casi le enterraba los lentes oscuros en la cara. Como en un relámpago Raquel pensó: ¿a qué vine?, ¿a qué vine? El olor de la loción de Ernesto ya la había impregnado, porque su cuerpo cedía y su ropa se abría y Ernesto hurgaba con ferocidad en sus senos. El olor de la mariguana no se iba de la nariz de Raquel cuando Ernesto y ella cayeron en la cama, casi rebotaron; y ella, más que luchar, se debatía en movimientos incoherentes, veía las paredes del maltrecho color de rosa, y luego, en la oscuridad de sus ojos cerrados, advertía ráfagas de luces brillantes que se desparramaban como sus pensamientos, en destellos inconexos, otra vez, otra vez, y luego qué, qué va a ser de mí, dónde me voy a limpiar, me voy a ir de aquí con sus líquidos impregnando mi ropa, se me van a ensuciar las pantaletas, si voy al baño a limpiarme todos los presos se van a dar cuenta de lo que hicimos, pero mi mamá jamás se va a dar cuenta. Ernesto había alzado la falda y abierto la blusa, lamía con intensidad el sexo de Raquel y ella se convertía en agua, toda ella era líquida, voy a tener el mismo sueño, el mismo sueño qué horror, y su incoherencia era asfixiada por la respuesta exacta, nunca aprendida, pero que una vez más surgía obediente al sentir que Ernesto la abría, se deslizaba hasta lo más profundo de su interior con un impulso correcto, sin obstrucciones, como nunca, como nunca, que inició en ella una oscuridad progresivamente avasalladora de la que emergían los movimientos coordinados de sus caderas y después la aparición fugaz del techo color de rosa con sus imperfecciones misteriosamente nítidas con los dientes de Ernesto mordiscando sus pezones y luego la boca bien adherida en la dureza de sus senos y sus manos en las nalgas y los destellos de luz desgranándose en su interior y voy a tener el mismo sueño el mismo sueño voy a despertar con la boca resequísima piernas flaqueantes aversión a la luz y la imagen de Salvador ¡el buen Salvador! viéndola con sus ojos traslúcidos cuando el interior de su cuerpo comenzaba a agitarse, a trepidar a convulsionarse, *¡voy a gritar*, e iniciaba una oleada de negrura, feliz oscuridad que ascendía hasta apagar el

último rincón de su mente y que cedía lugar al cese absoluto de la conciencia, de la existencia subjetiva de Raquel, y a la preponderancia de oleadas vigorosas de sensaciones caóticas, sumergidas, y a la oscuridad ardiente que poco a poco amainaba y que le devolvía la conciencia de que Ernesto se hallaba encima de ella, bien adentro de ella, como nunca, como nunca, Ernesto sigue dentro de mí, se está moviendo con todas sus mañas y tuve un orgasmo, qué horror, yo vine a coger con un preso, voy a tener el mismo sueño, vine a coger con un preso, qué bárbara soy, y en instantes recuperaba el color de rosa del techo, sus nítidas imperfecciones, sus sombras tenues, Ernesto no se quitó los lentes oscuros, no le puedo ver los ojos, parece una mosca, una lagartija, qué dentro está, ni siquiera se quitó la ropa, qué fuerza tiene, qué fuerte me oprime los senos, y una vez más se reiniciaba la marea, la marea progresiva, creciente, total, de nuevo un orgasmo.

...Estaban tocando la puerta, cada vez con más vigor. Raquel finalmente oyó los golpes que para entonces resonaban y cimbraban el metal de la celda, y en ese momento él se dejó caer pesadamente, ella apenas logró hacer a un lado la cabeza, y Ernesto eyaculó largamente, una eternidad de espasmos incontinuos en los que fluía más y más semen. Los golpes en la puerta continuaban y Raquel quiso decir están tocando, están tocando, Ernesto, ¿no oyes? Ernesto, respirando con pesadez, sin dejar de acariciar golosamente uno de los senos de Raquel, se volvió hacia la puerta. Los toquidos continuaban.

—Carajo —murmuró Ernesto, y luego gritó—, ¡quién, quién! —Raquel, muy sobresaltada, quería que él se quitara de encima y le empujaba el torso, pero Ernesto continuaba moviéndose con lentitud dentro de ella, su erección sin decrecer.

—¡Tienes visita, buey! ¡Sal, te están esperando!

—¡Cómo visita! —gritó Ernesto, sin dejar de oscilar su cadera—, ¡si ya tuve visita!

—¡Otra visita pendejo! —Raquel empujaba a Ernesto para que saliera de su cuerpo, pero él permanecía allí, sin darse por aludido, acariciando uno de los senos, con su miembro en erección total removiéndose sin fatiga.

—¡Pero quién es!

—¡Oh, yo qué sé! ¡Qué le digo!

—Párate, Ernesto, párate! —logró balbucir Raquel—, por lo que más quieras, párate.

—¡Es un cuate, está en una banca esperándote, ya te han voceado un chingo de veces!

—¡Oh, pos no se oía nada!

—¡Quítate, Ernesto, ve a ver quién es!

—Chance sea mi abogado —musitó Ernesto, y luego se volvió hacia Raquelita, sonriendo. Se quitó los lentes oscuros—. Qué sabrosa estás, corazón —dijo. Sus ojos enrojecidos, empequeñecidos, plácidos. La besó largamente, su lengua se onduló por toda la boca de Raquel, y ella cedió una vez mas, en ese momento yerta, inmóvil, sin pensar en el miembro que seguía removiéndose dentro de ella. Afuera se oían voces y risitas. Ernesto volvió a ponerse los lentes oscuros—. Pinche abogado, qué horas de venir —musitó, y finalmente sacó su miembro abruptamente, con un solo movimiento, y lo limpió con la cobija de la cama.

Raquel, a toda velocidad, buscó sus pantaletas y trató, al mismo tiempo, de esconder sus senos bajo la blusa, ay Dios ya se arrugó toda, alcanzó a pensar. Ernesto ya se hallaba en pie, fajando su camisa bajo el pantalón azul del uniforme.

—Quién chingaos será —murmuró con una sonrisa al ver que Raquel, nerviosamente, se acomodaba las pantimedias y luego la falda, alisaba la blusa y entrecerraba los ojos al sentir que la luz del sol penetraba en la celda como un relámpago doloroso cuando Ernesto, ya con un cigarro encendido, colgante en su boca, se acariciaba los testículos y su pene aún hinchado y luego hacía un lado a dos presos pequeños, muy morenos, sin camisa bajo el chaquetín, que trataban de mirar, ansiosamente, hacia dentro.

Cuando Ernesto salió y cerró la puerta bloqueando así la luz hiriente del exterior, Raquel, muy agitada aún, lamentó que su falda se hubiera arrugado, y su blusa también, qué pena, Dios mío qué pena, y buscó un espejo pero no había, estoy en el cuarto sin espejos, pensó, sin darse cuenta, vio de reojo la cama destendida, el plato de pastel sin tocar y la caja con mariguana que permanecía desvergonzadamente ante su vista, y pensó: hay que guardar eso, pero no lo hizo porque ya estaba extendiendo las cobijas, mediante fuertes soplidos con la boca abierta trataba de expulsar el sabor de la saliva de Ernesto. Y una sensación de tristeza, de profunda

desolación, pugnaba por inundar su conciencia, por desplazar la agitación caliente, con recodos de satisfacción, que aún la poseía. Raquel evitó deprimirse con la prisa en ponerse presentable, en borrar, por lo menos en ese instante, las huellas de su coito, Dios mío, qué vergüenza, pero si yo no venía a hacer eso con Ernesto, claro que no, Dios mío, tú sabes que yo no vine a hacer el amor con un preso. Ernesto había olvidado desconectar la parrilla eléctrica y el pocillo chirriaba porque toda el agua se había consumido. ¿Se equivocaba o aún se percibía el olor de la mariguana? Creo que me horneé, yo creo que sí, sí, y para entonces se oían voces afuera, de súbito recuperó la facultad de oír pues con cuánta claridad escuchaba voces y la música, vagamente conocida, don't let them changes put you uptight, y ruidos diversos que oía con nitidez intolerable, pasos, voces, risas, y unos golpecitos (¡discretos!) en la puerta. Esta se abrió y, cubriendo apenas la luz vibrante del mediodía que golpeaba con furia en las paredes verdes del patio y que, con toda seguridad, sí claro, ay qué vergüenza, se reflejaba totalmente en ella, aparecieron dos figuras a contraluz. Con Ernesto —que sonreía y casi reía— se hallaba Salvador.

Así actúa un guerrero en defensa de su gran príncipe

...Yo sabía que Raquelita se hallaba allí, entonces, ¿por qué me sorprendí? Cómo se ruborizó, pero lo que más me llamó la atención fue darme cuenta de que su mirada no podía posarse en ningún objeto más de un segundo, y mucho menos en mí. Aunque también rehuía ver a Ernesto... Mi viejo amigo ostentaba el pecho muy alzado: evidentemente estaba contrayendo el vientre: había engordado una barbaridad. Me desconcertaba verlo mejillón cuando antes de rostro era una juntura de osamenta, un brillo amortiguado en la piel untada a la calavera. No sé por qué me vino la imagen de Ernesto —tiempo después, ya libre— luciéndose en las playeras de Puerto Vallarta. Era para dar risa, pero cómo reír si todo el ambiente apestaba a mariguana y a ambigüedades.

Raquelita no cesaba de hablar. Antes de que Ernesto pudiera adueñarse del micrófono, Raquelita se desató: qué te parece Ernesto te dije que Salva (nunca me había dicho Salva y espero que jamás lo vuelva a hacer) sí iba a venir a visitarte y aquí lo tienes, es muy

bueno, ah porque fíjate Salvador le dije a Ernesto que ibas a venir y él no me quiso creer... Raquelita miraba mis manos como si éstas debieran hallarse llenas de ofrendas reyesmaguescas, y pude ver que ella había llevado un pastelito de avellanas que compré en El Globo riquísimo tú y Ernesto comentó ah sí, estaba riquísimo, no-tienes-idea-de-cómo-me-agasajé-con-ese-pastelito..., y miró a Raquelita con miradas oblicuas que a ella obligaron a hablar más, y peor. Bueno sí qué bien qué cosa más increíble qué casualidad deveras deveritas nunca lo hubiera imaginado digo que hoy pero pues sí qué lindo qué bueno qué buena gente eres maldito Salvador... Se refería al hecho de que coincidiéramos en la cárcel ese día... Y, ¿qué tiene de raro?, consideraba yo; después de todo, un día antes ella estuvo ejercitando su juvenil presión para que yo visitara a Ernesto, quien, por lo demás, en ningún momento trató de ocultar una caja de zapatos Blasito toda llena de mariguana-pastelito-de-avellanas; ésta se hallaba adornada por varios pitillos de yerba, como velitas de cumpleaños. Pero Raquelita no parecía tener el ojorrojo ni el párpado-caído... Todo eso era muy interesante, pero más era, para mí, claro, averiguar por qué desde un principio el ánimo descendió a mis pies y por qué tuve que enfrentarme a una sensación desalentada y ansiosa. Si desde un principio entrar en ese lugar pesadillesco llamado Palacio Negro de Lecumberri me llenó de pánico (tanto que me dieron ganas de histerizarme), cuando vi a Raquelita, tan (han de perdonar los adjetivos) frágil y agitada, y a Ernesto ¡rascáncose los huevos con verdadera insolencia y falta de respeto!, mi piel se erizó irracionalmente (¿acaso puede erizarse racionalmente?), pero eso no fue nada como cuando percibí la agitación de Raquelita y la atmósfera petatera (¡el campo, el campo, el natural aroma de la yerba quemada, la onda no-esmog!). Entonces sí me dieron ganas de estrangular a mi viejo amigo Ernesto...

Apenas empezaba a pensar (muy nebulosamente) el porqué de mi animosidad contra Ernesto, cuando éste comentó que de puro milagro me habían dejado pasar de visita siendo ya tan tarde... ¿De milagro?, dije, ¡cincuenta pesos me costó! Y, en efecto, esa exacta cantidad tuve que repartir entre los celadores ávidos que me pusieron más trabas que para ver al presidente de la republic o el regente de la city. Además tuve que pasar una eternidad en una

banca soleada de la crujía Efe, con la legión de prisioneros que malcomían frente a mí, una verdadera corte de los milagros que me pedía, incesantemente, un cualquier-cualquier.

...Raquelita se puso muy contenta cuando se oyeron las trompetas (muy desafinadas, por cierto), a las que siguió el ruido de una chicharra y, por si fuera poco, una voz altoparlanteja advirtió que la hora de visita había terminado.

Y, ¿quién entiende a las mujeres? ¡Yo no! Cuando Raquelita y yo salíamos al redondel (¡un verdadero uroboro ese redondel!), bajo las miradas famélicas del personal presidiario fijas en las estimables raquelnalguitas, ella me espetó que tenía muchas cosas que hacer. Pero después, cuando logramos salir de la cárcel, bajo ese sol espléndido de verano que me hacía sentir bien, Raquelita optó por lo contrario: tenía que hablar conmigo, muy seriamente; me llevaría en su volkswagen a donde yo quisiese. Propuse que fuéramos a mi departamento, pues así evitaría la tenebrosa traducción del más reciente éxito libresco de matemáticas.

Sí, sí, vamos a tu casa, accedió. Pero, más tarde, cuando llegamos a su auto acalorados, Raquelita se hallaba muy seria, se había abstraído, y cuando logró evitar el choque con un pobre ciclista que guiaba tan tranquilo con su canasta de panes, me advirtió que a mi casa *no*, ahí sí no iba, esas cosas como que nomás no. ¿Por qué no vamos a tomar un café?

¿Por qué no?, dije, considerando: cómo le gusta el café a esta muchacha; habrá alcanzado a tomar unas catorce tazas en esa celda oscura durante las muchas horas que pasó con Ernesto, el Viejo Amigo Hijo de Puta.

Nunca creí que fueras a ver a Ernesto, comentó Raquelita, sin mirarme, vigilando la calle para no exterminar a los ciclistas-panaderos de México. ¿Por qué no? Ah, porque cuando te vi ayer pensé uh este chavo *jamás* va a ir a visitar a su amigo; digo, no sé, como que no me latió. Pues fíjate Raquelita, una vez más no prestes atención a las apariencias. Engañan. Desde un principio decidí que debía visitar a Ernesto.

Raquelita me miró de lado, con un velo de temor en sus ojos, y después se hundió en un meditabundo y significativo silencio. Tras haber recorrido varias cuadras a través del tránsito denso y pesado de la calzada Zaragoza, ella pudo decir: bueno, sí, se tardó mucho,

es que deveras no se oía que lo estaban llamando;digo, yo no oí, en esas celdas no se oye nada, te juro que yo hasta miedo tenía de no oír cuando avisaran que la visita había terminado; uy, imagínate, ahí me quedo. Pues yo sí oí con claridad; quiero decir, oí que ya se había acabado la visita, y eso que la puerta estaba cerrada.

Raquelita me miró con dureza unos instantes pero decidió atender al manejo en esa avenida llena de autos, camiones, polvo, humo y luz del sol.

Pues yo no voy a regresar nunca a ver a Ernesto, *nunca nunca* nunca, declaró intensa, repentinamente, con los dientes apretados, cuando nos aventurábamos en unas calles estrechas sucias, malolientes, oscuras a pesar del sol, y llenas de tránsito: qué rutas escoge esta dama para tomar un café, pensé, sin darme cuenta de que algo dentro de mí ya no se preocupaba más por las calles sino que trataba de analizar la aseveración de Raquelita, pero cuando me di cuenta de que era consciente del cambio de mi atención me sobresalté, irracionalmente, y entonces me vino la idea: ¿por qué me sobresalto al ser consciente de mi pensamiento, por qué?

¿Por qué?, fue todo lo que pude emitir. Raquelita me vio varias veces de reojo y no respondió hasta que, muchas cuadras después, un cuarto de hora después, me preguntó: ¿tú piensas volver a visitar a Ernesto? Dímelo, por favor, dímelo, es muy importante para mí.

Me quedé helado; qué capacidad increíble tiene esta dama para sacarlo a uno de órbita. No sé, Raquelita... No me había puesto a pensar en eso. Ah, dijo ella. Muchas ganas no me quedaron, agregué, sin darme cuenta, pero dándome cuenta de cuántas cosas salen de mi boca y después me sorprenden. ¿Por qué?, preguntó ella, muy interesada; y yo, cada vez más incómodo, muy incómodo... Bueno, pues es un verdadero problema ir a la cárcel. Estas visitas salen caras, ¿no? Sólo faltó que me revisaran las orejas para ver si me las había lavado. ¿Y te las lavaste?, preguntó Raquelita antes de soltar a reír, y primero creí que su risa era alegre, genuina, pero después me pregunté si no era demasiado alegre; ustedes me entienden.

¡Eres sensacional, Salvador, palabra de honor que me caes re bien! Yo sonreí, estúpidamente halagado, y como ya no pude decir ninguna frase más advertí que, de milagro, habíamos ido a dar al zócalo: la plaza enorme, fría, llena de gente apresurada,

guardespaldas boleándose, y me dio la impresión de que Raquelita no tenía la menor idea de en qué calles se andaba metiendo.

¿Por qué ya no quieres volver a ver a Ernesto?, pregunté, débilmente, con la sensación de que no debía formular semejantes preguntas, pero es que en realidad esa idea me había inquietado todo el tiempo. ¿Y qué creen? Raquelita se volvió hacia mí con una sonrisa supuestamente tímida pero que intuí más sincera que todo lo que había dicho y pensado en los últimos cuatro años. Me dijo: luego te platico, y agregó: vamos a mi casa, ¿no? Mejor, ¿no? Allá nos tomamos el café.

Después Raquelita me platicó que un día antes, después de verme a mí, había ido a buscar a María... ¿María? ¿Qué María? Sí, María. Despierta, ¿no? A poco no sabes quién: la chava que anduvo con Ernesto antes de que lo metieran en la cárcel. Claro que sé quién, Raquelita, pero estaba pensando en otras cosas.

Ah, pues Raquelita vio a María, ella le telefoneó para que platicaran, y María uh encantada. Se vieron en un café de la zona. Bueno, nos tomamos un tecito, un tecito. Ah bueno. Y María le contó muchas cosas de Ernesto, cosas horribles y cosas alivianadas, pero más horribles que alivianadas... Bueno, yo ya debería estar enterado de eso. Pues más o menos. Pues sí, Raquelita fue a ver a María después de que yo le dije lo que le dije: que María había abandonado la actitud supercatólica y que de nuevo vestía mezclilla y botas. Grandes risas de Raquelita. Y María le contó cómo estuvo su romance con Ernesto y cómo fue su conversión y después su reorientación, porque, fíjate, María sigue de creyente pero ya no se pone ropas de monja, y eso interesaba horrores a Raquelita, pero ésa era otra cuestión, lo importante (¡en verdad!) es que María le contó lo que Ernesto, a su vez, me había contado ya a mí, y también le refirió cómo Ernesto y yo fuimos grandes amigos cuando niños, cuando entramos juntos en la facultad y cuando los dos salimos huyendo de Filosofía y Lepras.

Pues en verdad todo esto es interesante, me dije, apenas advirtiendo que ya íbamos por Reforma, inusitadamente fundidos en la plática... Íbamos risa y risa, como un par de retrasados mentales, pero, reflexionando las cosas —lo cual es necesario de vez en siglos— nada de lo que ella decía era para inducir a risa;al contrario, una sensación vaga me indicaba, con un sudor frío en las

manos y a través de mi grado de atención, aspectos fundamentales que era urgente que yo sopesara bien, porque así resolvería adecuadamente lo que podría ocurrir, pero cómo iba a hacerlo si Raquelita Fragilísima, con una gracia, con una inconsciencia, con una inocencia magistrales, me platicaba lo que María le platicó que Ernesto le había platicado.

Raquelita hablaba de las canalladas que Ernesto le hizo a María, pero, en ese momento, yo sabía que ella no sólo se hallaba tranquila sino feliz, deveras, profundamente feliz tanto que ni cuenta se daba, pero la experimentaba, y yo sentía que ella lo sentía.

El auto avanzaba por Insurgentes y entró en la glorieta de Chilpancingo, llena de tráfico, para seguir por Coyoacán.

...No podía oír con claridad lo que ella decía, bueno, claro que oía, pero sus frases se desarticulaban al entrar en mí, se fragmentaban como un caleidoscopio porque yo la veía más bella; cuán hermosa era Raquelita la Niña Sabia con su aire de felicidad interna, sus ojos concentrados en la avenida. De vez en cuando, ella se volvía hacia mí con una luminosidad casi transparente, como en verdad debe de ser la luz en su forma más quintaesenciada, ausente de tono, contenido puro... Y yo le dije a María, me decía Raquelita, que qué fantástico que ella trabajara, aunque su trabajo no le gustara como le podría gustar, pero después de ir arriba y abajo y abajo y arriba, velozmente, como en un elevador loco, era bueno ir por escaloncitos, aunque fuera más despacio acumulando pequeñas cosas para después alcanzar algo grandioso... Bueno, eso decía Raquelita, o a eso sí presté atención, y su boca de líneas meticulosas dejaba ver ocasionalmente la perfección de sus dientes; ah, pues después del tecito, sí, el tecito, María y yo fuimos a mi casa, ves, y mi mamá nos tuvo atacadas de la risa con sus ondas pero aquí, en la mirada de Raquelita avanzaban nubes ominosas, ¡palabra que vi pasar las nubes por sus ojos como si llegaran a toda velocidad y cubrieran momentáneamente un cielo despejado!; ah, y estuvimos platicando, reteagusto, María y yo, y luego la fui a dejar a su departamento..., *y yo* sin hacerle caso, o escuchándola en ráfagas, porque pensaba que algún día esas nubes en los ojos de Raquelita volverían preñadas de lluvia y truenos y relámpagos, pero también con alivio a la tensión, pero eso sería después, ya que en ese momento ella se encontraba despejada nuevamente, como el cielo

arriba de nosotros; estaba, ella, en paz, con una armonía natural que yo jamás he podido avizorar en Las Horribles Tinieblas de mi Mente. Los movimientos de Raquelita al manejar eran impecables, y no implacables como cuando salimos de Lecumberri, y su mirada era parte de la avenida Coyoacán, se había integrado en esa parte de la ciudad, que si en sus partes incluye a Raquelita entonces no puede estar tan contaminada como dicen y dentro de sí ha nacido ya el germen de su redención, de su purificación.

...Hasta entonces descubrí que, desde hacía tiempo, los dos nos habíamos sumergido en nuestras introspecciones; muy diferentes, por cierto. Raquelita se dio cuenta de que yo estaba mirándola y su expresión cambió, nuevamente se agitó, pero volvió a la realidad cuando de nuevo estuvimos a punto de chocar con otro auto insensato que salió a toda velocidad de una bocacalle. Los dos palidecimos, pero, después, soltamos a reír, y yo me di cuenta de que ya nos alejábamos de Coyoacán por División del Norte, que, por cierto, nos llevaba al sur.

Recordé que después de la muerte de su padre, Raquelita y su mamá habían vendido su vieja casona de la colonia Roma para ir a vivir casi en la salida de la ciudad, en el Club de Golf. ¿Y ahora cómo le voy a hacer para regresar?, pensé de repente, voy a tener que caminar kilómetros para llegar a donde pare un camión. También advertí que Raquelita había escogido la ruta más absurda de todas, pues el trayecto de Lecumberri a su casa, que aunque largo habría podido recorrerse en, digamos, una hora, lo habíamos alargado tanto que ya llevábamos más de dos horas en el volkswagen, dos horas que se medían en el reloj de mi hambre, pues no dispongo de otro, y cuando finalmente llegamos a su casa, ¡en San Buenaventura!, eran ya más de las cuatro de la tarde. El cielo, por lo habitual más limpio en esa zona, se estaba cubriendo de nubes monumentales, oscuras, y en poco tiempo todo se nublaría, si es que no caía un chubasco veraniego.

Raquelita se quedó pensativa al ver, frente a su casa, un auto grande, negro, enchoferado. Antenita en el techo. Sin embargo, no comentó nada y guardó el volkswagen en el garaje y con eso sepultó mis esperanzas de que después ella misma, si acaso tuviese que salir, me diera un aventón cuando menos a donde pasaran camiones, pero qué se le va a hacer: así son las damas: capaces de

llevarlo a uno a los lugares más recónditos y luego pues a ver cómo te regresas chavo porque yo ya tengo mucho sueño bai bai chao chao.

...Entramos en su casa a través de un jardín inmenso, lleno de pasto alfombra, árboles que crecían, bien abonados, y muchas plantas con flores: unas bugambilias de un color violeta exaltado, casi altanero, y muchos rosales. Raquelita, al sentirse en su casa, desparramó sonrisas y pues qué tarde se nos hizo, ¿verdad?, digo, sí te invito el café pero mejor comemos antes, ¿no?, digo, híjole, yo tengo un hambre horrible y supongo que tú también, ¿no? ¡Sí señor!, claro que tenía hambre, ya distaban ocho horas de mis reconfortantes-alimentos-mañaneriles: un café negro, una coca cola mediana y tres panqués.

Raquelita recorrió conmigo una estancia grande, con piso de parquet, muebles sin calidez, enormes. Pero la sonrisa de Raquelita se esfumó cuando abrimos la puerta que conducía al comedor. Allí se encontraba la mamá de Raquelita, a la mesa (los mejoresmanteles, la vajilla-de-porcelana, los cubiertos-de-plata), platicando con un joven repugnante, deveras asqueroso, todo él traje y corbata y uñas esmaltadas y raya del pelo fijada con ¡hair dresser! Los dos se hallaban, más que alegres, en un proceso de entrega total y devota a una superborrachera, pues ya habían mediado dos botellas de vodka y una de coñac.

¡Hijita!, chilló la mamá, toda sonrisas, el eructo a flor de labios, ojos vidriosones, ¡vengan vengan!, el licenciado y yo ya comimos pero los podemos acompañar mientras nos tomamos unos coñaquitos. ¿Ya conoces a Paco? No no, dijo Raquelita, impactada, pero con compostura, sin moverse de la puerta, mientras Paco el Licenciado se ponía de pie con cuidados para no desplomarse y No Perder la Galanura, con una sonrisa que quería ser cortés pero que resultó profesional, mecánica. Buenas tardes, dijo, con su enorme inteligencia y don de conversación. Pero vengan caray, insistió la mamá, porque Raquelita, y yo tras ella, no se había movido ni un centímetro de la puerta. Nosotros ya comimos, mamá, dijo Raquelita, y mi alma se fue a los pies.

Vamos a hacer un trabajo, agregó Raquelita, nos vamos al jardín, ¿eh?, ya casi empujándome con su espalda calientita para salir cuanto antes de allí. Ay hija, no trabajes tanto miamor, fíjate

Paco, esta niña todo el día trabaje y trabaje en la galería y aquí le sigue; espérate Raquelita, no te vayas, mira, Paco es simpatiquísimo —Paco seguía de pie, titubeando si debía o no tomar su copa, que le hacía guiños tentadores—, me ha estado contando unas cosas que nomás no las puedes creer. Además, es una persona muy valiosa, de la que se aprende mucho, figúrate que es uno de los más altos directivos de la comisión nosequé del PRI...

Para esas alturas Paco había optado por caer pesadamente en su silla y se servía coñac con absoluta familiaridad. Vengan hombre, tómense una copa, departan con nosotros, dijo, muy dueño de la situación: sólo faltaba que le diera unas nalgadas a la mamá de Raquelita. No gracias, dijo Raquelita, yo a esas cosas como que no, luego nos vemos, ¿eh?, bai bai. Y en ese momento Raquelita me empujó hacia afuera y cerró la puerta tras de sí.

¡Uj!, exclamó, y permaneció de pie junto a la puerta, con el entrecejo fruncido, con emociones que pasaban por su rostro que era como si llevasen rótulos brechtianos: ira, tristeza, humillación, remordimiento, vergüenza... Raquelita recordó, o sintió, que yo me hallaba con ella, muy cerca, sintiendo el olor de sus cabellos, y me miró fugazmente en los ojos antes de mirar los dibujos de la alfombra, con una sonrisa endeble, infantil.

Me tomó de la mano y me llevó, sin más, hacia otra puerta, pero antes de franquearla se detuvo y me dijo: ah no, claro que no nos vamos a quedar sin comer, voy a lavarme rapidito y luego le digo a Chepina que nos lleve unos sándwiches al jardín, espérame tantito. Se fue, con rapidez, como si le avergonzase la posibilidad de que, si yo la acompañara, sorprendiésemos a Chepina con el jardinero.

De lo más profundo de mí hizo erupción un resoplido que precedió a toda una serie de escalofríos. Qué me pasa, me dije, por qué esta intranquilidad... En mi cabeza brillaba la imagen de la mamá de Raquelita con los ojos vidriosos, reflejos opacos, risa de inconsciencia-inocencia total. La señora estaba muy guapa, no por nada era la mamá de Raquelita, y eso justificaba que el Príncipe Priísta, que por cierto no se veía demasiado anciano en su aspecto sino de unos treinta y cinco años, le hiciese la ronda sin remordimientos. La señora tenía su buena casa en un rumbo de clase media alta, dos automóviles, creo que hasta chofer, buenos vinos, y yo veía ya al Joven Ejecutivo despertando a las siete de la

mañana, con una bata gigantesca, ¡la bata del papa de Raquelita, claro!, con gritos estentóreos: ¡Chepina qué pasó con mis huevos a la mexicana!

Escuché una carcajada y con un movimiento reflejo, me encontré caminando casi de puntitas hacia la puerta del comedor, donde alcancé a oír una frase ya literariamente célebre: ¡atencióóóón señoras y señores, voy a meaaar! Risas incontrolables de la señora. La voz era tan cercana que retrocedí varios pasos hasta quedar enfrentado a una pintura acartonada del Viejo Papá de Raquelita, quien, ¡deveras!, tenía un rosario en las manos.

En esa actitud me sorprendió el licenciado Paco, quien con toda seguridad se apellidaba González Peña, Gerte Chávez o Rosado del Trasero. Este, al verme, congeló su sonrisa, adoptó (mecánicamente, lo juro, ni siquiera lo pensó) su actitud profesional. Muy digna, y me miró con Absoluta Trascendencia, al timón del destino patrio; dudó en dirigirme la palabra, decidió no hacerlo y se dirigió con pasos que pretendían ser firmes, y lo eran en demasía, hacia una puertecita.

Acababa de entrar en el baño, porque evidentemente ése era un baño, ni pensar que el licenciado Paco Gerte orinara en un ropero, aunque también podría ser posible, cuando apareció Raquelita con una charola en la que había platos de sopa, carne, ensalada, pastel y una coca familiar.

¡Listo!, dijo. Antes de auxiliarla con los alimentos sagrados, señalé hacia el baño. Allí está Paco, meando, dije. Raquelita miró, con tristeza completa, el baño, como si lo hubieran ultrajado. Pinche viejo, musitó, y la seguí al jardín.

Nos acomodamos en unas mecedoras, junto a una mesa blanca, circular, en un rincón del jardín. El lugar se hallaba muy agradable y aún se sentía calor, a pesar de que el cielo continuaba nublándose, ennegreciéndose; va a llover, pensé, al ver las oscuridades que acumulaba el oriente. Los dos comimos con rapidez, parecía que competíamos a ver quién terminaba primero. Raquelita, sin embargo, se hallaba sombría, casi no quería verme, y yo no sabía qué decir: si alguien me escucha, hablo, pero si no, para qué; yo quería ahuyentar esa atmósfera pesada, pero si bien puedo arremeter con chistes cuando no debo hacerlo, en ese momento, en que podrían ser bienvenidos, no me llegaba ninguno.

¿Ya conocías a mi mamá?, dijo ella finalmente y supe que Raquelita sintió que eso era lo menos apropiado para decir, pero ni hablar, las más de las veces no se dice lo que uno quiere, sino lo que a uno le sale. No, creo que María alguna vez me platicó de ella... Oye, está guapísima, agregué, y bebí un largo trago de mi droga predilecta para inundar la sensación de que para entonces era yo quien había dicho lo menos favorable. Pues sí, concedió Raquelita, viendo su plato enmoronado; digo, está joven todavía ¿no?, allá en mi recámara tengo una foto de mi mamá a los veinte años y te juro que no he visto mujer más hermosa que mi mamá en esa foto. Es muy buena, mi mamá, digo, conmigo siempre ha sido padrísima, me deja hacer lo que quiero, digo, y no se preocupa por mí, digo, sí se preocupa pero no se preocupa, ves, porque cuando se murió mi papa ella me dijo que yo había pasado la vida sin saber lo que es la vida, encerrada, y que era una niña y que ahora sí tenía que abrirme al mundo; total, deveras se preocupó mucho porque yo saliera, porque me *oreara*, deveras; yo estaba que no sabes; que conociera cosas y para acá y para allá, yo iba a la escuela, ves, la escuela de monjas, interna, y allí me la pasaba todo el tiempo, encerrada casi, porque sólo veía a mi papá y a mi mamá en las vacaciones, y en las vacaciones nada más los veía a ellos dos, casi no salíamos ni recibíamos visitas, a mi papá no le gustaban, es que mi papá ya estaba grande, se casó con mi mamá cuando mi mamá tenía quince años, imagínate, y mi papá ya de cincuenta y tantos, ves, entonces mi papá era, bueno, de la vieja guardia, ¿no?, la onda porfirista, puro rezar y trabajar y estar muy serio bueno, no, no, no es cierto, también era muy tierno, a mí me quería mucho, yo creo que hasta me quería más que a mi mamá, aunque se enojaba cuando yo no rezaba Con Devoción el rosario de las siete, ¿tú crees?; bueno, ondas así, siempre quería que yo estuviera rezando, decía que por eso había preferido que yo estuviera interna y no verme que verme con malas compañías, y yo pensando en Las Malas Compañías, como que eran monstruos de películas de Walt Disney; y mi mamá, pues, digo, ella siempre hacía lo que él decía, sí Pedro, sí Pedrito, sí Pedrititito, y cuando se murió papá, pues imagínate, ella tenía cuarenta años y pues estaba muy joven, ¿no?, digo, más o menos, y siempre había hecho lo que mi papá quería y mi papá pues nomás quería que estuviéramos rezando, yo creo que ya hasta

nos apartó lugares en el cielo, deveras, no te rías, era muy religioso, pero en serio, digo, no era malo, era duro, brusco, enérgico, pero la religión sí la sentía, no era beato o mocho de dientes pafuera... Fíjate, una vez me desperté, quién sabe por qué, me desperté en la madrugada, creo que tenía sed o hambre o algo, y salí de mi cuarto, estaba de vacaciones, ves, eso fue poco antes de que mi papá se muriera, ah, y vi a mi papá, porque estaba entre-abierta la puerta de su cuarto, ah, porque desde que nací mi papá y mi mamá ya dormían en cuartos separados, pero deveras separados, los cuartos, digo, porque ellos pues no, ¿no?, digo, no tanto; ah y entonces vi a mi papá desnudo de la cintura para arriba, estaba bíen flaco, y tenía los brazos alzados en forma de cruz, y, híjole, todavía se me pone chinita la piel al acordarme, tenía heridas en la espalda, con sangre y todo, mucha sangre, ¡se había estado dando de chicotazos, te lo juro, porque junto a él estaba un fuete con sangre también!, ah bueno, pues que lo veo y no sé qué sentí, digo, no fue algo feo, ves, sino algo... muy raro..., como que me llenaba de sangre de la cabeza a los pies y me daba mucho mucho calor y como que se me iba la respiración y tenía que abrir la boca para que me entrara aire y luego un temblor pero dentro del cuerpo, ves, no fuera, ves, sino dentro, como si por dentro me temblara la columna vertebral; ah, y me puse muy derechita y tenía los ojos pero bien llenos de lágrimas, había estado llorando desde que lo vi y hasta después me di cuenta, fíjate, y como que sentía mucha compasión porque mi papacito se golpeaba a los setenta y cuatro años de edad, un año después murió, ves, y mucha ternura también y la falta de aliento, era como si estuviera en otra parte, en un lugar donde no había nada y no había tiempo, digo, porque no sé cuántas *horas* tenía ya viéndolo, siglos, como suspendida, y entonces, sin querer, claro, que muevo la puerta y hago un ruidito y él me oyó y yo pensé este señor ahorita *me mata* porque, no sé, también sentía que estaba viendo algo que no debía, ves, sentí que para mi papá eso era algo muy sagrado, digo, muy de él nada más, pues; total, me quedé horrorizada y él se dio la media vuelta y entonces me miró con una mirada muy muy fija, te juro que tenía los ojos brillantísimos, un poco como de loco, pero no de loco porque su mirada no era fea ni incoherente, ¿no?, y con toda calma se puso su bata, así, con sangre en toda la espalda, y yo parada allí en la puerta, con mi batita, sin poderme mover, ¡no

me podía *mover!*, ¡palabra!, y caminó muy despacio hasta mí, sin dejar de verme, y me tomó la mano, muy dulcemente, muy bonito, y me llevó hasta la silla de su escritorio donde él se sentó con la espalda muy erguida, porque siempre siempre siempre caminó, hasta que se murió, con la espalda muy derechita, y era muy alto, y yo decía este señor un día se va a tropezar, ¡no ve el suelo!, pero qué va, no se caía nunca; ah pues sí, se sentó y me miró con mucha firmeza, los ojos brillantísimos, y yo bajé la vista porque ahora como que me daba miedo, me imponía, y no como antes cuando yo siempre veía el suelo cuando él me hablaba porque me hubiera desollado si no, me dijo mírame Raquel, y yo lo miré, temblando, temblaba toda; lo que acabas de ver, me dijo, es una manifestación de la gloria del Señor, el poder incalculable de Dios, o algo así, y júrame que *nunca* vas a hablar de esto con alguien.

Raquelita calló unos instantes, respirando agitadamente, vio el pasto, y hasta después alzó la vista para mirarme, desde largo rato antes me miraba a los ojos y yo no podía dejar de verla, sólo pensaba, en momentos fugaces, que los dos estábamos como en trance, en una comunicación perfecta que iba más allá de nuestro entendimiento desconfiable y que abarcaba las zonas más oscuras y recónditas de nuestras interioridades. Pues fíjate, dijo Raquel, yo ya te hablé de esto y yo, claro, le juré solemnísimamente a mi papá que nunca lo haría...

Y yo, Salvador el Perplejo, no entendía, me hallaba muy excitado, sin saber por qué; como si en todo lo que Raquelita me había contado hubiera algo que era decisivo desentrañar. Bueno, ¿qué fue lo que viste, cuál era ese poder incalculable de Dios? No sé no sé, respondió Raquelita, con intensidad, como en un hálito: estaba más excitada que yo; he pensado en eso muchas veces, yo creo que mi papá creyó que yo había visto algo que, no sé, pero se me hace que lo que mi papá creyó que yo había visto ocurrió antes de que yo llegara a asomarme, pues mi papá no estaba allí, andaba en otra onda, deveras, y no sabía cuánto tiempo lo había estado viendo yo, ni me lo preguntó, ni se lo dije, claro, y después como que no tenía como preguntarle oye papa qué creíste que yo vi, porque pues cómo, ¿no? A lo mejor estaba levitando o algo así, aventuré, inseguro. ¿Levitando?, pues chance, digo, de cualquier manera mi papá, digo, no era un santo, era muy religioso, eso sí, y

sincero, pero a veces podía ser, bueno, no malo pero sí difícil.

En ese momento empezaron a caer las primeras gotas, grandes, pesadas, de lluvia. Ya desde antes, cuando Raquelita estaba platicando lo de su papá, el viento había empezado a soplar, primero con suavidad, pero después eran unas ráfagas heladas que nosotros ni sentimos porque estábamos inmersos en la plática. Pero a las primeras gotas, casi sin transición, empezaron a caer otras más cerradas, muy mojadoras. Chin, ya empezó a llover, dijo Raquelita, con verdadera desazón, y adiviné que no quería entrar en su casa. La lluvia empezó a caer torrencialmente en fracciones de segundos y, sin pensarlo más, corrimos; mas bien, ella corrió a toda velocidad y yo la seguí. Fuimos a un cuartito en el fondo del jardín, pero la puerta estaba cerrada. Raquelita la trató de abrir casi a fuerza, los dos empapados por completo. ¡No se puede, está bien cerrada!, grité, porque la lluvia caía con tanta fuerza que ensordecía. ¡Sí verdad!, gritó ella y volvió a correr, en esa ocasión hacia la casa.

Entramos en la sala, chorreando agua de la cabeza a los pies; nos vimos, todos mojados, y en el mismo instante nos soltamos a reír sin podernos controlar. ¡Qué mojadota!, dijo Raquelita. ¡Sí, parecemos perros de aguas! Ya antes habían escapado algunos rayos y los truenos desvanecían el ruido de la lluvia, y en ese momento un nuevo trueno se sincronizó con la desconexión total de la electricidad en la casa.

Todo se oscureció y eso hizo que nos juntáramos un poco más. Caminamos, sin advertirlo, mojando la alfombra, hacia el retrato que yo había visto antes. Mira, dijo Raquelita, ése es mi papá. Sí, ya lo estuve viendo cuando fuiste por la comida. ¿Te fijas?, posó con todo y rosario, arriba tengo una foto donde sí se ve cómo era, ¿quieres verla? Ora, dije, y nos dirigimos a la escalera, pero, a medio camino, Raquelita se detuvo, pensativa. Me miró unos instantes y fue a la puerta del comedor.

Ni la mamá de Raquelita ni el licenciado Paco se encontraban allí. La oscuridad apenas permitía ver que la mesa se hallaba completamente despejada, limpia, y en el aire se percibía una mezcla de alcohol y tabaco. Raquelita se volvió hacia mí. Creo que mi mamá se fue con ese tipo, ¡qué bueno!, exclamo después.

Me tomó de la mano y, casi alegremente, subimos la escalera entre los ruidos de la lluvia y la semioscuridad, pues aparte de lo

oscuro del cielo ya debía estar haciéndose de noche. Dejamos, en la escalera, nuestro rastro de agua, verdaderos chorros que aún escurríamos, y llegamos a la planta superior, donde había una estancia con su inevitable televisión, algunas plantas de sombra, un sillón, sofás y cuadros de gusto más que discutible que, por lo demás, apenas se veían. La estancia se cerraba en un pasillo y supuse que éste se abría a otras habitaciones.

Por allí nos dirigimos Raquelita y yo, ella aún conduciéndome de la mano, que se hallaba cálida y cuyo contacto era firme. Estaba muy oscuro... Pero nos detuvimos en seco al escuchar unos ruidos ululantes, apagados, sordos, que unidos a los de la lluvia, trepidando en el techo y en el jardín, se nos hicieron extraños, lejanos, como voces infrahumanas, fantasmales. No sé por qué tuve la imagen fugaz del papá de Raquelita con los brazos en forma de cruz, lleno de heridas sangrantes. Raquelita y yo nos quedamos paralizados, su mano apretó con tal fuerza que casi trituró la mía. Los ruidos eran apenas perceptibles pero los podía visualizar como adherentes, arrastrándose con una consistencia viscosa y detestable. Me di cuenta de que estaba aterrorizado cuando se me pusieron los pelos en punta, en verdad: primero advertí, con horror, que algo me jalaba la parte posterior del cuello y cuando llevé mi mano allí advertí que los pelitos de mi nuca se hallaban completamente erectos, punzantes. Eso, más que nada, fue lo que propició que se desencadenase en mí el terror, verdadero pavor, toda la sangre se me fue más allá de los pies y se unió a los regueros de agua tras nosotros. En la oscuridad del pasillo percibí, más que vi, que Raquelita se hallaba más horrorizada que yo, muda, con el llanto congelado en la garganta y las piernas flaqueantes; su mano continuaba triturando la mía, y con un impulso inconsciente me acerqué a ella y la abracé, aún ignoro si para protegerla o para que ella me protegiese. Raquelita se hallaba helada, todo su cuerpo era un hielo; alcancé a ver sus ojos abiertos al máximo y sentí su corazón latiendo tan desbocado como el mío.

Así permanecimos no sé cuánto tiempo, sin estar seguros de la naturaleza de los ruidos que escuchábamos, porque la lluvia, aunque pareciera increíble, había arreciado de tal manera que se fundía con varias sucesiones de truenos, y para entonces yo me hallaba escuchando infinidad de cosas, ruidos de cerraduras, pasos

ahogados, fierros crujientes, carraspeos, voces que se alzaban de la tierra, puertas cerrándose, pero, sobre todas las cosas, los iniciales ruidos ahogados y ululantes, casi podría decir: jadeantes, qué terrible es la mente, y también veía círculos de colores en la casi oscuridad y me volvía la imagen del papá de Raquelita, con los brazos en cruz y heridas sangrantes y ojos brillantísimos. Finalmente extrajimos fuerza y logramos avanzar con lentitud hacia la puerta de donde parecían emerger los ruidos. Al llegar allí tomamos aire y nos dimos valor mirándonos, o presintiendo nuestras miradas, y estrechándonos aún más. Entonces abrimos la puerta, con un golpe seco, muy fuerte.

Apenas pudimos ver que en un sofá del cuarto, al parecer un cuarto para visitas, la mamá de Raquelita hacía el amor briosamente con el licenciado Paco, los dos con las ropas en desorden, un nudo de telas y franjas de carne. No nos habían escuchado ni nos habían sentido, mas cómo nos iban a oír o a percibir con el estruendo de la lluvia torrencial y el estrépito de su ayuntamiento municipal, pero cuando abrimos saltaron tan espantados como antes estuvimos nosotros, y yo mismo me sobresalté, palidecí, cuando Raquelita se desprendió de mí, corrió a ellos y gritó con todas sus fuerzas ¡mamá!, ¡mamá!, ¡cómo te atreves!, ¡cómo te atreves¡ En la oscuridad del cuarto alcancé a ver la figura del licenciado Paco, aterrorizado, quien se puso de pie al ver tan cerca la silueta mojada e iracunda de Raquelita; ella lloraba a gritos ¡no tienes vergüenza!, ¡cómo puedes hacer eso!

En ese momento volvió la luz fría del techo, y a pesar de que me hizo entrecerrar los ojos pude ver al licenciado Paco, totalmente desconcertado, tratando de recuperar sus calzones bikini que estaban enredados con el pantalón a sus pies, y al mismo tiempo, intentando cubrir su miembro húmedo con el vuelo de la camisa. La mamá de Raquelita, en cambio, se encontraba inmovilizada en el sofá, azorada, sin comprender, sin cubrirse, pálida y sudorosa. Pero qué te pasa hija, qué tienes. ¡Cómo qué tengo!, rugió Raquelita, entre sollozos, en verdad como niña y al mismo tiempo como una mujer muy adulta, más adulta que su madre, quien no perdía su expresión de asombro auténtico.

Pero hijita qué tiene de malo, ay no llores hija, no sé qué te pasa, me haces sentir, no sé. ¡Vístete mamá vístete!, chillaba

Raquelita, temblando, con las manos aferradas a la cabeza, toda mojada, sus pezones marcados en la blusa, los cabellos en bloques. La mamá bajó su vestido hasta cubrirse y su rostro se empezaba a deformar por el llanto que se avecinaba. Ay hija, cómo eres, qué tiene de malo, susurró, antes de empezar a llorar con fuerza.

El licenciado Paco había logrado afirmar su cinturón y con ello pudo restablecer dentro de sí un poco de seguridad. Vio a Raquelita por encima. Oye muchacha, no te pongas así, no hieras a tu madre, tienes que comprender, empezó a decir, pero Raquelita se volvió hacia el, ¡cállese viejo horrible, aprovechado, degenerado, asqueroso, cállese cállese! El licenciado se quedó atónito, no supo qué decir, quiso balbucear algo pero no pudo, vio a la mamá de Raquelita que lloraba desconsolada, entre hipos, mientras se reacomodaba la ropa, aún tendida en el sofá, y musitaba qué tiene de malo qué tiene de malo; el licenciado después se volvió hacia mí, me reconoció hasta entonces y me dedicó un odio increíble. ¡Usted qué!, vociferó. No te metas conmigo o te parto tu pinche madre, le dije con una calma glacial que me sorprendió y que dejó paralizado al Joven Ejecutivo, quien buscó su saco, lo recogió del suelo y salió del cuarto, esquivándome lo más que pudo.

La mamá de Raquelita entonces alzó su rostro, bañado en lágrimas, miró a su hija, quien continuaba llorando, temblando frente a ella, y luego reparó en mí. Se puso de pie de un salto y salió de la habitación, corriendo, mientras gritaba ¡espérame Paco, espérame por favor!

Raquelita dejó de llorar y se concentró en escuchar las pisadas de su madre en la escalera; la lluvia había disminuido y pudimos oír la sucesión de puertas cerrándose y el ruido del motor de un auto. Raquelita permaneció en silencio, muy mojada aún, con ligeros estremecimientos, y, cuando se desvaneció el ruido del auto que se alejaba, se volvió hacia mí. Yo continuaba de pie cerca de la puerta, de donde nunca me había movido, y quién sabe qué cara tendría o qué expresión proyectó en mi Raquelita pues ella se soltó llorando nuevamente; se dejó caer en el sofá, donde aún permanecían, y esa idea no cesaba de obsesionarme, las pantaletas de la mamá.

Un impulso irresistible hizo que de repente me hallara sentado junto a Raquelita, abrazándola y acariciando, a duras penas, los bloques de cabellos que el agua había adherido, *ya ya* Raquelita no

llores, y ella lloraba más fuerte en cada ocasión que yo decía no llores Raquelita, y yo la abrazaba con toda la humedad fría de mi cuerpo, mientras mi mente caía en un estado crepuscular, en el que se fundían varias emociones intensas, incalificables, que crecían desde la base de mi columna vertebral hasta anidarse en la garganta, ganas de llorar también, ¡a mi edad!, la idea momentánea de que la luz del cuarto no sólo era excesiva sino muy fría, insolente: un candelabro con cuatro remedos de velas; qué desagradable fornicar con tanta luz encima, a lo mejor empezaron a darle cuando se fue la luz, como si ésa hubiera sido la señal de la concupiscencia, y no ignoraba que prácticamente había dejado de llover, afuera se oían tintinear unos hilitos de agua que descendían con prudencia, como mis deseos frenados de besar a Raquelita en su cuello húmedo, goteando aún, y después ganas de llorar con ella, por solidaridad estricta, pero ella lloraba hacia dentro, irrigando la parte oscura de su rostro, un sonido gutural muy delicado que me invitaba a ver su cara llorando porque seguramente se vería muy bella, y Chepina va a aparecer, ¡en este momento!, para quién sabe qué, pero va a aparecer ahora mismo porque todo ha sido tan absurdo y desquiciado, o tan racional y predestinado, es lo mismo, que la presencia de Chepina podría ser lo más normal, lo más apropiado, quizá, para que yo no acaricie la espalda curvada, flexible, de Raquelita, para que yo no bese con furia su cuello, la pequeña hendidura que se forma en el nacimiento de su cuello, no llores Raquelita no llores no llores.

Ya no estoy llorando, dijo ella de repente con una voz ronca que me sobresaltó, me hizo separarme de ella y verla a distancia, ver que ella cubría los pezones de sus senos aún marcados en la blusa y me veía con una expresión dubitativa mientras acomodaba los gajos de cabello que caían en su frente. Su expresión, si no era sombría, sí resultaba terriblemente hermética, una seguridad que lindaba en lo helado y que temí y envidié.

Antes de que empezara a eyacular los pensamientos, más que juntos, revueltos, como en desbandada, que dentro de mí pugnaban por salir en estrépito, Raquelita me dijo mira nada más qué mojados estamos, parecemos perros apaleados. Perros de aguas apaleados, corregí, y ella rio con tanta fuerza, con un timbre tan persuasivamente genuino, que me hizo reír a mí también, hizo que

mi risa trepara desde unas profundidades insospechadas; pero, de cualquier manera, cubierto por la valla de mi risa, yo pensaba esta mujer es una artista, en realidad es diez años más joven que yo y en realidad es más vieja que yo, es una anciana peligrosa con cara de niña, una dama bruja y salvaje, lleva consigo su ignorancia y su sabiduría y ambos polos coexisten en su interior sin discrepancia, incluso con armonía pues se alternan para poseer la personalidad de Raquelita, pero ya no pude pensar más, qué bueno, mi cabecita amenazaba con resquebrajarse cuando Raquelita se puso en pie.

Vamos a darnos un baño, dijo, porque si no nos va a dar una pulmonía. Yo iba a replicar que no tenía ropa para ponerme en lo que se secaba la mía cuando ella, como si se sincronizara con mis pensamientos, dijo: no te apures, yo te presto una bata en lo que tu ropa se seca, por ahí tenemos guardada una bata de mi papá, es más, tenemos guardada toda su ropa, como te has de imaginar. Eso sí está bueno, pensé, mira quién va a terminar enfundado en la bata del papá. Sentí que debía negarme a todo trance, pero, irracionalmente, la perspectiva de un baño calientito me seducía más allá de lo tolerable.

Me dejé guiar por Raquelita hasta una puerta, que supuse una recámara. Allí se detuvo ella y titubeó unos instantes que se me hicieron eternos pero que no supe llenar con palabras; me encontraba sorpresivamente mudo, sin ilación, y ese estado de estupor continuó en mí cuando ella no abrió la puerta y, en cambio, me condujo hasta el fin del pasillo a un vestidor rodeado de espejos y roperos. Raquelita sacó una bata vieja, elegante, invitante, a pesar de que en el acto supe que no me vendría bien y que me vería ridículo en ella. Sin el menor pudor, mecánicamente, Raquelita escogió un camisón blanco. Parecía continuar muy pensativa, pero en su rostro ahora brillaba una energía interna; entonces descubrí que su silencio era tan imponente que me impedía hablar, sólo consideraba cuán extrañas pueden ser las mujeres: un día antes yo me había entretenido en bromearla y en Verla Por Encima del Hombro y un día después no encontraba ánimos para ordenar mis pensamientos y para poder dirigirle la palabra.

Raquelita se volvió hacia mí, con una mirada increíblemente extraña, casi podría decir: metálica, pero muy segura, lúcida y despejada. ¿Sabes qué, Salvador? Primero pensé que tú te ibas a

bañar en el cuarto de mi mamá... Pero todo es tan ridículo y tan raro que lo mejor será que nos bañemos juntos, ¿no crees? Ignoro hasta qué extremo enrojecí, pues ella sonrió abierta, felizmente; volvió a tomarme de la mano y me condujo a un baño espacioso, muy blanco, alfombrado, con muebles modernos... Abrió la llave de agua caliente, dentro de la regadera, y después, sin fijarse en mí, comenzó a desnudarse. Quítate la ropa, me dijo, sin mirarme, no seas penoso, después de todo lo que ha pasado es como si ya fuéramos marido y mujer. Empecé a quitarme la ropa húmeda, adherida a mi cuerpo, viendo, de reojo, con la respiración contenida, cómo Raquelita emergía del envoltorio de sus ropas más bella aún que antes, en ese momento cobraba sentido la desnudez al devenir la forma exacta de Raquelita, pero eso no eliminaba mis sospechas y la vaciedad en mi corazón, porque, ¿qué había sucedido?, ¿por qué éramos como marido y mujer?, ¿después de qué cosas? A mi cabeza llegaba la imagen de Raquelita hablando nerviosamente, con extrema rapidez, en la celda de Ernesto, ¿por qué decía eso? Y tampoco se iba de mi cabeza la idea de Raquelita como una niña muy pequeña, muy ingenua, inconsciente, no, esas cosas yo nomás como que no, ¿no?, y en ese momento, mientras develaba su cuerpo elástico, forma simple, contenido puro; sus senos suaves y duros, su vientre y el sexo cubierto por una capa de vello tan sedoso, tan castaño y tan brillante, que yo apenas podía verla; y también, al mismo tiempo, me avergonzaba como nunca mostrar mi cuerpo grotesco, mi piel blanca-burocrática, años sin tomar el sol, la piel erizada por el contacto de la ropa húmeda, pero no podía dejar de desvestirme porque ella estaba ya gozosamente desnuda, y el gozosamente jamás podría estar mejor empleado, me daba la espalda para ajustar las llaves de agua tras la cortina de cristal, su espalda delgada y sus nalgas llenas, redondeadas, nada mal, incluso muy bien, ¡demasiado bien! Y yo, mientras, padecía un calor intenso, oscuro, debajo de mi sexo, encogido como acordeón, con ese calor, hormigueo y titilación suplía la erección que, por el más mínimo recato, no podía hacerse presente como hubiera querido. Ella me miraba con los ojos muy brillantes, sonriendo en los ojos, muy segura, supongo que porque confiaba en mí y por tanto podía confiar en ella, aunque confiaba más en mí que en ella, no supe cómo esa idea llegó a mi mente pero fue una idea feliz,

perfecta, que hizo que yo pudiese, un poquito, confiar en mí. ¡Quítate los calzones!, dijo mientras sus ojos ya no sonreían: se carcajeaban: quién sabe cómo me veía. En ese momento hubiera deseado, sobre todas las cosas, ser ella y ver a Salvador Calcinatio con sus ojos, y ¡fuera los calzones!, cómo no, claro que sí, y Raquelita me dio la espalda inmediatamente, sus nalguitas deliciosas, ay Dios, y entró en la regadera, de donde salían ya gruesas nubes de vapor. Y cuando ella entró en el cubículo de la regadera, tras la cortina de cristal, algo incendió mi corazón, hizo que flotara en el aire, que mi adrenalina diese vueltas salvajes por todo mi organismo y que una voz dentro de mí repitiese, con persuasión seductora: ¡ésa es tu mujer, la única, la que te corresponde para toda la vida!

El agua, más caliente que tibia, enrojecía nuestros cuerpos y en verdad nos limpiaba más que ningún baño previo. Con absoluta naturalidad Raquelita se enjabonó antes de pasarme la pastilla de jabón, y lavé mi cuerpo con una acuciosidad sorprendente, sin dejar de ver, de reojo, el cuerpo de Raquelita suavizado por el agua caliente, que también me relajaba a mí, hacía que las corrientes de tensión y de energía estrangulada se despeñasen desde la cumbre de mi cabeza hasta fluir a través de los dedos de mis pies; la tensión iba remolinándose en el desagüe de la tina. No hablábamos para nada, tomábamos nuestro tiempo en limpiarnos y sólo de vez en cuando entrecruzábamos miradas y sonreíamos cortésmente. ¡Qué onda! Por lo regular la desnudez de una mujer me hacía agazaparme en primera fila, cada poro de mi piel un ojo, pero en esos momentos, cuando la desnudez se hallaba nítida frente a mí, a mi alcance, no podía mirarla de lleno. ¡Qué incomodidad! Raquelita, silenciosa, se volvió a mí y enjabonó mi espalda. Después me tendió el jabón.

Froté su espalda con vigor, porque si lo hacía con suavidad una languidez latente me hubiera hecho fluir derretido por el agujero del desagüe. Raquelita reía ante mis empellones y yo sabía que ella, con su risa, descansaba. Sabía que ella había estado inspeccionando mi cuerpo furtivamente, como yo había hecho, o quizá lo imaginaba, pero, de repente, ella se volvió hacia mí, puso frente a mi su cuerpo de hilos blancos, acuáticos, y me miró con tanta fijeza y seriedad, y casi desafío, que primero me hizo temblar, no sólo

eran sus ojos los que estaban frente a mí, sino su cuerpo entero, sus muslos, su vientre, sus senos, y eso obligó a que saliera de mí algo que nunca hubiera imaginado, una cólera creciente y una fuerza insospechada mientras veía hasta lo más profundo de ella a través de sus ojos transparentes. ¡Basta ya Raquel! ¡Basta! ¡Te dejas posesionar! ¡Ahora mismo eres presa de algo que te controla a su arbitrio! ¡Niña pendeja, crees que eres tú quien sonríe y la que me mira con tus ojos! ¡Pero no eres tú! Raquelita bajó la mirada y vi con claridad que en ese instante me odió con toda su alma, que quiso huir de mí pero no le era posible, era el baño de su recámara, la recámara de su casa donde estábamos. Supe que en ese momento estuvo a punto de gritar ¡lárguese de mi casa viejo cochino!, o si no: ¡estúpido, estúpido, echaste a perder todo, pisoteaste la magia, no te das cuenta!, o: ¡cómo me has desilusionado, Salvador!, pero se frenó y algo dentro de mí, algo que sólo en parte era yo y que me controlaba en su arbitrio, aprovechó ese instante, ¿por qué le gritaste a tu madre? ¿Por qué hiciste eso?, grité, y me sorprendí. Y ella volvió a mirarme, pero ya asustada, interesada, necesitando ver qué diría yo, mientras el agua caliente fluía a través de nuestras desnudeces, y entonces cambió el tono de mi voz y como en un relámpago me di cuenta de que cambiaba el tono de mi voz, mira Raquelita tú no eres perfecta para decir esas cosas a tu madre, después de todo, hasta cierto punto, hasta cierto punto digo, ella tiene razón, ¿qué tiene de malo lo que hacía? Es viuda, no le debe fidelidad a nadie, y es joven, es bella, quizá se equivoque al entregarse en ese momento, en ese lugar y de esa manera a ese retrasado mental, pero de cualquier modo no le puedes hablar así, ¡te hubieras visto!, porque ella así no te puede entender y sino entiende menos va a reflexionar o a sentir que estaba haciendo algo equivocado, ahora sólo se sentirá confusa, incomprendida, maljuzgada, víctima de los arranques incomprensibles de su propia hija. Raquelita iba a decir algo pero no lo permití. Mira, continué, mira, quién sabe si tú algún día te encuentres en una situación semejante, bueno, exactamente lo mismo no, pero que tú te entregues a quien no debes y en el lugar incorrecto, y que entonces llegue alguien a recriminarte y te grite y te insulte y te haga sentir lo más miserable del mundo.

Raquelita, muy pálida, enterró su mirada en su interior y sólo

pudo decir sí es cierto sí es cierto yo soy muy mala, muy mala, soy sucia, Salvador, perdóname por favor, ya no lo voy a volver a hacer. Y aunque no lloraba su mirada se había extinguido tanto que me alarmé, advertí que había generado algo indebido, no Raquelita, si yo no soy el que te va a perdonar, al contrario, tú perdóname, dije, sintiendo que decía lo que no debía, pero sin poderlo evitar, cállate, me decía, yo no juzgo, dije, palabra, y yo menos que nadie, yo mismo cometo equivocaciones peores, ¡y ahora estás cometiendo una peor!, me decía una voz a la que sólo podía escuchar pero no atender y menos obedecer, me hallaba ardiendo, lleno de una vergüenza incontenible, pero no cesaba de hablar: *yo, yo*, Raquelita, yo soy un pobre imbécil, Raquelita, un miserable, no me hagas caso, un idiota gigante... Finalmente mi voz se extinguió y en mi interior sólo quedó una agitación terrible que aumentaba con los chorros de agua hirviendo, el calentador de esta casa tiene para siglos, el agua me sofocaba, me apartaba de Raquelita; ella se encontraba absolutamente lejos, dentro de sí, en algún rincón donde se exponía a peligros terribles, eso sí lo podía intuir; hubo un momento en que ella regresó, es decir, a la mirada que posó en mis ojos volvió una luz destelleante. Toda ella, su cuerpo desnudo, adorable, bajo el agua caliente, humeante, se hallaba en una lucha inmensa, qué le pasa a esta chava, qué le sucede, cómo la ayudo, cómo hacer que vuelva a la normalidad... ¿La normalidad? ¿Qué es la normalidad? ¿Enjabonarnos la espalda bajo el agua caliente? Una vez más la luz de sus ojos se había desvanecido y lo que me miraba eran unos estanques impenetrables, hay muchas cosas que tengo que decirte, Salvador, sí sí, que confesarte, a ti, a ti, aunque no lo quieras, pero será después, primero tengo que reflexionar, ves, para ver cómo voy a decirte lo que tengo que decir. Y Raquelita vio de nuevo el piso reluciente, blanquísimo, remolinos de agua con filos vibrantes. Vamos afuera, ¿no?, dijo, ya tenemos siglos aquí, agregó, y yo pensé antes habría que sentir un poco de agua fría, ¿no?, un buen regaderazo de agua helada antes de salir, en parte porque así acostumbro bañarme y en parte porque eso sería conveniente para regresarnos a la normalidad... la normalidad.

Pero no dije nada porque Raquelita ya había corrido la cortina de cristal y saltaba afuera, chorreando, al cuarto lleno de vapor.

Salí tras ella y nos secamos en silencio, toallas enormes y

acariciantes, ¡ahogándonos!, o al menos yo: con el calor y el vapor del cuarto. Raquelita no emitió una sola palabra y preferí callar también, intuí qué peligroso es hablar. Ella ignoró la ropa interior y se envolvió en el camisón, y yo me cubrí con la bata del papá de Raquelita que, como había adivinado, me quedó grande y me hizo sentir otro, alguien que debía caminar muy erguido, sin ver el suelo aunque tropezara.

Salimos del baño a la recámara y Raquelita puso a secar mi ropa sobre un calentador de gas, siempre sin hablar, envueltos en la frialdad del cuarto, sin vernos más que muy de reojo, tímidos. Todos nuestros movimientos, o así lo sentía yo, eran mecánicos, fríos, sin interrelación. Del baño aún salían columnas de vapor muy precisas gracias a la línea de luz que escapaba de la puerta entrecerrada.

Finalmente Raquelita se volvió hacia mí, con una caricia lejana y endeble en sus ojos. Déjame un rato sola, ¿sí, Salvador?, necesito estar sola. Y yo, aunque sopesaba lo ridículo que era decirlo, murmuré no, si yo en realidad ya debería irme de aquí, nomás te estoy sacando de onda. No, no, dijo ella, deveras tengo muchas cosas que decirte, espérame tantito, dame tiempo, ¿sí? ¿Por qué no vas al cuarto de huéspedes?, bueno, no, mejor vete al cuarto de la televisión, allí hay libros y revistas y ondas así, espérame tantito, ¿no?

Asentí gravemente, lo grave me venía de la bata, y salí de la recámara. Avancé por el pasillo a oscuras, rebasé el cuarto donde habíamos sorprendido a la mamá de Raquelita, ah pa fantasmas, pensé, y sonreí, llegué al cuarto de la televisión, una especie de mezanín que comunicaba con la sala. Encendí la luz pero la apagué en el acto, porque fui atraído hacia el ventanal. Allí se veía el jardín y más allá, la silueta apenas visible de unos montes, supuse que el Ajusco. El cielo se había despejado *y* allí sí se veían estrellas, muchas, y contemplé las estrellas mucho tiempo, sin pensar, sólo pensaba que no estaba pensando, que la oscuridad del cuarto y la infinidad de la noche habían penetrado en mí, lavaban mi mente, la hacían descansar... Así permanecí hasta que advertí que me dolían los pies, seguramente llevaba ya mucho tiempo en el ventanal, y entonces me dejé caer en un sillón, creyendo que la paz continuaría en esa posición cómoda, mas tan pronto como me hube sentado fui

invadido por una molestia que corroía mi interior, giraba especialmente bajo mi estómago, a la altura del ombligo; entonces prendí la luz de una lámpara y logré sentirme un poco mejor.

Al poco rato oí pasos en la escalera, quizás atraídos por la luz de la lámpara, ¡ya regresó la mamá de Raquelita y yo con la bata del difunto! Pero no, era una criada, y por alguna razón, o más bien: irrazón, supe que no era Chepina. La muchacha se quedó congelada al verme cómodamente instalado frente a la televisión, ¡y con la televisión apagada!, con una bata que olía a alcanfor, que me nadaba, y con los signos evidentes de haber tomado un baño. Se quedó tan sorprendida que me dio risa y, con un increíble Movimiento Elegante que me salió, le pedí que me trajera un vaso *con* leche, *por favor;* ella asintió, aún perpleja, pero conminada a obedecer, sí señor sí señor orita, y bajó casi corriendo la escalera. Y yo, qué creen, me arrepentí de haber pedido la leche, qué gandalla, más que nunca me sentí como el Joven Licenciado Francisco del Paso y Lucientes; esa idea me resultó especialmente humillante y significativa, aunque no comprendí por qué. Me encontraba incomodísimo, quería saber qué horas eran pero no había reloj a la vista, diez años antes el único que he tenido pereció en las tenebrosas profundidades del Monte de Piedad. En verdad me sentía *mal*, y aquí las cursivas son imprescindibles, pero no podía ponerme en pie, aunque lo intenté varias veces, y no tenía ni un cigarro siquiera, pues no compro porque casi no fumo y casi no fumo porque me saldría carísimo. La criada regresó con la leche pero en esa ocasión ya no me atreví a mirarla y mucho menos a tocar el vaso cuando la criada se fue.

Vamos a ver, Salvador, me dije, las cosas con calma, o al menos inténtalo, analiza poco a poco los acontecimientos para que no te estés azotando, pero hasta allí llegaba mi análisis porque los pensamientos se me iban, no se dejaban asir y con eso recuperaba el silencio abovedado de la casa de Raquelita:apenas a lo lejos, muy, se oía el trajín de las sirvientas, pero eso no era suficiente. Volví la vista al ventanal pero allí la negrura se había deformado pues reflejaba la luz lamparesca. Desconecté la lámpara y sentí peor, la oscuridad de dentro y de fuera royéndome, avanzando con dientes menudos, así es que volví a encender la luz; recliné mi cabeza en el sillón y así descubrí que, quizá desde tiempo antes, mi pelo se había

secado. Dejé que fluyera en mí la inconexión de mis pensamientos y algunas imágenes oscuras surgieron de un extremo de mi cabeza, como si abriesen una puerta y se asomaran, y luego recorriesen la oscuridad antes de perderse en el extremo; como si fueran sombras, o mejor, formas intangibles pero reales que deambulaban en mi interior con autonomía total, porque yo, yo, o lo que dentro de mí era yo, las estaba viendo pasar, y por tanto esas formas no eran yo; habitaban dentro de mí, que era distinto.

Esos pensamientos eran de lo más diverso: los más se referían a Raquelita, pero no concernían a lo que acababa de ocurrir sino que materializaban una pregunta que para entonces se estaba volviendo decisiva: ¿vas a volver a visitar a Ernesto en la cárcel?, y después el recuerdo de cuando Ernesto se echó su viaje de LSD en mi casa, una semana antes de que lo arrestaran, y después la idea de que Raquelita y yo éramos ya como marido y mujer, y ¡ésta es mi chava, ésta es, claro que lo es!, pero después veía a Raquelita en la celda de Ernesto, visiblemente nerviosa, casi fuera de sí, ¿y por qué Ernesto me sonreía con ese aire satisfecho? No sabes cómo me agasajé con ese pastelito... Y ahora Raquelita a dos puertas de mí, pero más distante que nunca. Cada vez crecía con más fuerza la sensación de inconformidad bajo mi ombligo y en mi garganta, hasta que descubrí, o eso creí, la naturaleza de mi incomodidad: ¡era ominosa!, y eso hacía que todo se oscureciera más, me daban ganas de conectar la televisión pero me hallaba verdaderamente adherido al sillón, con la bata inmensa del Poder Incalculable de Dios, y eso tenía que referirse a otra cosa, quizá a la idea de que yo estaba más preso fuera de la cárcel que Ernesto dentro de ella, más el sentimiento ominoso que crecía en mi interior, machacaba mis entrañas, engullía mis instintos, y yo, mientras, sin poder asir mis ideas que salían ahora de la parte inferior de mi cabeza, donde había un lago increíblemente oscuro del cual los pensamientos emergían, pero la incomodidad, ¡la angustia!, radicaba en todo mi organismo, no Allá Arriba, pues mi piel se había sensibilizado al máximo, el roce de la bata del papá de Raquelita lastimaba mi cuerpo aparatosamente desnudo bajo ella, ni calzones tenía puestos, qué barbaridad, pero Raquelita tampoco se había puesto ropa interior bajo el camisón blanco, Raquelita se hallaba muy silenciosa en su cuarto, mientras mi ropa se secaba junto a ella, ¡seguramente

ya estaría seca! Me puse de pie con un salto y en ese momento salió de mí un suspiro de alivio. Vi el sillón donde había permanecido ¿cuánto tiempo?, ¿qué horas serán?, pensé, con la resolución de jamás volver a sentarme allí.

Caminé con pasos firmes a la recámara de Raquelita, pero me detuve titubeante en su puerta. Para mi sorpresa planché mi oído en la madera, con el corazón en plena taquicardia, seguro de que todo mi rostro estaría blanco, así como mis labios se hallaban agrietados. No se oía nada en el interior de la recámara. Se ha de haber quedado dormida, pensé, y esa idea me indignó. Toqué la puerta con varios golpes secos y los sentí groseros, insolentes, y entonces oí con claridad que el cuerpo de Raquelita se movía sobre la cama y luego su voz, muy débil: quién. Oye, dije, y creía que mis susurros resonaban en la oscuridad del pasillo, yo creo que ya está seca mi ropa, pásamela para poderme ir, ¿no? Raquelita tardó un largo rato en responder. Dijo: ¿me puedes hacer un favor? Su voz se oía bajita, me costaba mucho trabajo escucharla, quizá sí se había dormido. Sí dime, respondí, bajando la voz también. Oye, yo creo que mi mamá no va a regresar, este, ¿no te puedes quedar a dormir aquí? No respondí, porque una voz dentro de mí insistía, con un tono altamente persuasivo: dile que sí pero con ella, en su cama, pero ya Raquelita decía además tendrías que caminar mucho para encontrar un libre, quédate, ¿no?, mañana desayunamos y yo te llevo a la ciudad, a tu casa o a donde quieras, deveras a donde quieras. Bueno, dije después de una pausa. Mira, quédate en el cuarto de huéspedes, ya sabes dónde, allí hay un sofá que si lo abres se hace una cama, ya está tendida y todo. Ya vas, respondí, y me volví a sentir de lo más ridículo. Oye, agregó ella, ¿no tienes hambre? Si quieres les digo a las muchachas que te den de cenar. No gracias, respondí, con el estómago más vacío que nunca, ¿qué horas son?, pregunté. No sé, fíjate, se me paró mi reloj... Su voz se desvaneció, pero yo permanecí con el oído pegado en la puerta un largo rato, sin escuchar nada, más que los gruñidos de mis tripas. De nuevo mis pies se cansaron y caminé, les juro que sintiéndome contento, aliviado, a la recámara de los huéspedes.

Encendí la luz de cuatro focos sólo para buscar alguna lámpara, que encontré sobre un librero apenas poblado por el Libro de Oro de los Niños y el Tesoro de la Juventud. Sobre el sofá seguían las

pantaletas de la mamá de Raquelita y, viéndolas, volví a sentirme confuso, con molestia y desazón, fastidio y miedo a causa del silencio de la casa, todo lo contrario de mi depto, que aun en la madrugada se oyen tranvías, autos y las mentadas de madre de los borrachos cuando la policía los extorsiona. Vamos a ver, Salvador, a ti te está sacando de onda, me dije de pronto, dormirte donde estaba cogiendo la mamá de Raquelita. Resoplé profundamente, escondí las pantaletas tras el Tesoro de la Juventud, encontré el mecanismo del sofá y, en efecto, éste se desdobló hasta convenirse en una cama tendida, con sábanas de rayas rojas. Mi estómago insistía en su vaciedad y con ello me vino una fatiga inmensa, tenía mucho sueño, lo cual era insólito pues acostumbro dormir muy tarde, y aunque en ese momento ignoraba qué hora sería tenía la idea de que aún era, más o menos, temprano. Aflojé las cobijas e incluso me quité la bata, pensando cuán extraño sería dormir completamente desnudo en casa de Raquelita, pero el hambre me obnubilaba. Fui al cuarto de la televisión, ponte la bata no seas gandalla, una criada te va a ver, me decía; encontré el vaso con leche y bebí ávidamente, y en verdad me confortó. Apagué la lámpara de pie y advertí, que, abajo, todo se hallaba oscuro. Ah caray, a lo mejor no es tan temprano: Regresé entonces a la recámara, con paso ligero porque tenía frío, pero descubrí que, fuera del sueño, me sentía bien, confiado, optimista, hasta con ganas de cantar, qué bien me cayó la lechiux, me dije al acostarme. Había dejado la luz encendida. Pendejo. Me levanté para apagarla y en ese instante me sentí pasmosamente bien, lleno de una gran paz aunque en mí reinase el estupor, como si de repente me invadiera la fatiga de muchos días, muchos años, y al fin pudiese descansar. Voy a dormir como tronco, pensé al reacostarme. Mi cuerpo vibraba, hormigueaba, de la cabeza a los pies, y de ellos salía una corriente bienhechora, gratificadora, de energía acumulada que requería salir para que yo me relajara por completo. En segundos la cama se había calentado y mis párpados se cerraban pesadamente, esta vez voy a dormir como nunca, mis ojos llenos de las clásicas arenitas y hasta me vino la asociación mister Sandman bring me a dream, pero cuando finalmente cerré mis párpados, creyendo que en el acto estaría dormido, una vez más renació en mí la pesadez bajo mi estómago y una sensación punzante en el pecho, en verdad me

estaba doliendo el corazón y alcancé a pensar en que cuando se dice que el corazón duele se cae en un lugar común, mas para entonces me daba cuenta de que el lugar común por algo es común: alude a una experiencia terrible que cualquiera puede revivir como la estaba experimentando yo; todo mi cuerpo se incendió y el centro del fuego era mi corazón, que se agrietaba, se hendía; me hallaba respirando con la boca abierta, casi jadeando, y de repente la sensación en el pecho y en el estómago fue tan fuerte, tan incontrolable, la oscuridad de mis ojos cerrados se hizo tan pesada e inhóspita, un negro efervescente, que me llené de terror y tuve que ponerme de pie con un salto.

Permanecí allí unos instantes, con mis ojos salvajes perdiéndose en la oscuridad del cuarto, el frío lacerando mi piel, qué me pasa, estoy loco o qué, alcancé a pensar y, cuando el frío era más terrible que nunca, un frío irracional que me hacía temblar y castañetear mis dientes, volvió a acometerme un cansancio sin límites, una fatiga inmisericorde que venció a mis párpados y desplomó mi cuerpo; mis piernas, en verdad, temblaban y se tambaleaban; me hallaba a punto de caer y, sin poder pensar más, toda mi cabeza una revoltura total, vencí el miedo, volví a meterme en la cama y cerré los ojos.

Pero casi al instante renació en mí, con más fuerza, la sensación de que me incendiaba, una succión poderosísima me atraía hacia mi interior, toda mi mente en efervescencia, movimiento en hervor, con rastros de luz en agitación total, una fuerza atrayéndome, jalándome con velocidad indescriptible; en mi pecho el dolor era punzante, ardiente; incluso sentí que estaba oliendo a quemado, olor de carne humana chamuscándose, y con eso, el terror: en ese momento me hallaba completamente empavorecido y tuve que abrir los ojos, para recordar que estaba en un cuarto como cualquiera. Con los ojos abiertos me sentí un poco mejor pero no se iba la pesadez de mi estómago, como si hubiese un yunque ardiente sobre mi ombligo; y el dolor de mi pecho, en mi corazón, era cíclico: empezaba con una gran lentitud, todo el interior de mi pecho iba ensanchándose, exaltándose, crecía hasta que lo punzante era tan violento que sólo podía pensar en agujas muy finas penetrando con un movimiento oscilatorio, ése era el cenit y tenía que morder mis labios; después el dolor aminoraba, disminuía hasta

llegar a su nadir, sin desvanecerse del todo, y entonces recomenzaba. Así permanecí una infinidad de tiempo, el cuerpo rígido, tieso, como cadáver, las manos a los lados, pues si las colocaba sobre mi estómago o sobre el pecho la presión ardiente aumentaba, y si las ponía sobre mi sexo lo descubría encogido, escondido, y me venía un dolor terrible, como si alguien apretara, triturara, mis testículos, y la sensación era tan fuerte que me daban ganas de gritar. Ignoro cuánto tiempo permanecí así, febril, con los ires y venires del dolor, con los ojos abiertos, pues si los cerraba ocurría la succión terrible en mi mente y el olor a quemado, y tenía que abrirlos, lleno de horror, con ideas fugaces de que me había enfermado y que me ocurría una extraña fiebre helada, hasta que mis ojos, incapaces de permanecer abiertos todo el tiempo a causa de la extrema pesadez en los párpados, sucumbían, y entonces ya podía soportar la succión y la sensación de calcinamiento. Casi no pensaba, todo era un sopor tremendo, y cuando abría los ojos era igual que cuando los tenía cerrados: la oscuridad en efervescencia; no distinguía nada, ya me dormí, me llegaba la idea, y estoy soñando todo esto. Pero podía abrir los ojos y eso me hacía pensar: estoy despierto, y entonces los volvía a cerrar.

Entonces oí que la puerta se abría, con lentitud ominosa, y pelé los ojos, más aterrado que nunca: vi una figura vestida de blanco, esto es un sueño un sueño, y cerré los ojos, pero los abrí al sentir una presencia junto a mí: vi a Raquelita; se había sentado en la cama y me agitaba un hombro suavemente. Traté de enfocarla, pero no la distinguí bien, su figura reverberaba, entonces sí estoy soñando. Salvador Salvador, decía, y yo trataba de verla pero su rostro se difuminaba en el contorno. Salvador, decía, perdóname, pero acabo de tener un sueño que tengo que contarte, pero no no, me decía yo, el que está soñando soy yo, es un sueño que ya he tenido antes, continuó Raquelita, pero nunca había terminado como hoy y nunca me había puesto tan mal. Ajajá, consideré, nebulosamente, estoy soñando que ella me cuenta un sueño. Vi el resplandor blanquecino que me impedía precisar sus facciones, estaba casi temblando, busqué su mano y la oprimí al sentirla muy fría. Soñé que iba caminando por un campo maravilloso, bañado de sol, con una vegetación que desparramaba luz, y de repente todo se fue llenando de una niebla enorme a mis espaldas, yo descendía una

pendiente muy pronunciada y entonces todo era oscuro porque ya estaba muy abajo. Allí encontré a un hombre, creo que eras tú o era Ernesto, pero otras veces eran otros, y el hombre me desnudaba y me hacía el amor, era delicioso, pero al terminar quien me abrazaba era una mujer de cara muy delgada, en blanco y negro, y ella era muy morena, esa mujer tenía un puñal en la mano, se desprendía de mí, me miraba y yo sabía que iba a enterrar su puñal en mi pecho pero no hacía nada, sólo la miraba, pasmada, y ella estaba junto a mí, con el puñal en lo alto, y entonces aparecía la figura de mi padre, lleno de luz, con los brazos extendidos y el pecho lleno de heridas que sangraban, y él me gritaba ¡cuidado!, y entonces la mujer descargaba el golpe pero yo alcancé a esquivarla y empecé a luchar con ella, le daba mordiscos, golpes, caíamos en el suelo y nos desgreñábamos como locas y peleábamos y peleábamos hasta que yo la vencía y ella me miraba intensamente, con odio, tan intenso me miraba que su cara empezaba a reverberar, a deshacerse, y entonces todo cambiaba y yo andaba en un lugar muy alto, era una montaña con el aire muy enrarecido y era tan inclinada que tuve que apoyarme en unas ramas y en los troncos de unos árboles flacos, fríos, húmedos, todo el suelo también estaba húmedo, muy resbaloso, y era de noche y estaba nublado, había una luz muy rara, verdosa, y entonces veía que allí había mucha gente que no se resbalaba, esa gente hacía un círculo y dentro del círculo estaba yo, con un camisón blanco y un resplandor blanco a lo largo de mi cuerpo, ¡pero yo también estaba agarrada a unas ramas, viéndome a mí misma!, ¡y también estaba viéndome agarrada a las ramas!, y yo pensaba no puede ser, esto es tan terrible, tan horrible, que tengo que estar soñando..., por lo general allí despertaba yo, asustadísima, pero esta vez vi que todo se oscurecía y después me despertaba poco a poco, estirándome, como siempre, pensando ¡qué bueno que desperté de la pesadilla de siempre!, pero entonces vi que no estaba en mi cama, había despertado en la misma montaña, de noche, la misma luz verdosa, y la sola idea de despertar en el mismo sueño me hizo estremecer, pero entonces vi que, aunque era de noche, allí estaba el sol, un sol muy grande, muy rojo, tan rojo que parecía que iba a gotear, y ya se iba a poner, pero no se llegaba a poner, de repente se detenía cuando tocaba el horizonte y se expandía, crecía, se hinchó tanto que la montaña donde estaba yo empezó a temblar,

a llenarse de tanta luz roja que me dolía el corazón, y cuando creí que iba a desfallecer allí, abrasada por la luz rojiza y por unos latidos que sonaban tremendos, apareció un hombre que llegó hasta mí, ahora todo estaba oscuro y hacía mucho frío, el sol desapareció, y el hombre estaba de espaldas, y todo era oscuro pero en él había mucha luz, muchísima, y entonces se volvió a mí y vi que ese hombre era lo más bello, lo más divino que haya visto jamás, era rubio y su mirada era terrible, pavorosa, muy dura, tanto que me inmovilizaba allí, me hipnotizaba, el hombre se acercó y yo sin poderme mover, y cuando estuvo frente a mí me señaló con el índice hacia su estómago, y así pude dejar de ver sus ojos hermosos y duros, porque él me ordenaba que viera su estómago: el ombligo del hombre se fue abriendo hasta hacerse un agujero, totalmente negro pero con estrellitas en el fondo; volví a mirar la cara del hombre pero él volvió a ordenarme, con su índice muy erguido, con un movimiento muy duro *que no dejara de ver su estómago*, el agujero se había hecho un poco más grande y entonces supe que el índice no me indicaba que viera allí, *sino que me metiera en el agujero*, y aunque en el agujero había estrellitas yo sabía que era como una boca y que me iba a tragar, a triturar, y me puse a llorar, y el hombre seguía señalándome hacia el hoyo negrísimo de su estómago y yo pensaba, llena de lágrimas, si el es tan hermoso por qué me tengo que meter allí, yo hubiera querido casarme con él, tener hijos con él, pero cuando pensaba eso ya me estaba haciendo chiquita, cada vez más chiquita, mi cuerpo se encogía con rapidez, como para que cupiera bien dentro de él, y en ese momento, desperté.

Raquelita estaba helada, su mano sudaba profusamente, y yo mismo sudaba también, pero no podía pensar, en la pesadez de mi menté sólo me obsesionaba ver a Raquelita con un resplandor tenue, blanquecino, en todo su derredor. Entonces ella me soltó la mano, se acercó a mí, me besó y sus labios fueron fríos y secos. Yo caí pesadamente en la cama, retorciéndome, ardiendo. Raquelita ya no se encontraba junto a mí, se había ido, y yo me hallaba tan aletargado que no la vi irse. Permanecí viendo la oscuridad, llena de poros de luz tenue, sin poder articular un solo pensamiento, muy agotado, desgastado, la primera idea que me vino fue estás soñando, estas dormido, pero tenía los ojos abiertos y quizá si

estaba despierto o semidespierto, toda mi cabeza era brumosa, pesada, y sólo pendulaba la idea dormido, despierto, dormido, despierto, y tenía imágenes borrosas, Ernesto con el pelo rubio, me daba una cajita, ¡y, yo sabía lo que contenía la cajita!, y otras imágenes borrosas, imprecisables; me estaba desgastando, iba a acabar escurriendo por la cama. Pero entonces volví a abrir los ojos, espantado, con una sensación fulminante, y supe que, en ese momento, me hallaba perfectamente despierto, lúcido. ¡Todo era un sueño!, pensé, pero no estaba tan seguro porque ya me hallaba en pie, me ponía la bata del papá de Raquelita a toda velocidad y corría con fuerza, con desesperación, sin saber por qué, a la recámara de Raquelita. Abrí la puerta de un golpe y alcancé a ver a Raquelita: pálida, cerúlea, sin sangre casi, un resplandor blanquecino en derredor suyo y una pistola amartillada en su sien.

El hombre camina en la cola del tigre

Salvador repartió billetes y logró franquear los hoy no es día de visita su pelo está muy largo no se puede entrar con botas el azul de su pantalón se parece al reglamentario aunque sea vaquero esta foto de esta cartilla no se parece a lo mejor ni es usted con llaves no puede pasar y menos con dinero preste y qué es eso que trae ahí pues tampoco los libros pasan lo que pasa es que usted no agarra la onda eso es joven aquí hay que ponerse guapo pásale es por allá.

Camino hacia el redondel, una vez más controlando el frío en el estómago que le producía encontrarse dentro de ese edificio viejo, resquebrajado, lleno de suciedad y miseria, sin atender a las miradas de los presos, fijas en él, tratando de extraer de él un aire del exterior del penal, un respiro del parque enfrentado a Lecumberri. Un cualquier-cualquier, ¿no?, pedían.

Salvador mostró su ficha metálica en la entrada del redondel y evitó, sin explicárselo, mirar la estructura metálica de rabioso color anaranjado: allí muchos policías caminaban bajo la torre circular que se elevaba más de veinte metros. Cuánta gente en el redondel, bajo el sol luminoso de verano, algunos con prisa, otros con un caminar lento, apesadumbrado, policías que miraban a Salvador con la misma codicia que los reclusos, y la luz del día haciendo más patente la mugre de años del penal, el aire enrarecido, el cielo que

aun los pájaros y los aviones evitaban.

Salvador ya se hallaba frente a la reja doble de metal azul, de tiras paralelas que lucían, en lo alto, una gran letra F, arriba aun del grupo de presos sin camisa, morenos, quienes tomaban el sol encaramados en el puente. Mostró su ficha al vigilante y después al preso que hacía de portero. ¿A quién visitas ñero?, presta, ¿no? Salvador le regaló su cajetilla de cigarros. ¡Ernesto Arévalo tiene visita, Ernesto Arévalo tiene visita!, se oyó en los altavoces y el anuncio interrumpió una melodía de aire suave, en inglés. Salvador rehuyó una vez más las miradas de los presos que deambulaban sin rumbo por el patio y tomó asiento en una banca, bajo el sol caliente del mediodía, cerrándose a la avalancha de ruidos que pugnaban por penetrar en él para confundirse con su sensación desolada, inevitable, pensó Salvador, este lugar deprime a cualquiera, es como una vecindad, ¡pero qué vecindad!

Salvador sonrió cuando vio que Ernesto salía apresuradamente de su celda, esta vez sí oyó que lo llamaban, ¿no?, corría hacia la puerta, buscando, abotonando su chaquetín, y cuando llegó una gran desilusión se transformó en recelo y desconfianza al reconocer a Salvador, quien ya avanzaba hacia él sonriendo.

—Quihubo —dijo Ernesto, sin tender la mano, oloroso a loción. No invitó a Salvador a pasar a la celda, como la vez anterior, sino que entraron en un pequeño cuarto que hacía de restorán: mesas y sillas con letreros de la pepsicola, algunos presos hablaban en voz muy baja con sus visitas sin volverse hacia los demás. Pidieron unos cafés y Salvador entregó a Ernesto el regalo que le llevaba: una cajita cuadrangular atada con un cordel. Ernesto se desconcertó vivamente, en ese momento perdió su aire de superioridad, se demudó, miró con fijeza la caja, sin abrirla, inmerso en algo que luchaba por hacerse presente en su memoria pero que nunca llegó, pues al poco rato Ernesto recuperó su rictus de fastidio, que se acentuó aún más al ver que Salvador sonreía. Ernesto procedió a desatar, con premura y nerviosidad, los cordeles de la caja. Sus movimientos resultaron tan agitados, en contraste con la expresión de su rostro, que no pudo deshacer el nudo. Entonces en sus ojos brilló un destello que lo obligó a entrecerrar los ojos y a suprimir una sonrisa maliciosa que estuvo a punto de dibujarse en sus labios. Alzó el pecho ostensiblemente, metió su mano bajo el chaquetín y

extrajo un fierro gris, casi negro, muy afilado, que Ernesto lució unos segundos con despreocupación, casi con orgullo, ante los ojos de Salvador. Salvador se echó involuntariamente hacia atrás, Dios mío, qué cuchillote, alcanzó a pensar mientras intentaba una sonrisa despreocupada. Ernesto cortó el cordel, guardó la punta con calma bajo su chaquetín y abrió la caja. Pero su rostro se desconcertó de nuevo al ver, dentro, un libro encuadernado en tela amarilla.

—¿Y esto? —preguntó Ernesto, sin reprimir un aire de molestia.

—Pues es un regalo —dijo Salvador, despacio, con calma—, a ver si te sirve.

Ernesto sonrió de lado, con desprecio, sin tratar de ocultarlo, y volvió a taparla caja. La colocó en la mesa y luego la hizo a un lado.

—Tú y tus pinches ondas —dijo.

—Qué ondas.

—Ps este libro, me lo sé de memoria, yo creí que traías otro patín.

—¿Un pastelito? —propuso Salvador, bebiendo el café, mirando a Ernesto por encima de la taza...

Ernesto, muy serio, miró largamente a Salvador y, después de un rato en que se vieron los ojos, optó por reír.

—Ps un pastelito siempre cae de pocas.

Después guardaron silencio, bebieron sus cafés sin mirarse pero sin atender tampoco a las conversaciones, las carcajadas abruptas que llegaron del patio y la música en los altavoces, que para entonces se había convertido en un rock violento.

Salvador creyó observar que a Ernesto, aunque procuraba no reflejarlo, cada instante lo agitaba más el hecho de que él permaneciese en silencio, sin moverse siquiera y, al parecer, sin preocuparse por eso. Ah pa pinche visita, creyó Salvador que Ernesto pensaba, llega, me da su pinche libro mamerto, que seguro es el que él ha utilizado siempre porque ni nuevo está, y luego se queda calladote, como si no estuviera en la cárcel; conmigo, carajo.

Terminaron los cafés. Salvador se puso de pie, pagó y, sin decirse nada, viéndose de reojo, midiéndose, calculándose, Ernesto y él salieron al patio, donde el sol continuaba brillando con fuerza. Ernesto, pensó Salvador, estuvo a punto de decir bueno qué cabrón, si no dices nada ya lárgate, ¿no?, pero algo lo hizo contenerse,

quizás un impulso irrefrenable, y en vez de eso Ernesto se dio cuenta con disgusto de que estaban dirigiéndose a su celda.

Entraron en ella y Ernesto fue llenándose de un furor sordo, de una ira creciente que lo obligó a tirarse en su camastro, casi rebotó en los colchones, sin preocuparse por Salvador. Éste cerró la puerta, preguntándose por qué lo hacía, y un ligero estremecimiento le hizo patente la ausencia de la luz brillante del sol y después la luz pálida, sórdida, pensó Salvador, de la celda. Vio con detenimiento los pósters, los barquitos de hueso amarillento, las velas rojas, y tomó asiento en una silla junto a la parrilla eléctrica.

Exactamente donde se sentó Raquelita el otro día, pensó Ernesto, mirando con odio la aparente serenidad de Salvador, quien, qué hijo de la chingada, ni me pela, hojeaba unas revistas que encontró sobre la mesa.

—Qué te parece mi celda, cuate —dijo Ernesto, casi con rabia, conteniéndose—, no está mal, ¿ verdad?, digo, no es una suit del Hilton pero pa como están las cosas aquí dentro yo estoy de pocas, ¿no? —Salvador alzó la vista y vio, con atención, a Ernesto, quien sonreía con desprecio mientras señalaba el brazalete de su chaquetín—. Mira buey, soy comando y no pagué ni un clavo, y esta celda cuesta un milagro al mes, maese, pero no hay pedo, saco eso y más —Salvador escuchaba atentamente, como si Ernesto le estuviese dando informes acerca de la salud de sus padres—. Si fueras machín no sólo te invitaría un toque sino que hasta te podría regalar un huato pa que te agasajaras allá afuera, pero como eres fresa tú te lo pierdes.

Salvador asintió, cortés, sin dejar de mirar a Ernesto, quien se molestó vivamente.

—Aquí hay de todano, maese, digo, pal que se pone abusado, y tu charro es désos. Los mismos tecos me traen ropa nuevecita de afuera, mira, puro topeka, y me la llevan a la tintorería, siempre tengo la ropa al tiro.

—Ah —dijo finalmente Salvador—. Antes no te preocupabas tanto por traer la ropa sacada de la tintorería.

—Pos sí cabrón, pero es que antes de dónde sacaba pa la tintorería, o garras que aguantara llevar a la tintorería, nomás andaba de jipi mendigo, sólo me agasajaba cuando hacía un buen conecte con algún gabacho barco. Aquí, maestro, digo, si tengo a mi

disposición muchas ondas efectivas pos les llego, ¿no?, sería un menso si no, ¿no?

—Antes decías que la onda no está en la ropa ni en/

—Tengo derecho de llegarle al vapor —interrumpió Ernesto con una mirada destelleante, fumando un cigarro con intensidad—, además, le llego yo solo, sin que estén los demás mugrosos conmigo, y como en el restorán, nada más en los pinches primeros días le llegué al rancho, ahora puro filete, hijo, o bistecs de perdis, y me traen los playboys y los penthouses, hijo, y buenas locionzucas: ahorita tengo una brut y un english leather y un chanel cinco, y todos los días me bolean los cacles, y la bola de nacos se me cuadra, agarra ese patín —concluyó Ernesto con un regocijo salvaje, los ojos entrecerrados, chisporroteando como el cigarro que tenía en la mano.

—¿Y cómo le hiciste Ernesto? —preguntó Salvador sin perder su tono cortés, atento.

—Carajo, creí que nunca me ibas a preguntar. Pos mira, llegando al tebo, digo, aquí a la Efe porque en Turno sí me fue como en feria, ah, pues aquí resultó que el primer oficial era un cuate al que afuera yo le había conectado los huatísimos, ves, y él me pasó la onda —Ernesto había encendido otro cigarro, con aire gozoso, al ver que Salvador no lo perdía de vista; pobre pendejo Salvador, pensó—, mi cuate le dijo al mayor de la crujía que yo era su cuate y me abrieron crédito, porque yo les dije que me iban a traer una buena luz, porque yo creí que la pinche María no me iba a dejar morir de a soledad —los ojos de Ernesto se apagaron, su boca se torció y volvió a él el aire despreciativo—, pero la méndiga María nunca vino, vieja ojete, ojalá que se pudra en la mochez, y yo pues me tuve que aligerar a la de hueso: mi cuate me explicó cómo bajarles los centavos a los que acababan de llegar, porque todo el que llega llega cagándose de miedo y hasta te dan las nalgas con tal de salir de líos, a esos bueyes les atracábamos su lanita nomás con mirarlos, no había ni que sacar las puntas, y les caíamos los domingos, cuando los dejaban cargados sus visitas —Ernesto se endureció al ver que Salvador, aunque lo seguía mirando, empezaba a removerse en su silla—, pos sólo así la pude hacer y qué, quién manda a esos bueyes ser pendejos, ¿no?, y después me comisionaron para llevar al personal al campo deportivo y ahí me

di cuenta de que unos monos vendían grifa a los de las demás crujías, porque nos juntábamos en el campo un chorro de crujías, una vez hasta hubo una batalla campal en la que hasta los vigilantes se escondieron, bueno, esos monitos creyeron que yo le iba a entrar a su banda, porque yo como que les decía que sí, ¿no?, entonces me dijeron que si no le entraba a su onda para que yo vendiera mota aquí en la Efe, pero yo de pendejo le entraba, porque ya sabía que aquí en la Efe la mafia está cabrona y si les haces competencia te dan tus piquetes en las nalgas. Lo que hice —agregó Ernesto con una risita maliciosa, sus ojos bien fijos en la palidez de Salvador— fue decirle al mayor lo que se traían esos cuates. Puta, el pinche mayor se aceleró gacho, en tres patadas ya sabía dónde conectaban la grifa esos ojetes y a los tres días, me cae, a esos bueyecitos ya les habían puesto una madriza y los habían mandado al apando, y el mayor se quedó con el huato, un huatote que tenían, un madral de yesca y teca y pastas y coca que sacaban de la Be, y ps a huevo que a partir de ahí el mayor era mi valeco, nhombre, estaban retecontentos conmigo, por eso me dieron esta comisión donde nomás la engordo y me dieron champú de entrarle al bis, me pusieron a mis órdenes a unos petroleros para que ellos se chingaran vendiéndoles a los nacos y aquí tu charro nomás diciendo chínguele aquí chínguele allá —los ojos de Ernesto brillaban con gusto increíble al ver que Salvador seguía muy pálido, muy tieso en su silla— y ps a huevo que me puse a caciquear la moronga, fíjate, a mí me mandaban unos huatos de por sí ya caciqueados para sacar cien motas y nosotros sacábamos trescientas y pacántaros las buenas colas, el polvorón pa los petroleros y el pasto pa los nuevos, ah, porque aquí en la Efe ha caído mucho nuevo, de la onda, dizque muy jipis, ya viste cómo tienen pintada la fuente y las puertas y que siempre se oye rockcito, y esos cuates como veían que soy chavo y la greña y el rock y los pósters y la astrología y las enseñanzas de don Juan y el verbo ondero y esas mamadas, ps los pendejos me agarraban mucha más confianza que a los rucos petroleros de la vieja guardia que te dicen grifa y no mostaza, *y yo* hasta me echaba mis aceites con los chavos, porque aquí también rola la mesca y los ácidos, pero esas ondas no se venden, y bueno, los chavitos jipis no se daban color de que yo se las estaba dejando ir más gacho, tú sabes, así es la onda, ¿me lo crees?, créemelo. Total, pa no hacerte

el cuento largo, carnal, al poco rato el mayor me dio chance de llegarle a los conectes gruesos de coca, en los otros dormitorios, y me invitó a jugar pócar con el jefe de vigilancia, y ahí me tienes en las fiestas de la Be con puro coñac y viejas y de tocho, tú sabes, y de ahí pal real la pura lux, cuarto pa mí solo, droga sin caciquear, reventones precisos con los jefes, mi televisión, y ora salgo cuando quiero a donde quiero y como quiero, para eso soy jefe, y hasta los tenientes del rondín se me cuadran, échate ese trompo a la uña, mi querido pendejo, ¿cómo la ves?

Ernesto sonrió, con los ojos entrecerrados, gozando al ver a Salvador, pálido, quien tomó aire para controlar su agitación interior hasta que obtuvo que su voz saliera tranquila:

—Pues muy mal, cómo quieres que la vea, cada vez te sumes más en la mierda.

—¡Ay hijo de tu pinche madre! —exclamó Ernesto, incorporándose, con la cara roja y tensas las venas del cuello —¡Ya sabía que me ibas a salir con una de tus mamadas!

—Si ya sabías para qué me platicas todo eso.

—Nomás para ver qué cara hacías, nomás para ver tus gestitos...

—¿Sí? —dijo Salvador, apretando sus músculos—, yo también ya sabía que para eso me lo decías, ya te conozco.

—Carajo, qué chingón te sientes, te las sabes de todas todas, el Pinche Sabio Salvador, el Don Chinguetas, pero ¿Sabes qué?, eres puto, hijo, eres puto y lo sabes, si tú estuvieras aquí harías lo mismo, lo mismito, me cae y no andarías de santurrón mamerto. ¿Y sabes qué? Te da envidia, culero, te da envidia, porque tú allá afuera con todo y tus mamonadas estás más jodido que yo aquí dentro.

—No sabes lo que dices, Ernesto, estás diciendo puras incoherencias —dijo Salvador, una vez más pálido, preocupado, molesto, con ganas de estrellar los barquitos de hueso amarillento en la cara de Ernesto.

—¿No, no? Desde antes me tenías envidia, cabrón, la Pura Envidia, te cagaba que yo me ligara las nenas más efectivas y que la rolara más libre y más a toda madre que tú con tus ondas de yo-sí-estoy-en la-onda-pero-las-drogas-no, por eso me azotabas, para aventarme tu viaje, tu karma/

—No, eso no es cierto —replicó Salvador muy tenso en su silla

—, estás delirando, Ernesto.

—¿Ah te cae?, mira, te morías de ganas de darte un touch, un buen atacón, para no azotarte tanto, porque tú, sin mota, te azotas más que todos los macizos tragándose todos los hongos de Huautla, pero me cae que nunca te diste el toque nomás porque te lo invitaba yo, y cómo ibas a hacer algo que yo te decía, aunque fuera por tu bien, si tú siempre te has creído más chinguetas que yo, que todos. Te crees muy jodidor y eres puro pendejo, por eso no la haces con ninguna chava, por eso ni siquiera tienes lana, por eso ni siquiera estás tranquilo con tus ondas santurronas, te azotas más gacho que yo aquí dentro en la cárcel, y eso que tú estás afuera, ¿no?, pero no agarras ninguna onda, mira buey, tú estás más preso afuera que yo adentro, y desde que yo entré en la macicez tú te azotaste conmigo por no azotarte contigo, porque cuando menos yo estaba agarrando una onda, chance una onda que no, pero tú nomás ni ésa, puras medias tintas, ni santo ni pecador, puro pendejo, por eso te decía que tú sí estabas bien lejos de la verdadera realidad y yo sí estaba cerca, porque yo sí agarré la onda.

—Mira nada más qué onda agarraste —exclamó Salvador, sus ojos empequeñecidos, un destello en lo más profundo de su mirada, las venas tensas en su cuello, la cara llena de sangre—, ésa no es la onda, eso es andar de padrote, dizque mucho amor y paz y en el fondo eres más gandalla que los gandallas, eres puro hipócrita, según tú muy jipi y de jipi no tienes nada, ¿sabes quién sí era jipi?, el gringo que no se ligó a María y que se azotó contigo cuando viajaron juntos, hasta el Viruta era más jipi que tú, y todos los chavos que vienen aquí y confían en ti y a los que tú robas.

—Yo no me los chingo, hijo, ellos se chingan solos, están pagando su karma y yo el mío, todos los caminos llegan a lo mismo, pero esos pendejos creen que tienen que ser muy santurrones, tienen que ser los gurús, son como tú, nomás que ellos sí atizan, tú mota no, tú mucho yoga, muy vegetariano, muy cristiano, muy budista, muy intelectual, mucho I Ching y la chingada, yo en cambio estoy viviendo hasta el fondo, aunque sea hasta el fondo de la mierda pero hasta el fondo, y quién sabe en qué momento la mierda en la que estoy metido se convierta en oro, hasta los cristianos lo dicen, en el juicio final no va a estar un arcángel ala diestra de Dios sino el mismísimo maestro Lucifer, así es que yo no

robé a nadie, agarra tu onda, ellos se chingaron solitos, cada quien su karma, quién les manda apendejarse, aquí no es igual que afuera, o sí, sí es igual que afuera, pero aquí es mucho más grueso, y no te *puedes* andar con medias tintas.

—Fíjate nada más —dijo Salvador, muy pálido todavía, tieso en su silla—, hasta ahora me doy cuenta de cómo te justificas, estás gruesísimo, y ¿sabes por qué?, porque en el fondo te equivocas, sí es cierto que estás en la cárcel, y que aquí es igual que afuera, pero al mismo tiempo no es igual, si no no querrías salir, aquí nomás te sale la soberbia, te sientes Lucifer y eres un pobre diablito, tú estás más a medias tintas que yo, tú eres el que me tiene envidia.

—¿Yo? ¿Envidia *a ti*? ¡Estás loco! —gritó Ernesto—, yo voy a salir en dos meses, ya tengo comprados a los juzgados y se cuadran porque les paso la lux, with money dances the dog, y esos bueyes del juzgado, igual que los policías, son mas rateros que todos los rateros que están aquí, nomás que son rateros dizque respetables, me cae, están más jodidos que yo, y *yo voy* a salir en dos meses y conste que me embarcaron con cincuenta kilates de moronga, cuando llegué todo mundo me aventaba la paranoia de que hasta seis años me iban a echar, que ni fianza me iba a tocar, y ora voy a salir en la apelación, porque yo sé a quiénes hay que repartirles la luz y a quiénes no —Ernesto vio que Salvador sonreía y se desconcertó, se indignó más—. ¡Además voy a salir plateado, Salvador, y tú en cambio vas a seguir igual de jodido y miserable, me vas a pedir dinero prestado, como antes, y yo te voy a prestar unos cuantos chuchos porque no sabrías qué hacer con mucha lana! —Salvador sonreía más abiertamente, casi reía, y Ernesto volvió a sepultar su desconcierto con una ira que salía a gritos—, ¡vas a estar como el perro de la carnicería, viendo la carne y lamiéndote el chile!, ¡y no salgas con que el dinero no te interesa porque sí te interesa!, si no te interesa, ¿por qué pides prestado?, cómo no, a todo el mundo le interesa, porque todos quieren estar baleados y pasarla de pocas —Ernesto se interrumpió al ver que Salvador reía con fuerza, y su risa era auténtica—. ¿De qué te ríes, buey? ¿De qué te ríes? ¡No te rías porque te rompo la madre!

Salvador reía, regocijado, desde adentro, y Ernesto estaba seguro de que esa risa era genuina, ¿qué pasó?, se preguntó, ¿qué pasó?, se volvió loco el hijo de la chingada, está bien loco, siempre ha estado

bien loco, y ese pensamiento, unido a la risa de Salvador, hería profundamente a Ernesto, se colaba en él como un punzón en sus sienes.

—¡No te rías, deveras no te rías!

—Sí me río, cómo no —dijo Salvador, pero dejó de reír, sólo sonrió—, es de lo más fácil sacarte de onda, me río para sacarte de onda, porque ya estás casi loco, Ernesto, pasas de una cosa a otra y ni cuenta te das, y porque hasta ahorita me di cuenta de que dices que vas a salir en dos meses y la verdad es que estás aterrado, maestro, tienes pánico de quedarte seis años aquí, buceando en el tanque grande, seis años atracando y mandando tu ropita a la tintorería, ¡seis años, Ernesto, y yo viniéndote a visitar!

Ernesto se había puesto de pie. Se hallaba rabioso porque no comprendía, todo había estado muy bien pero de repente algo ocurrió y él no se dio cuenta, y Salvador sí lo había advertido, él sí se dio cuenta, hijo de su puta madre, se dio color y yo no, y por eso se rio con ganas, sin fingir, qué desgraciado, pensó Ernesto, qué infeliz, nomás vino a sacarme de onda, pero de repente le entró la duda.

—A qué viniste, Salvador, a qué viniste? ¿Nomás a cotorrearme? A divertirte al ver al mono en su jaula? ¡Dime a qué viniste, pero dime la neta!

—Vine a traerte una cajita —dijo Salvador, sonriendo.

—¡No digas pendejadas! —chilló Ernesto—, ¡dime a qué viniste o me cae que te mato!

Salvador dejó de sonreír. Vio los ojos de Ernesto y se asustó.Volvió a palidecer. No supo qué pensar y apenas pudo sorprenderse cuando se oyó decir:

—No te estoy cotorreando, Ernesto, te estoy diciendo la verdad. Vine porque eres mi amigo, el único cuate que he tenido, el único, por eso vine.

—¡Cuates los huevos y no se hablan! ¡Tú de cuate no tienes nada! Yo llevo aquí seis meses y hasta ahora te apareces, cabrón, ¡si deveras fueras mi amigo hubieras venido desde antes! —Salvador se quedó callado, pensativo, lleno de temor—, ¿crees que nunca pensé que deberías venir? Me habría alivianado mucho si hubieras venido antes, pero tú y la pinche María se desaparecieron, ¡por eso los odio! ¡Me cae que los odio a los dos!

—De cualquier manera vine, ¿no? Eso es lo importante.

—¡Sí, cabrón, pero vienes a seguirme azotando! ¡Igual que siempre! ¡A echarme tus sermones!

—¿Cuáles sermones? Se te va la onda, Ernesto.

—¡Pero no te solidarizas! —gritó Ernesto, casi llorando, furioso porque no se podía contener, porque de su interior salían cosas que no quería decir—, ¡no tratas de entenderme! ¡Te estoy diciendo cuál es mi rollo y tú te cagas de la risa!

—Uh, si ni siquiera me puedo reír estamos muy mal —dijo Salvador, despacio, casi para sí mismo, asustado—, tú no quieres amigos Ernesto, tú quieres quién te dé por tu lado —agregó Salvador, casi susurrando y tuvo que morderse los labios para no hablar más, porque el sudor en sus manos le indicaba que se hallaba diciendo lo que no debía, que se estaba dejando ir.

—¡No, cabrón, yo quiero solidaridad! ¡Yo estoy preso, aquí encerrado! —chilló Ernesto, más furioso que nunca porque se sentía arder, sus manos sudaban, en su garganta había un estrépito de emociones que luchaban por vertirse—, ¡ni siquiera sé lo que es oír el ruido del tráfico! ¡A lo mejor no salgo en años! —Ernesto quería taparse la boca, se odiaba intensamente—, ¡tú no sabes lo que es estar aquí encerrado, aquí se te caen los calzones! ¡Estás que te vuelves loco en cada momento, con los nervios a punto de explotar, siempre a punto de ir a dar al Siquiátrico! ¡Sin nadie con quién hablar! ¡Con los huevos en la garganta porque cualquiera puede llegar y darte en la madre cuando menos te lo esperas, por detrás, un madrazo por detrás, y ahí quedaste, ya valiste! ¡Y tú vienes a los seis meses! ¡Tan tranquilo, más santurrón que nunca, y además te cagas de la risa y me ves como animal raro, soy una curiosidad para ti, el changuito encerrado en su pinche jaula del que te puedes reír! ¡Maldito seas! ¡Mira lo que hago con tu pinche regalo!

Ernesto arrebató la caja de la mesa y la tiró en el suelo con todas sus fuerzas. La caja se abrió y el libro de cubiertas amarillas rodó hasta que se detuvo abierto en un rincón de la celda. Ernesto corrió a él y le dio de puntapiés, jadeando, sollozando; después se detuvo y apoyó una mano en la pared, viendo el libro, mientras su cabeza trabajaba con celeridad; finalmente sacó el fierro puntiagudo de entre sus ropas y lo tiró en el suelo, llorando sin poder contenerse; después, con los ojos humedecidos, destelleantes, llenos de rabia, se

volvió hacia Salvador.

—¡No quiero tus regalos! ¡No los quiero!

—Pero no los patees —dijo Salvador. Se hallaba transparente, los labios secos, las manos llenas de agua, muy tenso en su silla—, mejor regálaselo a alguien —agregó, y una vez más se sorprendió al oírse—. A poco también pateaste el pastel que te trajo Raquelita?

Ernesto, febril, con los ojos irritados, se colocó frente a Salvador y le gritó en su cara:

—¡A Raquelita me la cogí, pendejo, eso fue lo que hice con ella! ¡A eso venía! ¡Todos dicen que las da fácil y sí es cierto! ¡La babosa ni siquiera se dio color de cómo se la metía, y además se vino mil veces, mil veces, le gustó, le fascinó, pregúntaselo!

Ernesto advirtió cómo Salvador se iba, cómo se apartaba de él; primero se desconcertó, pero después se llenó de un júbilo salvaje.

—Cámara, mira nada más cómo te pones, ¡nunca me imaginé que estuvieras clavado con esa pinche escuincla! ¡Pues me la cogí, pregúntaselo, pregúntale cuántas veces se vino! —pero Salvador no parecía estar escuchando—, ah, no me crees, pregúntaselo, pendejito, pregúntaselo, ¿y sabes qué?, ¡está de pocas! ¡Está bien buena y se mueve muy bien, te lo digo para que te hagas otra chaqueta a su salud porque tú nunca vas a poder llegarle, eres tan pendejo que se te van todas, en cambio a mí ellas solitas vienen a dármelas en la cárcel!

Salvador respiró profundamente y se descubrió calmado. Vio a Ernesto jadeando frente a él, a centímetros de él.

—¿Sabes quién va a venir a visitarte? —dijo finalmente.

—¿Quién, quién? —preguntó Ernesto, desconcertado, alejándose de la serenidad helada de Salvador.

—*María*. Raquelita la vio y María le prometió que iba a venir a visitarte.

Ernesto miraba a Salvador con los ojos fijos, mortecinos, delirantes, totalmente inmersos en él, como si quisiera descubrir algo.

—¿Por qué me dices eso? ¿Es tu vieja? ¡Si anda contigo te mato! Sí sí, anda contigo y por eso me lo dices, qué culero eres, eres un hijo de tu pinche madre, qué ojete, pues mira, cabroncito, si viene ven tú con ella porque si viene sola me las da, ¡chance hasta si tú vienes en tu pinche nariz te la bajo!

—Yo no ando con María —dijo Salvador, sonriendo—, no la he visto desde hace siglos. La que la vio fue Raquelita, te digo. Pero si viene trátala con cariño, si alguien te viene a visitar es porque te quiere, agarra la onda.

—¡Bueno ya, carajo, no me eches la aburridora, pareces mi papá!

Salvador iba a decir algo pero logró contenerse. Ernesto se había acostado nuevamente, con toda su cara contraída, el entrecejo fruncido, como si estuviera furioso, pero no está, pensó Salvador, ahora sí se le puso buena la situación. Salvador suspiró. Ernesto continuaba absorto, en su cama. Salvador revisó la celda: los barquitos con velas rojas, el tocadiscos portátil, la televisión... Ernesto continuaba sin mirarlo. Qué bárbaro, pensó Salvador, parece que piensa en voz alta, está callado pero qué escandalera se trae... Hasta una televisión se agenció, qué tipo...

En ese momento se escuchó un clarín desafinado y, después, en los altavoces: «La hora de visita ha terminado, la hora de visita ha terminado, todas las visitas favor de pasar a la puerta con su ficha en la mano».

Salvador se puso en pie. Descubrió que en ese momento se hallaba aliviado, incluso de un humor espléndido.

—¿Traes tu ficha? —preguntó Ernesto, quien se había puesto en pie para abrir la puerta. Los dos entrecerraron los ojos al sentir la luz, muy brillante, en el patio y en la pared opuesta.

—Claro, de pendejo la pierdo —dijo Salvador. Ernesto sonrió. Los dos salieron al patio y caminaron hacia la puerta. Toda la crujía se hallaba en movimiento, bajo la luz candente del mediodía. En los altavoces un rock suave fue interrumpido: «Todas las visitas favor de pasar a la puerta con su ficha en la mano». Varios presos acompañaban a sus visitas a la puerta y otros se habían asomado en el barandal, para ver salir a quienes sí podían hacerlo.

—Tienen buenos discos aquí, ¿eh? —comentó Salvador. Ernesto se detuvo. Se hallaba riendo, muy quedito.

—¿A poco no te espantaste, Salvador? ¿A poco no creíste que hasta te iba a matar? No me digas que no.

—No, pos cómo no —concedió Salvador, estirándose—, estás grueso.

Ernesto asintió, satisfecho. Caminaron unos pasos más, hasta la

puerta.

—No se le olvide un cualquier-cualquier para su porterazo —dijo el preso que se hallaba encargado de la reja.

—No le hagas caso —advirtió Ernesto—, después me lo madreo.

El preso sonreía con toda su boca, viéndolos.

—Cuando entré le regalé mi cajetilla de cigarros —aclaró Salvador—. Ya estamos a mano —el preso reía más que nunca, mostraba con orgullo su boca chimuela y las arrugas que trenzaban su rostro.

Salvador iba a decir algo pero finalmente desistió. Sólo estrechó la mano de Ernesto, quien lo miraba fijamente, con un gran vacío en los ojos.

—Bueno —musitó Ernesto—... pues, este, a ver cuándo nos volvemos a ver —agregó.

—La semana próxima —respondió Salvador y salió de la crujía, sin mirar hacia atrás.

El rey se acerca a su templo

Era mi propia casa, mi pequeño y ridículo cuarto de azotea. Aparentemente todo estaba igual: mi catre, el librero hecho con tablas y ladrillos, llenos hasta sus últimos rincones; mi mesa de madera sin pintar ni barnizar con la máquina de escribir, la estufa de dos quemadores junto al bóiler de combustibles. También estaban todos los carteles de mis arquetipos predilectos. Lo único distinto era la luz. Ni en el amanecer más glorioso podía haber tal tono dorado y mucho menos en el centro de la vieja y pervertida ciudad de México, tan llena de humo y cochambre... El color dorado resplandecía por doquier y su brillantez casi cegaba. ¡Qué hermoso se veía! Sobre todo si esa luz bañaba a Raquelita, quien se hallaba desnuda, tendida en mi cama, mirándome sin rubor porque yo también estaba desnudo y con el miembro en erección total, inmenso, hinchado, más grueso y grande que nunca. Así me acercaba a Raquelita y quedaba en pie frente a ella, mirándola. Entonces empezaba a orinar, y la orina era dorada, un chorro interminable que bañaba profusamente todo el cuerpo desnudo de Raquelita, sus ondulaciones exquisitas, que inundaba las sábanas blanquísimas y se escurría en verdaderos arroyos por todo el piso de

concreto...

Desperté, aún con una sensación cosquilleante en el pene. Estaba erecto, pero no era la erección cotidiana del despertar, sino que, a pesar de lo tieso que se hallaba, había complacencia en él como en un gran león que comió hasta saciarse y después se estiró y se tendió a disfrutar del sol.

La sensación era terriblemente agradable, pero la luz, mal filtrada por el simulacro de cortina de la ventana, indicaba que ya pasaban las once del día. Me levanté de un salto y, como era tarde, me di un baño con agua fría que me hizo saltar; cuando me frotaba el cuerpo con vigor, advertí que estaba cantando... Dale sabor a mi vida como un granito de sal... ¿Cuánto tiempo tenía sin cantar en el baño?, me pregunté, sorprendido. Y refrescaba mi alma herida como un sonoro arroyito, arroyito de cristal... *Toda la vida*, pues, hasta donde yo alcanzaba a recordar, jamás había cantado al bañarme, como hacía un tío que siempre me pareció ridículo y envidiable: había algo grotesco, pero también sublime al oírlo berrear canciones de borrachera en la primera mañana. También me di cuenta de que el agua, a pesar de que estaba helada y de que me hacía saltar, me estaba cayendo maravillosamente y era una caricia que penetraba hasta lo más profundo de mi piel, de mi organismo entero, y me regalaba así sensaciones tan placenteras que me obligaba a torcer la cintura, sinuosamente, y a emitir pequeños gritos entusiasmados entre estrofa y estrofa.

Me vestí con rapidez y bajé a la calle. Había prometido llamar a Raquelita. Correo Mayor ya estaba llena de autos y camiones neuróticos que no acababan de bocinar su impaciencia porque el tránsito era lentísimo; la fila de vehículos apenas se movía morosamente bajo ese sol humoso y velado, y se perdía más allá de donde alcanzaba la vista...

Buenos días, anuncié, muy agradado por mi tono de voz seguro y firme; quiero hablar con Raquelita, por favor.

¿Quién habla?, me preguntó una voz femenina que, por fuerza, tenía que ser la mama de Raquelita.

Salvador... Un amigo...

Ah, usted es el joven que vino con ella antier, ¿verdad?, inquirió la voz, con breves titubeos... Me parecía ver a la señora enrollando y desenrollando el cable del teléfono en sus dedos.

Sí, señora.

Ah... Pues Raquelita no está... Salió desde hace un rato.

¿Salió?, repetí, desconcertado, porque jamás pude concebir que Raquelita no estuviera. Por alguna razón me hallaba seguro de que ella estaría sentada junto al teléfono, esperando mi llamada con el corazón palpitante...

Sí, Salvador, no está. ¿Quieres dejarle algún recado?

El hecho de que la mamá de Raquelita hubiera pasado a tutearme con tanta facilidad me alentó y dije:

Bueno, quisiera hablar con ella.

¿Es algo importante?

¿Era algo importante? Hasta ese momento me di cuenta de que me urgía platicar a Raquelita que había visitado a Ernesto en la cárcel, pero, ¿por qué me urgía? Como en un relámpago me llegó la idea de que incluso podría resultar desfavorable hablarle acerca de eso...

Sí sí, me imagino por qué, contestó la señora, con tranquilidad, y eso me puso a pensar qué diablos imaginaría, pero ya me estaba diciendo: mi hija me platicó lo que sucedió...

¿Qué le habrá platicado?, pensé, pero dije: ¿A qué horas puedo llamarla?

La verdad, no sé. Yo acabo de levantarme y ella ya se había ido. Le pregunté a Chepina y dice que mi hija no dijo nada, que salió nada más un rato antes. Eso sí: alcanzó a desayunar unas albóndigas...

Tuve que morderme los labios para no reír, porque me llegó la imagen de Raquelita, muy seria, muy bien vestida, tenedoreando las albóndigas con verdadera prisa...

...debería decir a dónde va, luego la buscan y una no sabe qué decir. Y no ha ido a la galería, válgame Dios, ya hablé allí y me dijeron que tiene varios días sin ir. Estaban muy enojados... ¿Por qué no le hablas tú? A lo mejor ya llegó.

Sí, eso voy a hacer, señora.

Me llamo Gabriela, Salvador...

¿Entonces por qué no le puso su nombre a Raquelita?

Porque mi marido quiso que se llamara como su madre... Oye, muchacho, espero que hayas entendido todo lo que pasó el otro día, mi hija se puso como loca, nunca la había visto así...

No señora, no se preocupe...

Si no me preocupo, pero me gustaría que tuvieras una buena imagen de mí...

Yo tengo una magnífica imagen de usted, señora. Me parece que usted sabe muy bien lo que hace y que nadie tiene derecho a estarla juzgando.

Por suerte ella pareció entenderlo bien; yo creí que iba a seguir haciéndome escándalo por eso, y hasta miedo tenía de regresar a la casa... Imagínate, el licenciado ese resultó una facha. Después de que nos fuimos se puso histérico y no paraba de quejarse porque mi hija se hubiera atrevido a hablarle así, *a él*, nada menos... Total, tuve que pararlo, porque nadie va a estar hablando mal de mi hija, ¿no? Digo, sea quien sea... Y pensar que parecía tan decente, tú. Entonces mejor me bajé del coche y lo dejé hablando solo... Ay Dios qué empapada me di... Y después me fui a casa de mi amiga Ester, y ahí era donde tenía miedo del lío que me iba a hacer Raquelita... Pero cuando llegué ni siquiera lo mencionó... Estaba muy rara... Y luego de plano me dijo que estuvo a punto de pegarse un tiro pero que tú no la dejaste...

¿Eso le dijo?

Sí. Te lo agradezco mucho, Salvador. Es más, quisiera que un día vinieras por aquí para hablar contigo... Me pareciste un hombre serio, interesante, y tú tienes mucha influencia sobre mi hija... Hay muchas cosas que no entiendo.

Encantado, señora, voy cuando usted me lo diga...

No no, ven cuando tú quieras, cuando lo sientas... Te juro que no te vas a aburrir, no soy una ogra. Y te digo que me hables de tú y me digas Gabriela, o Gaby, como me dicen todos los que me quieren. No me gusta que me digan señora porque me hacen sentir vieja... ¿Tú crees que yo esté vieja?

De ninguna manera, Gaby. Te has conservado requetebién.

Gracias, muchacho, pero sí estoy vieja, ya lo sé, pero no me gusta que me lo hagan sentir. Mira, después de que hables con Raquelita háblame a mí, porque no me gustaría que ella esté aquí cuando tú vengas. No te dejaría hablar en confianza, ya la conozco. Cualquier plática entre gente adulta la espanta, la mera verdad. Es que es una niña. Bueno, y si no la encuentras, de cualquier manera háblame, ¿eh?

Sí, Gaby...

Tengo curiosidad por saber qué le pasa a mi hija, ¿tú crees que sea conveniente que la lleve con un siquiatra?

Claro que no, Gaby, repuse al instante; es más, ni siquiera creo que tú necesites ir con uno..., agregué, riendo. No, ¿verdad?, contestó la señora, riendo también.

Bueno, Gaby, voy a tener que colgar porque aquí ya les urge el teléfono.

Ah, ¿qué no tienes teléfono en tu casa?

No.

Con razón oía tanto ruido...

Adiós, Gaby, voy a ver si encuentro a Raquelita en la galería.

Ándale, y después no dejes de hablarme, ¿eh? Voy a estar esperándote. Adiós.

Colgué, finalmente, con unos deseos irremediables de reír a carcajadas, y tratando de quitarme de la cabeza que la mamá de Raquelita en verdad estaba muy bien.

Entonces regresé al cuarto, con paso firme, rápido, asombrado aún de la energía con que había amanecido esa mañana y que me hacía sentir por encima de todos los miserables que deambulaban, con la misma prisa que yo pero con el rostro ensombrecido, odiando la vida, sus trabajos, el tránsito de la ciudad y los altavoces de los vendedores de ropa. Pero al mismo tiempo sentía un gran aprecio hacia todos los que veía, me agradaba ver sus rostros, y me hacía sonreír el pensar que eran felices y no lo sabían, que no valía la pena tanta zozobra, tanto temor... Creía que comprendía sus luchas, sus problemas, y que eso me daba una perspectiva hacia ellos.

Y luego, la alucinación: alguien que sólo podía ser Raquelita —una figura esbelta y hermosa, envuelta en ropa fina, limpia, con aire decidido— entraba con rapidez en el edificio donde yo vivía... Corría hacia ella, pensando que era imposible que se tratara de Raquelita, porque ella no sabía dónde vivía yo, jamás le he dado mi dirección, ¿o sí? ¿O sí? Creo que una vez se la di... Tenía la impresión de que sí, pero ignoraba cuándo...

Llegué jadeante al edificio, trepé con rapidez las escaleras y subí los cuatro pisos en segundos.

¡No puede ser!, exclamé, ¡estaba seguro de que no podías ser tú! Y como yo jamás me equivoco, ¡fuera!, añadí, señalando hacia la

escalera.

Raquelita se volvió a verme, sobresaltada. Evidentemente le había pegado un susto mayúsculo. Sonrió con nerviosidad en lo que recuperaba el aliento. Y sólo hasta entonces pareció verme; era como si, antes, sus ojos hubieran estado en mí pero su atención deambulara por otros parajes, oscuros y espinosos a juzgar por los matices de su sobresalto. Después, su sonrisa fue abierta, limpia, pero se ensombreció a los pocos instantes, quizás a causa de que mi índice aún indicaba: ¡fuera!; bajó la vista al piso y cuando volvió a depositarla en mí su aire ya era brillante, pero menos genuino, intranquilo... Esta pobre sigue girando con todo lo que le ha ocurrido, pensé, sin darme cuenta.

Ay Dios, dijo Raquelita, al parecer muy normalmente, ¿cómo puedes vivir aquí? Salí de mi casa hace *horas* y hasta ahorita pude llegar. Eso, sin contar con el lío para estacionarme.

¿Dónde dejaste tu coche?, pregunté. Ya había sacado la llave de mi cuarto y la introducía en la cerradura. Pero, de pronto, tuve conciencia de mi acto, y me detuve: una oleada de inseguridad, de calor oscuro me invadió.

Raquelita vio mi llave dentro de la cerradura, y después me miro inquieta.

Vamos a otro lado, ¿no?, propuso; invítame un refresco.

No puedo, le aclaré, con esfuerzo. No tengo ni un quinto.

Ella pareció acalorarse y se volvió hacia el fabuloso paisaje de los tinacos y los lavaderos. Entonces hice un último esfuerzo de voluntad y abrí la puerta. Dije, muy serio: pásale.

Ella me miró unos segundos, muy seria también, pero avanzó, un tanto molesta. Vio de reojo mi cuarto, sin fijarse en nada, e inmediatamente fue a la cortina. La abrió y se quedó viendo hacia afuera. La luz la bañaba de lleno y resaltaba la intranquilidad de su espíritu.

Yo no sabía qué decir, en segundos me invadían unos accesos terribles de debilidad, pero algo me gritaba que tenía que hablar, decir algo, cualquier cosa, porque, si no, iba a caer en un estado del cual después no saldría. Y eso podría ocurrir en cualquier momento, menos en ése.

¿Qué crees?, dije finalmente, ya me iba, pero de repente decidí regresar. ¡Qué suerte!

Raquelita se volvió hacia mí. Parecía muy tranquila. ¿A dónde ibas?, me preguntó.

A la editorial; quiero decir, a una editorial donde me encargaron una traducción.

¿Una traducción? ¿La del libro chino ese que me platicaste?

De un libro de matemáticas, imagínate nomás.

¿Tú eres matemático?, me preguntó, sinceramente confundida.

No, Raquelita, me apresuré a explicar, hace unos años hice una traducción de un libro de mecánica para la misma editorial, y desde entonces me encargan puros libros de temas técnicos. Yo preferiría traducir otras cosas, ¡mis propias obras, por ejemplo!, agregué sonriendo; pero qué se le va a hacer... Es una chamba que no falla porque a pocos traductores les gusta meterse en tales arideces...

Raquelita me miraba, obviamente sin saber qué decir. Parecía a la expectativa, y un tanto intranquila otra vez. Entonces fui a la mesa y tomé las cuartillas de mi traducción. Se las enseñé.

Ella trató de leer un poco, pero después —como era natural, además— empezó a hojearlas. Y yo a desfallecer al ver sus ojos deslizándose por las líneas mientras su mente se hallaba en otra parte. ¿En dónde? ¡Qué sabía yo! En las encrucijadas que la oscuridad de su alma le tendía. Estaba bellísima, por lo demás. Me daban ganas de saltar sobre ella y morderla, comérmela. Adiviné que había tardado mucho tiempo escogiendo qué ropa ponerse. Ya la imaginaba: mientras las nefastas agencias de su alma le susurraban que cediera a la depresión, ella, la muy valiente y leal Raquelita, se ocupaba en ver blusas sin fijarse en ellas, en sacar faldas y combinaciones, sin decidir cuál usar, porque, en realidad eso no le interesaba... Bueno, sí le interesaba. Quena verse hermosa. ¡Ingenua Raquelita! ¿Habrá titubeado al ponerse las pantaletas? Las del otro día eran muy precisas..., me dije, sonriendo.

Ella alzó la mirada. Era la receptibilidad total: había fuerza en sus ojos, pero, al mismo tiempo, ningún plan preconcebido.

Te hablé ayer. En la tarde.

Sí, me dijeron.

...

...

Y hoy también. Hace un momentito para ser exacto. Hablé con tu mamá.

Eso le interesaba. ¿Qué te dijo?, inquirió.

Que no sabía a donde habías ido. Dice que quiere hablar conmigo acerca de ti, imagínate, y me preguntó si sería conveniente llevarte con un siquiatra, ¿tú crees?, agregué, riendo.

Ella se quedó quieta unos instantes; pero al ver que yo seguía riendo con suavidad ella sonrió. Hizo los papeles a un lado —¡al fin!, me dije— y buscó dónde sentarse. No había muchas optativas, y casi tuve la impresión de que deliberadamente, y con una sonrisa, escogió la cama, viéndome apenas de reojo. ¡Pinches viejas! Eso hizo que mi corazón diese una vuelta de trescientos sesenta grados, pero, por suerte, volvió a su posición de equilibrio y eso me permitió atender a lo que decía... ¡Atiende! ¡No divagues!, me dije... Oírla fue un verdadero alivio...

...la pistola cuando me iba a meter un tiro... Pero, ¿quién es ese muchacho?, me preguntó. Insistía mucho en saber quién eras y por qué estabas en la casa a esas horas... Ella llegó a las tres de la mañana, fíjate... Condenada vieja, ha de haber estado puteando...

No digas eso, le avisé, con suavidad.

Está bien, concedió. Pero como antes la habíamos cachado con el tipo horroroso ese no se atrevía a preguntarme todo lo que estaba pensando... Es una señora muy viva, no te creas.

¿Y qué le dijiste?, inquirí, sin saber dónde acomodarme. Sabía que mi correcta obligación de caballero era sentarme con ella, en la cama, y acariciarla un poco, de ser posible, pero en vez de eso, ¡oh cobarde!, opté por recargarme en la mesa, frente a ella.

Raquelita pareció darse cuenta de todo mi titubeo, y me miró larga, significativamente. Mira quién es la viva, me dije. Ella se hallaba muy segura de sí misma.

No le dije gran cosa, por supuesto. La pobre no sabía qué pensar. Por un lado estaba el hecho de que tú estuvieras allí, a medianoche, y luego, el que yo me hubiera querido suicidar... Quién sabe qué le preocupaba más...

El que te hayas querido suicidar, naturalmente, dije, ya con el tono un tanto seco.

Sí, tienes razón, asintió ella y bajó la vista.

Quedamos en silencio unos instantes. La incomodidad era tal que yo me repetía que tenía que decir algo o hacer algo, pero ignoraba qué. Todavía no. Cómo no, bésala. ¿Y si me rechaza? La

violas. Como Ernesto, ¿verdad? Sí, qué tiene, ¿sabes qué está pensando? Está pensando: ¿y este maricón qué espera?

Era preferible verla sentadita en mi cama, con sus muslos terriblemente apetitosos, la cabeza gacha, pensando quién sabe qué. Me llegó la idea de invitarle «un cafecito» y eso se me hizo tan estúpido que reí con suavidad, meneando la cabeza, para mí mismo.

Pero ella me miraba, y eso me sobresaltó. *¿De qué te ríes*?, preguntó, confusa, muy ensombrecida; pero antes de que yo pudiera decir algo, agregó: desde *ayer* quería verte, porque siento que tengo que explicarte muchas cosas...

Tú no tienes que explicarme nada...

De cualquier manera, sabía qué, y luego no sabía *porqué*.

...Con mucha suavidad, pero sin titubeos, me senté junto a ella en la cama y la miré. Parecía tan débil para entonces, a punto de desplomarse. Yo hubiera podido hacer con ella lo que se me hubiese antojado, pero no. No era el momento. Estaba más agitada que nunca, con los ojos llorosos, eclipsados. Iba a decir algo, o más bien mucho: una catarata de palabras, pero no lo permití.

Raquelita, ayer volví a la cárcel. Vi a Ernesto, ¿te acuerdas de que antier me preguntaste si volvería a verlo? Cuando lo dijiste yo no sabía, pero después, en la noche, en tu casa, supe que tenía que ir a verlo. Creo que fue muy importante, para él y para mí. Y no sé por qué tuve la impresión de que esto era algo que tenía que decirte. Desde que salí de Lecumberri quise platicarte todo lo que había ocurrido... Estaba muy excitado, no te imaginas hasta qué punto. Casi corrí al teléfono más cercano y te hablé, pero no estabas...

Sí, sí estaba. Les dije que no quería hablar contigo. Ah caray... ¿por qué?

No sé. Pero no quería saber nada de ti.

Fíjate, añadí con una tranquilidad suprema, alejando el alud de ideas explicativas que me llegaron; y yo, mientras, muriéndome por hablar contigo...

Raquelita me miró un poco sombría, pero sonrió.

A fin de cuentas, lo que pasó no fue nada del otro mundo. Fue, entre tanto grito y tanto insulto, rencontrar a mi sombra...

¿A tu *qué*?, me preguntó, sinceramente interesada. Bueno, me permití prometerle que volvería a verlo... Raquelita me miró, muy

sorprendida.

No entiendo, ¿por qué quieres volver a verlo?

Porque es mi amigo, expliqué, con paciencia, quizás estaba excediéndome en el tono pero yo no lo podía evitar; y está en la cárcel, y te juro que más que nunca me doy cuenta de que este amigo mío necesita que lo vayan a ver. Supongo que cualquiera que esté en la cárcel necesita que lo visiten. Es, añadí sonriendo, casi un mandamiento de la ley de Dios, porque la tal ley dice con claridad que hay que visitar a los enfermos, ¿no?, y palabra que quien está en la cárcel está bien enfermo del alma, quien sabe cuánto tiempo tarden en curarse después de que salen libres... Pero Ernesto sí se cura, qué bárbaro, el tipo se las trae. Tiene muchas cartas bajo la manga todavía... Bueno, he aquí la razón por la que volveré a visitarlo. Quiero que se sienta bien. Por eso fuiste a verlo tú también, ¿no?, agregué, viéndola fijamente.

Ella me correspondió la mirada, muy tranquila. ¿No te dijo lo que pasó?

Me contó todo, cómo no, un extravertido como él platica hasta que se echó un pedo, dije y solté a reír alegremente. Ella también sonrió. Para entonces yo me sentía feliz, perfectamente expansivo, y con naturalidad tomé la cara de Raquelita, pero ella me miraba sin necesidad de que la forzara. Tenía unos ojos increíbles, aunque continuaban un poco turbados.

Ernesto dice que yo fui a verlo a la cárcel porque quería acostarme con él.

Pues sí querías, ¿no? Sí querías, pero al mismo tiempo no querías... Eso esta más claro que el agua.

¿Por qué?, preguntó. Seguíamos mirándonos, pero para entonces sus ojos eran desafiantes. Entonces borré la sonrisa de mis labios.

Porque si hubieras ido solamente a acostarte con él no habrías estado a punto de meterte un tiro en la cabeza, ¿no?

Ella sonrió, serena, y supe que ése era el momento exacto, mi centímetro cúbico de suerte, así es que la abracé. Busqué su boca. Ella se resistió una fracción de segundo pero después cedió y la besé con suavidad, explorando con detenimiento el sabor increíble de toda su boca, de su saliva. A pesar de mi gentileza todo mi cuerpo era presa de un deseo tremendo, mi cuerpo se había catapultado, mi corazón latió con violencia, y una sensación caliente me impregnó

todas las células, las entumió; en mi interior todo temblaba, como cristal a punto de estrellarse, pero por fuera mis movimientos eran suaves, exactos, y con calma mi mano se adueñó de sus senos y los acarició; Dios mío, era una delicia sublime su carne llena, suave. Sin dejar de besarla, de mover mi lengua por toda su cavidad, fui abriendo su blusa. Ella me besaba con gusto, casi podría decir: con alegría. Sus manos también me acariciaban, con cierta timidez en un principio, así es que las tomé y las deposité en mi miembro, que ya tenía una erección insoportable. Ella lo tocó unos instantes y después lo empezó a acariciar suavemente, pero con firmeza, casi apretándolo en momentos; después corrió el cierre de la cremallera hasta que lo extrajo y lo manipuló con más soltura. Sin dejar de besarnos, de entrechocar nuestras lenguas, fuimos desvistiéndonos mutuamente, y cuando le quité, al fin, la última prenda, quería llorar de júbilo porque Raquelita era la mujer más bella del mundo, era un fruto maravilloso, la flor perfecta. Viéndola, mi cabeza acabó por vaciarse por completo, ningún pensamiento yacía en ella, todo era una entrega total a acariciarla, a disfrutar hasta el borde de lo tolerable el sabor de su piel, a impregnarme con el perfume con que había soñado todo su cuerpo. Lamí sus senos, mordisqueé sus pezones, besé todo su vientre, introduje mi lengua en su ombligo; después le hice dar vuelta y besé sus nalgas, las tomé con ambas manos, como si temiera que fuesen a derramarse. Con toda seriedad, tratando de ser impecable, lamí sus muslos, la cuenca de sus rodillas, cada uno de los dedos de sus pies, y toda ella me embriagaba con una delicia que jamás había soñado, que nunca hubiera imaginado en todas las ocasiones previas en que había hecho el amor. Exploré su clítoris con insistencia, sin querer desprenderme de sus senos y de sus nalgas, y bebí su humedad porque ésta tenía una consistencia suave, una miel perfecta. Ella también me acariciaba, el ritmo de mi lengua en su sexo era el mismo con el que ella me succionaba el miembro, y yo sabía —sin que hubiera palabras o pensamientos de por medio, sino a través de una conciencia misteriosa e intuitiva— que ella también se hallaba ausente de pensamientos, que el mundo había cesado, se había detenido en la eternidad más gloriosa, y que todo lo que existía era la noble bebida de nuestros cuerpos, la nutrición de nuestra entrega, y la luz dorada, destelleante, reverberante, de nuestro

contacto. Después giramos sobre nosotros mismos y abrimos los ojos y nos miramos por primera vez desde que habíamos empezado a amarnos. Su mirada era transparente, nítida, y yo penetraba en ella hasta lo mas profundo, hasta ese ámbito donde ya no moraban ni ángeles ni demonios y sólo hay un surtidor de luz que me bañó, me purificó; la luz que había en el fondo de ella misma era tan completa, me recibía con tanta devoción, que introduje mi miembro, y ella lo recibió con lentitud, alzándose hacia él, cubriéndome hasta lo más hondo; y tuve que dejar de mirarla porque nuestra unión en la parte inferior era tan exacta como en la parte superior, y porque su boca era deliciosa, un verdadero manjar exquisito, al igual que sus senos que también besaba mientras nuestros sexos se encontraban con un movimiento despacioso, mínimo, porque no queríamos alejarnos mucho, aunque al hacerlo ocurriera una sensación de placer intolerable, que me hundía en olas de luz. Por último, comenzó a desaparecer, nuestros seres empezaron a desintegrarse, a deshacerse, a derretirse, pero la desintegración era simultánea y eso nos confería otra existencia vacía y maravillosa, nos envolvía en una sola, autónoma, totalidad, nos otorgaba el nexo más misterioso e insondeable, más vivo y más gozoso.

1974/1976

COLOFÓN

El rey se acerca a su templo

Primera edición digital, diciembre, 2012

D. R. 2008, Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,
Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
megustaleer@rhmx.com.mx

ISBN 978-607-31-1435-6

Conversión eBook:
Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.

www.megustaleer@rhmx.com.mx
megustaleer@rhmx.com.mx

 /megustaleerméxico
 /megustaleerméxico


RANDOM HOUSE
MONDADORI


Beascoa


Collins

conecta

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen

MONDADORI

Montena

PLAZA JANÉS

ROSADELSVENTS
Editorial Sudamericana

Índice